

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SENTIR CON LA IGLESIA



A los cien años de la
encíclica «Pascendi»

Crónica de la
beatificación
de 498 mártires
españoles

La luz de Cristo
resplandece en los
mártires

Sentido verdadero
y autenticidad
de los carismas

San Pío X, el papa de
la Eucaristía

Ni puede afirmarse que las enseñanzas de las encíclicas no exijan de por sí nuestro asentimiento, pretextando que los romanos pontífices no ejercen en ellas la suprema majestad de su Magisterio. Pues son enseñanzas del Magisterio ordinario, para las cuales valen también aquellas palabras: «El que a vosotros oye, a mí me oye».

Sumario

Recuerdos y reflexiones personales de un asistente a la beatificación de los 498 mártires <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	3
«Damos gracias a Dios por el gran don de estos testigos heroicos de la fe». Palabras de S.S. Benedicto XVI durante el rezo del Ángelus	8
«Vosotros sois la luz del mundo». Homilía del cardenal José Saraiva	10
«Estos nuevos beatos han enriquecido a la Iglesia de España con su sacrificio». Homilía del cardenal Tarcisio Bertone	12
Sentido verdadero y autenticidad de los carismas <i>Francisco Canals Vidal</i>	14
A los cien años de la encíclica «Pascendi» <i>Antonio Amado</i>	16
El contexto histórico de la encíclica «Pascendi» <i>Jorge Soley Climent</i>	24
San Pío X, el papa de la Eucaristía <i>Mireia Baylina Melé</i>	28
San Pío X y la devoción a la Santísima Virgen <i>Begoña Conejo y Agnès Colomer</i>	31
San Pío X y la enseñanza del Catecismo <i>Isabel Manresa Lamarca</i>	33
Los peligros del error y el mal en «Le Sillon» <i>Mercè Prevosti Vives</i>	35
San Pío X y la música sagrada <i>Maria del Mar Vives</i>	37
Contemplando la vida de Cristo. Bautismo y tentaciones de Jesús <i>Ramón Gelpí Sabater</i>	39
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	41
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	42
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	44
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	46

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

SE cumple este año el centenario, exactamente esto sucedió el pasado 8 de septiembre, de la encíclica *Pascendi*. Dos meses antes, el 3 de julio, el papa, el santo papa Pío X, a través de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, había expedido el decreto *Lamentabili*, que contenía una lista de sesenta y cinco errores de lo que ya entonces era conocido como *modernismo*. La encíclica *Pascendi* contenía, además de la condenación del modernismo, su descripción detallada, desde su base doctrinal hasta sus últimas consecuencias. Nunca antes una encíclica había explicado un error con tal detalle, tal como afirmaba José M.^a Petit en un artículo publicado en esta revista en noviembre de 2003. «Por la explicación del documento – escribía Petit– pasan el modernista filósofo, el modernista creyente, el modernista teólogo, incluso el modernista apologista, el modernista historiador, el modernista crítico y, sobre todo, el modernista reformador de la Iglesia, sin olvidar las consecuencias sociales del modernismo, que no son otras que el liberalismo más craso.» Es necesario volver a recordar la historia y el sentido de aquel movimiento para comprender la perenne actualidad de su condenación, aunque hoy la palabra *modernismo* parezca obsoleta; no en vano Pablo VI advirtió que el antiguo modernismo es lo mismo que el actual progresismo. Sólo las simpatías hacia el modernismo explican el silencio que planea sobre el recuerdo de san Pío X, el papa de la Eucaristía, el papa del Catecismo, que mereció de Pío XII estas palabras en la homilía de su canonización, la primera de un papa desde que en 1712 había sido canonizado Pío V: «Pío X se reveló como campeón invicto de la unidad de la Iglesia en su fundamento íntimo: la fe». Los artículos que dedicamos a la encíclica *Pascendi* y a algunas de las principales facetas de la obra de san Pío X quieren ser una invitación a acoger con humildad y fervor la palabra del magisterio de la Iglesia, según aquellas reglas para «el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener» que formuló san Ignacio de Loyola; y con el asentimiento que Pío XII pedía en su encíclica *Humani generis*.

Un nutrido grupo de miembros de Schola Cordis Iesu y de redactores de CRISTIANDAD acudió a la beatificación de los 498 mártires de la persecución religiosa ocurrida en España entre 1934 y 1939. El lector hallará en las páginas inmediatas una extensa crónica del acto, que refleja el fervor y el entusiasmo, el gozo y la esperanza de los asistentes, venidos de todas las diócesis de España, por la gloria de aquellos testigos heroicos de la fe, que dieron su vida por amor a Cristo. Ellos son la mejor muestra de la vitalidad de la Iglesia, que desde los primeros siglos hasta el momento presente se rejuvenece constantemente con la sangre de sus mártires.

Recuerdos y reflexiones personales de un asistente a la beatificación

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

«Los mártires, llegado el momento, no dudaron en ofrendar su vida de una vez con el grito “¡Viva Cristo Rey!” en los labios.» (Cardenal José Saraiva, Prefecto de la Sagrada Congregación de las Causas de los Santos.)

POR encargo y delegación del papa Benedicto XVI, he tenido la dicha de hacer público el documento mediante el cual el Santo Padre proclama beatos a 498 mártires que derramaron su sangre por la fe durante la persecución religiosa en España, en los años 1934, 1936 y 1937.» En estas primeras palabras de la homilía del cardenal José Saraiva, prefecto de la Sagrada Congregación de las Causas de los Santos, se resume el sentido de la celebración. Se hace en ellas tres afirmaciones: hubo una persecución contra la religión católica en España en los años 1934 a 1937; en ella los católicos fueron perseguidos a causa de su fe –*in odium fidei*– hasta derramar su sangre; y la Iglesia se gloría en reconocerlo hoy solemnemente, declarándoles mártires. Con ellas la voz de la Iglesia desvanece ante los fieles de buena voluntad las falsedades, insidias y tergiversaciones que los enemigos de la fe, y por ella de los mártires, han venido propalando sobre la causa de su muerte.

Pero, además, el cardenal representante del Papa significó a los nuevos mártires con su distintivo específico, como mártires de Cristo Rey: *«Los mártires se comportaron como buenos cristianos y, llegado el momento, no dudaron en ofrendar su vida de una vez con el grito “¡Viva Cristo Rey!” en los labios»*. Esta significativa calificación la reiteraría asimismo el cardenal Tarsicio Bertone, al día siguiente en la homilía de la misa de acción de gracias, cuando tras citar a Juan Pablo II: *«Ellos han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución... hasta el testimonio supremo de la sangre... Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia... Más radicalmente aún, demuestran que el martirio es la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza»*, el cardenal Secretario de Estado, levantando los ojos del texto que estaba leyendo, añadió espontáneamente una frase que no se hallaba escrita, pero que, sin duda, le era inspirada de lo alto, y los asistentes oyeron: *«por eso, al igual que los mártires de Méjico y de la guerra de Italia, murieron gritando “¡Viva Cristo Rey!”»*.

Aquí podría terminar esta crónica, pues está dicho lo fundamental y significativo respecto a anteriores beatificaciones: nuestros mártires fueron mártires de Cristo Rey. Pero al cronista se le ha encomendado también transmitir a los lectores que no pudieron asistir las sensaciones de gozo y esperanza que sintieron los presentes durante el acto.

«Venid y la promesa cumplid de vuestro amor, Venid y en nuestra patria reinad, reinad Señor. Sí, triunfará en nuestra nación el Sagrado Corazón.»

LA vigilia de la fiesta comenzó a media tarde del sábado 27 con la celebración de acogida de peregrinos en la basílica papal romana de San Pablo Extramuros. Cientos de autocares abocaban a millares los peregrinos que, enarbolando sus banderas y pancartas, llegaban a las amplias naves de la basílica. A la hora prevista el recinto se hallaba lleno a rebosar, presididas las primeras filas por los cardenales y obispos españoles.

Tras el canto del *Veni Creator Spiritus* por el coro de la catedral de la Almudena de Madrid y el de la Filarmónica de Roma, la recia voz de monseñor Pablo Colino entonó el himno de *Cristo vence* en versión tradicional española, que desató el hasta entonces contenido entusiasmo de los piadosos fieles. Nos parecía estar en nuestra España de los mejores tiempos de Cristiandad, oyendo las vibrantes y esperanzadoras estrofas, que no podemos dejar de consignar, que resonaban en la majestuosa nave seguidas por la práctica totalidad del episcopado español y por una multitud, que clamaba:

«Cristo vence, Cristo impera, Cristo reinará.

Flote al viento su bandera que en sus pliegues la victoria va.

Venid, Señor, y en triunfo las calles recorred

De un pueblo que os aclama a gritos por su Rey.

Venid y la promesa cumplid de vuestro amor,

Venid y en nuestra patria reinad, reinad Señor.

Sí, reinará y su reino será eterno;

Sí, triunfará de las hordas del infierno

Sí, triunfará en nuestra nación el Sagrado Corazón.»

Enfervorizados por el himno, escuchamos las palabras de saludo del presidente de la Conferencia Episcopal Española, monseñor Blázquez, resaltando el ejemplo de perdón de los mártires, tras las que resonó el popular canto penitencial *Amante Jesús mío*, en un denso ambiente de piedad. El cardenal Carlos Amigo glosó el lema «¿Quiénes son y de dónde vienen?» los nuevos mártires, exhortando a una actitud abierta de diálogo, comprensión y respeto a los derechos humanos de todos. El popularismo *Cantemos al Amor de los amores* en todas sus estrofas, fue seguido devotamente por los asistentes. Tras el himno de los mártires con su autor como solista, y el pontificio de Gounod, concluyó el acto con el himno nacional español cantado a plena voz por la multitud de peregrinos entre el ondear de innumerables banderas. Abrazos, y felicitaciones, hasta la mañana siguiente en el Vaticano.

El prefecto de la Congregación de los Santos, un centenar de cardenales y obispos, y un millar y medio de sacerdotes y religiosos concelebrantes

A medida que nos acercábamos a la plaza de San Pedro en aquella luminosa mañana sentíamos más y más la catolicidad de la Iglesia. Numerosos grupos de romeros —pues romeros son quienes acuden a Roma a venerar la memoria de los mártires—, guiados por banderas y estandartes, apresurábamos el paso hasta las largas colas de acceso al recinto de la plaza. Daba gozo el ver tan variados y hermosos hábitos, como los pardos de los carmelitas, los blancos de los dominicos, la cruz pectoral de los trinitarios, el cordón de los franciscanos, y otros que no identificamos.

A las 10 de la mañana, bajo el radiante sol del cielo romano, sin una nube, la fachada de la basílica de San Pedro resplandecía como recién salida de la mano de sus arquitectos y escultores renacentistas. A sus pies, a un lado del altar las purpúreas casullas del centenar de cardenales y obispos, y al otro una ola de blancas albas, coloreadas con la nota roja de sus estolas, del millar y medio de sacerdotes y religiosos. Se hallaba preparada para ofrecer al Padre el Santo Sacrificio de su Hijo, Rey de los mártires, la práctica totalidad de los obispos españoles, para glorificar a sus dos hermanos en el episcopado ahora declarados mártires; Cruz Laplana y Narciso de Esténaga. Junto a ellos los superiores generales de las órdenes y congregaciones religiosas cuyos miembros iban a ser beatificados: agustinos, la orden con mayor número de mártires, seguidos de los dominicos, salesianos, hermanos de la Salle, maristas, carmelitas descalzos y hermanos de la Bienaventurada

Virgen María del Monte Carmelo, franciscanos, trinitarios, misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y María, adoratrices del Santísimo Sacramento, religiosas de la Orden del Carmen, dominicas, de los Sagrados Corazones, marianistas, carmelitas misioneras, hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María, franciscanas hijas de la Misericordia, carmelitas de la Caridad...

Cincuenta mil miembros de la Iglesia militante, unidos en espíritu con nuestros hermanos mártires de la Iglesia triunfante

TRAS ellos unos cincuenta mil fieles devotos de los mártires, miembros de la Iglesia militante, unidos con nuestros hermanos de la Iglesia ya triunfante en el Cielo, cuya espiritual presencia sentíamos interiormente. Estaba allí representada la España tradicional católica por centenares de parroquias campesinas y urbanas, presididas por sus párrocos, mayores y jóvenes; comunidades y asociaciones con sus frailes y consiliarios con variopintos pañuelos y distintivos, enarbolando su pancarta con el nombre y la fotografía del beato a glorificar.

Eran miles las familias con sus tres generaciones: abuelos, que habrían contado con lágrimas en los ojos a sus hijos los martirios que presenciaron, quizás en su propia casa; hijos que así se lo habían oído y transmitido fielmente a los nietos de aquellos, y niños que no olvidarían el haber estado presentes en tan señalado acontecimiento. Colegios católicos con sus religiosos, religiosas y sus jóvenes alumnos, que recordarán para siempre la glorificación de tantos beatos tan jóvenes y alegres como ellos. Predominaba la juventud, mucha juventud, jóvenes sacerdotes con su distintivo presbiteral, jóvenes alegres, entusiastas, de mirada limpia y clara, y jóvenes familias con sus muchos niños, revoltosos y juguetones, mostraban la sobrenatural esperanza de la Iglesia española fiel a sus mártires.

Ondeaban en el azul cielo romano cientos de banderas españolas, muchas con el Corazón de Jesús en su centro. Alguien comentó alborozado que estaba allí representada toda la gente buena de España. Otros han escrito, despectivamente, que eran la muestra de la España profunda. Ambas expresiones son ciertas, ya que no hay otra profundidad e identidad de España que la que surge de su fe católica, que sus buenas gentes así la testimoniaban públicamente en el centro de la Cristiandad. Enarbolamos una pancarta de *Hispania Martyr*, y vinieron a saludarnos muchos catalanes amigos de los mártires venidos con sus familias de Gerona, de Olot, de Cervera, de Tárrega, de Solsona, de Tortosa, de

Panorámica de los asistentes a la beatificación de los 498 mártires españoles en la plaza de San Pedro



Tremp, de Lérida, y viejos amigos que peregrinaban desde Navarra, Guipúzcoa, La Rioja, Soria, Burgos, Palencia, Cuenca, Valencia, Barbastro, Zaragoza, Ciudad Real, Toledo, Talavera...

«Les fue entregada una túnica blanca, y les fue dicho que tuvieran paciencia aún por un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.» (Ap 6,10-11)

Nos vino a la mente la visión del quinto sello del capítulo 6 del libro del Apocalipsis: «Vi debajo del altar las almas de los que habían sido degollados por la palabra de Dios y por el testimonio que habían dado. Clamaban con gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Tú, el Señor, Santo y Veraz, vas a esperar a hacer justicia y a vengar nuestra sangre en los que moran sobre la tierra? Y a cada uno le fue entregada una túnica blanca, y les fue dicho que tuvieran paciencia y estuvieran callados aun por un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus compañeros y hermanos, que también habían de ser muertos como ellos». Cerramos los ojos para imaginarnos a los quinientos nuevos beatos mártires asomados a los balcones del Cielo para no perderse detalle del histórico acontecimiento, agitando sus palmas como nosotros sus estandartes, e instando con nosotros al Cordero para que no permita que prevalezcan más sus enemigos, y acelere ya el tiempo de su prometido triunfo y reinado.

Alguien apuntó que los beatos, en el día de su glorificación no pueden negar nada de lo que se les pida, pues su Rey Jesucristo les ha dado ese poder en su fiesta. Y pedimos por nuestras familias, por la fe de nuestros hijos y por la de nuestra pobre España, para que su fe se mantenga firme, pese a las maquinaciones de quienes pretenden arrancársela. Tuvimos la convicción de que éramos escuchados.

«La beatificación que vamos a celebrar es un acontecimiento de gracia para toda la Iglesia, y de modo especial para la que peregrina en España»

EL anuncio del comienzo de la ceremonia nos hizo abrir los ojos y volver al acto. Se rogó que se arriaran las pancartas y banderas, que no volvieron a ondear hasta el momento de la proclamación. Con recogimiento y contenido júbilo se inició la celebración, sobria y emocionante, seguida por la multitud congregada con honda religiosidad.

La monición de entrada enmarcó el sentido del acto: «La beatificación que vamos a celebrar es un acontecimiento de gracia para toda la Iglesia, y de modo especial para la que peregrina en España. El testimonio y la intercesión de este numeroso grupo de mártires del siglo xx... contribuirá a que se avive y fortalezca nuestra condición de creyentes, se vigorice nuestra esperanza y se encienda nuestra caridad.» Tras el acto penitencial, el cardenal Antonio Rouco, arzobispo de Madrid, a cuya archidiócesis pertenece el mayor número de los nuevos mártires,

acompañado por los obispos y postuladores de las causas, elevó su demanda ante el representante del Papa, cardenal prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, diciendo: «Eminencia: junto a los arzobispos y obispos en cuyas diócesis se instruyeron las 23 causas que agrupan a 498 mártires del siglo xx en España, pedimos humildemente a su Santidad Benedicto XVI que se digne inscribir en el número de los beatos a estos venerables siervos de Dios.» A continuación el arzobispo de Barcelona encabezó la enumeración de las cinco causas de beatificación de su diócesis, y le siguieron con las suyas el arzobispo de Burgos, el cardenal arzobispo de Toledo, el obispo de Cuenca, de Ciudad Real, los arzobispos de Mérida-Badajoz y Oviedo, el cardenal arzobispo de Madrid y los obispos de Jaén, Santander, Cartagena y Gerona. El cardenal Rouco concluyó así la súplica de beatificación: «Los nuevos mártires fueron hombres y mujeres de fe y oración, particularmente centrados en la Eucaristía y en la devoción a la Santísima Virgen... fueron va-

lientes cuando tuvieron que invocar su condición de creyentes... rechazaron las propuestas que significaban renunciar a su identidad cristiana, fueron fuertes cuando fueron maltratados y torturados; perdonaron a sus verdugos y rezaron por ellos; a la hora del sacrificio... alabaron a Dios y proclamaron a Cristo como único Señor».

«Nos, en virtud de Nuestra Autoridad Apostólica, otorgamos la facultad de que... en adelante se llamen con el nombre de beatos»

EL cardenal Saraiva, por mandato del Sumo Pontífice Benedicto XVI, dio lectura a la carta apostólica en la que Su Santidad inscribe en el libro de los beatos a los venerables siervos de Dios que dieron su vida en defensa de la fe: «Nos, acogiendo el deseo de nuestros hermanos en el Episcopado y de muchísimos fieles, oído el parecer de la Congregación para las Causas de los Santos, en vir-

«Damos gracias a Dios por el gran don

Palabras de S.S. Benedicto XVI durante la ceremonia

Queridos hermanos y hermanas:

Esta mañana, aquí, en la plaza de San Pedro, han sido proclamados beatos 498 mártires asesinados en España en los años treinta del siglo pasado. Doy las gracias al cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, quien ha presidido la celebración, mientras saludo cordialmente a los peregrinos reunidos con motivo de esta alegre ocasión.

La inscripción en la lista de los beatos de un número tan grande de mártires demuestra que el supremo testimonio de la sangre no es una excepción reservada sólo a algunos individuos, sino una posibilidad realista para todo el pueblo cristiano. Se trata de hombres y mujeres de diferentes edades, vocaciones y condición social, que pagaron con su vida la fidelidad a Cristo y a su Iglesia.

Se les aplican adecuadamente las expresiones de san Pablo, que resuenan en la liturgia de este domingo: «Porque yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la

carrera, he conservado la fe» (2 Timoteo 4, 6-7). Pablo, detenido en Roma, ve cómo se aproxima la muerte y traza un balance de reconocimiento y esperanza. En paz con Dios y consigo mismo, afronta serenamente la muerte, con la conciencia de haber entregado totalmente la vida, sin ahorrar nada, al servicio del Evangelio.

El mes de octubre, dedicado de manera particular al compromiso misionero, se concluye de este modo con el luminoso testimonio de los mártires españoles, que se suman a los mártires Albertina Berkenbrock, Emmanuel Gómez González y Adilio Daronch, y Franz Jägerstätter, proclamados beatos en días pasados en Brasil y en Austria.

Su ejemplo testimonia que el Bautismo compromete a los cristianos a participar con valentía en la difusión del Reino de Dios, cooperando si es necesario con el sacrificio de la misma vida. Ciertamente no todos están llamados al martirio cruento. Existe también un «martirio» incruento, que no es menos significativo, como el de Celina Chludzinska Borzecka, esposa, madre de familia, viuda y religiosa, beatificada ayer en Roma: es el testimonio silencioso y he-

tud de Nuestra Autoridad Apostólica, otorgamos la facultad de que los venerables siervos de Dios (enumeró a los integrantes de las 23 causas) que en España durante el siglo xx derramaron su sangre por dar testimonio del Evangelio de Jesucristo, en adelante se llamen con el nombre de beatos, y su fiesta pueda celebrarse anualmente el día 6 de noviembre. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo».

Se entonó entonces el himno de aclamación *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*, mientras repicaban las campanas de la Basílica, se descubría el tapiz que presidía su balcón, y la multitud daba rienda suelta al su hasta entonces contenido júbilo, vitoreando a los mártires, entre voces de ¡Viva Cristo Rey!, haciendo ondear sus banderas y alzando las pancartas y estandartes con las fotos de los nuevos beatos. El cardenal Rouco dio las gracias al Santo Padre: «Eminencia: La Iglesia de Dios que peregrina en España, da gracias al sucesor del Apóstol Pedro, Su Santidad el papa Benedicto XVI,

por la beatificación de estos 498 mártires que derramaron su sangre en defensa de la fe.»

Tras el *Gloria in excelsis*, el cardenal celebrante rezó la oración colecta que expresa el sentido de la ceremonia: «Oremos. Dios todopoderoso y eterno que concediste a los mártires la gracia de morir por Cristo, ayúdanos en nuestra debilidad para que, así como ellos no dudaron en entregar su vida por ti, así también nosotros nos mantengamos fuertes en la confesión de tu nombre». Siguió la liturgia de la Palabra, con la lectura de la carta de san Pablo a Timoteo, (2 Tm 4,6-8.16-18) «Hermano, estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida». Tras el Evangelio y el canto del Credo gregoriano, el oficiante rezó la oración de los fieles: «Somos ciudadanos del cielo y esperamos la

de estos testigos heroicos de la fe»

del rezo del Ángelus, después de la beatificación

roico de los muchos cristianos que viven el Evangelio sin compromisos, cumpliendo su deber y dedicándose generosamente al servicio de los pobres.

Este martirio de la vida ordinaria es un testimonio particularmente importante en las sociedades secularizadas de nuestro tiempo. Es la pacífica batalla del amor que todo cristiano, como Pablo, tiene que combatir incansablemente; la carrera por difundir el Evangelio que nos compromete hasta la muerte. Que nos ayude y asista en nuestro testimonio diario la Virgen María, Reina de los Mártires y Estrella de la evangelización.

[Tras rezar el Ángelus, el Papa saludó a los peregrinos en varios idiomas. En español, dijo:]

Saludo con afecto a los fieles de lengua española. En particular, saludo a mis hermanos obispos de España, a los sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y fieles que habéis tenido el gozo de participar en la beatificación de un numeroso grupo de mártires del pasado siglo en vuestra nación, así como a los

que siguen esta oración mariana a través de la radio y la televisión. Damos gracias a Dios por el gran don de estos testigos heroicos de la fe que, movidos exclusivamente por su amor a Cristo, pagaron con su sangre su fidelidad a Él y a su Iglesia. Con su testimonio iluminan nuestro camino espiritual hacia la santidad, y nos alientan a entregar nuestras vidas como ofrenda de amor a Dios y a los hermanos. Al mismo tiempo, con sus palabras y gestos de perdón hacia sus perseguidores, nos impulsan a trabajar incansablemente por la misericordia, la reconciliación y la convivencia pacífica. Os invito de corazón a fortalecer cada día más la comunión eclesial, a ser testigos fieles del Evangelio en el mundo, sintiendo la dicha de ser miembros vivos de la Iglesia, verdadera esposa de Cristo. Pidamos a los nuevos beatos, por medio de la Virgen María, Reina de los Mártires, que intercedan por la Iglesia en España y en el mundo; que la fecundidad de su martirio produzca abundantes frutos de vida cristiana en los fieles y en las familias; que su sangre derramada sea semilla de santas y numerosas vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras. ¡Que Dios os bendiga!

venida de nuestro Salvador Jesucristo, que nos transformará según su condición gloriosa. Mientras peregrinos caminamos hacia el monte de la gloria, elevamos nuestra oración al Padre, confiados en la intercesión de los nuevos mártires, que derramaron su sangre y fueron testigos valerosos de la fe y del amor».

La disyuntiva entre martirio o apostasía

EN su homilía el cardenal Saraiva destacó la actualidad del mensaje de los mártires con una frase reveladora de la actual tentación: «Vivimos en una época en la cual la verdadera identidad de los cristianos está constantemente amenazada, y esto significa que los cristianos o son mártires, es decir, se adhieren a su fe bautismal en modo coherente, o tienen que adaptarse... esta coherencia puede llegar en algunos casos hasta el derramamiento de la sangre.» Palabras que nos parecieron especialmente dirigidas tanto a quienes explican la muerte de los mártires por no haber sido capaces de seguir la opción de «adaptarse», como a desmentir a los que predicán que en nuestra sociedad postmoderna no se daría ya la disyuntiva entre martirio o apostasía.

«Adveniat Regnum tuum»

EL cantor entonó el *Domine oremus* y en diferentes lenguas se oró por el papa Benedicto para que confirme en la fe a sus hermanos; por las Iglesias locales que engendraron en la fe a quienes hoy han sido inscritos en el libro de los mártires de Cristo; por las familias religiosas que ven reconocida por la Iglesia la santidad de tantos hermanos que rubricaron con su sangre la consagración de sus vidas a Jesucristo, para que sean fieles a sus carismas fundacionales; por los fieles laicos, para que sean guiados por la luz de los mártires; por los jóvenes, para que el ejemplo y cercanía de los nuevos mártires, tan jóvenes muchos de ellos, aliente su respuesta vocacional en el sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio, indisoluble y fecundo: por quienes venidos de toda España... para que el gozo de esta celebración nos haga vivir siempre felices de abrazar la cruz gloriosa de Cristo, de la que nunca nos avergoncemos ante el mundo.

Cuando a cada una de estas peticiones cincuenta mil voces respondían entonando *Adveniat Regnum tuum*, nos invadía la sensación de que Jesucristo, Rey de los mártires, nos enviaba a los católicos españoles del siglo XXI la gracia de estos quinientos nuevos mensajeros suyos a preparar sus caminos para

el advenimiento de su reino. Alguien comentó que se palpaba la presencia de nuestros mártires, y como Jesucristo nos enviaba por su mediación el mensaje de esperanza de que llegaba su hora de actuar, pues no podían estar cruzados de brazos en el Cielo viendo como poderes políticos anticristianos se empeñaban en desterrar a Cristo de nuestra vida pública y social e impulsar la apostasía de la fe católica, fe por la que ellos dieron la vida. Como escribía el padre Quibus en 1940: «En épocas de decadencia religiosa, como la nuestra, el martirio es el mensajero más elocuente que Dios envía al mundo para hacer revivir en él el espíritu cristiano».

Durante la comunión entonó el coro el tradicional canto de santa Teresa *Véante mis ojos, dulce Jesús bueno*, seguido piadosamente por todos los asistentes, y con el himno a los mártires del siglo XX en España concluía la ceremonia de beatificación. Volvían a ondear las miles de banderas y a alzarse los estandartes y pancartas, mientras los fieles se felicitaban y abrazaban transmitiéndose el gozo de la fiesta.

«El testimonio supremo de la sangre no es una excepción reservada solamente a algunos individuos, sino una eventualidad realista para todo el pueblo cristiano». (Benedicto XVI)

FALTABAN POCOS minutos para la hora del tradicional rezo del Ángelus, y las miradas impacientes de los cincuenta mil asistentes se dirigían a la ventana del despacho del Vicario de Jesucristo en el Vaticano. Al poco asomaba la blanca figura de Benedicto XVI y la plaza de San Pedro volvía a vibrar de entusiasmo entre aplausos y vítores al Papa, a los mártires y a la España católica, en medio del ondear de las banderas. Hecho silencio, el Papa afirmó que el martirio no es cosa del pasado: «Un número de mártires tan grande demuestra que el testimonio supremo de la sangre no es una excepción reservada solamente a algunas personas, sino una eventualidad real para todo el pueblo cristiano».

Al oírle nos vinieron al recuerdo las palabras de Juan Pablo II: «Debemos estar dispuestos a defender a Cristo delante de los hombres», y si hay que dar la vida por Él, no olvidar que «el martirio es un regalo particular del Espíritu Santo», que enlazaban con las de Pío XI en su encíclica *Quas Primas* con la que instituye la fiesta de Cristo Rey, y en las que escribe que cuando el pueblo cristiano necesitó ser fortalecido ante situaciones críticas «siendo los fieles vejados con muchísima crueldad, comenzó a conmemorarse con sagrados ritos a los mártires, para que, según el testimonio de san Agustín, las solem-

nidades de los mártires fuesen exhortaciones a los martirios».

**«Testigos heroicos de la fe,
movidos exclusivamente por su amor a Cristo»**

PROSIGUIÓ el Papa: «Damos gracias a Dios por el gran don de estos testigos heroicos de la fe que movidos exclusivamente por su amor a Cristo, pagaron con su sangre su fidelidad a Él y a su Iglesia». Oyendo al Vicario de Cristo declarar que los nuevos beatos fueron martirizados exclusivamente por su fe, pedimos quedaran para siempre desmentidas tantas falacias reiteradas para intentar desvirtuar la causa de su muerte. El Papa rezo el Ángelus y exhortó a la multitud de peregrinos españoles «a pedir a los nuevos beatos, por medio de la Virgen María, Reina de los Mártires, que intercedan por la Iglesia en España y en el mundo, que la fecundidad de su martirio produzca abundantes frutos de vida cristiana en los fieles y en las familias; que su sangre derramada sea semilla de santas y numerosas vocaciones sacerdotales, religiosas y misionera», y, entre los aplausos de los asistentes que deseaban retenerlo por más tiempo ante la ventana, nos despidió con estas palabras: «¡Que Dios os bendiga!».

Los mártires españoles son muy definidamente mártires de Cristo Rey

DE vuelta a la patria, escuchamos y leímos distintos comentarios sobre el acontecimiento martirial, interesados en orientarlo hacia la superación de lo que presentaban como una tragedia sin sentido, y proponiendo el irenismo de una nueva convivencia mediante la superación por síntesis entre los ideales de verdugos y víctimas. Nos habían enseñado que el mensaje de nuestros mártires no era ese. Recordamos lo que nuestro maestro Francisco Canals Vidal publicó en 13 de diciembre de 1986 en vísperas de la primera beatificación de nuestros mártires, la de las tres carmelitas de Guadalajara, llamándolas mártires de Cristo Rey. Allí señalaba cómo la hermana Teresa había escrito: «Cuando oigo gritar viva la República, contesto con un ¡Viva Cristo Rey! Y ojalá pueda un día repetir este “viva” en la guillotina.» Y que la hermana Pilar repetía: «Si nos llevan al martirio, iremos cantando al Sagrado Corazón de Jesús, como las car-

melitas de Compiègne.» Tras estos testimonios Canals afirmaba: «Esta alusión de la hermana Pilar a las mártires carmelitas de Compiègne, que evoca la unión de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús con el supremo servicio al reino de Cristo por el martirio, nos lleva a recordar el texto del papa Pío XI que contiene la que podríamos llamar teología de la historia de la revolución anticristiana, que ha caracterizado los dos últimos siglos del Occidente apóstata.

Canals proseguía: «Los que fueron perseguidos en España por odio a la fe católica en la persecución 1931-39 cumplieron el supremo servicio al Reino de Cristo por el martirio, por ello podemos decir muy definidamente que los mártires españoles, como los mejicanos, son mártires de Cristo Rey. Testigos, con su muerte por la fe, de la realeza de Cristo sobre el mundo y sobre las sociedades humanas, en nuestro tiempo rebeldes y hostiles a la ley divina y a la dignidad regia de Cristo».

Y afirmaba Canals hace más de veinte años con sentido profético: «Al leer el testimonio escrito por los contemporáneos de su muerte en martirio no cabe olvidar el hecho casi general de algún gesto, confianza o grito público de fe en Cristo Rey», y concluía que por ello los mártires españoles son mártires de Cristo Rey. Esta significación, quizás no se había puesto tan claramente de manifiesto en las anteriores once beatificaciones como en ésta, en que explícitamente el representante del Papa reconoció como el medio millar de nuevos mártires, «*llegado el momento, no dudaron en ofrendar su vida de una vez con el grito “¡Viva Cristo Rey!” en los labios.*»

Terminamos con la oración de Francisco Canals Vidal en 1986: «Que la gloria y la intercesión de los mártires españoles asesinados por odio a la fe en la persecución religiosa de los años 1931-1939 fortalezca la esperanza difundida en el pueblo cristiano sobre el reinado del Sagrado Corazón en España», oración que resonó en la basílica de San Pablo Extramuros ante la práctica totalidad del episcopado español cantado por la representación del católico pueblo español, amiga de su mártires: «Cristo vence, Cristo impera, Cristo reinará. Flote al viento su bandera que en sus pliegues la victoria va. Venid, Señor, y en triunfo las calles recorred de un pueblo que os aclama a gritos por su Rey. Venid y la promesa cumplid de vuestro amor, Venid y en nuestra patria reinad, reinad Señor. Sí, reinará y su reino será eterno; Sí, triunfará de las hordas del infierno, Sí, triunfará en nuestra nación el Sagrado Corazón.»



«Vosotros sois la luz del mundo»

Homilía de la beatificación, pronunciada por el cardenal José Saraiva, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos

Eminentísimos señores cardenales,
Excelentísimos señores obispos y hermanos en el sacerdocio,
Respetables autoridades,
Hermanas y hermanos en Cristo:

Por encargo y delegación del papa Benedicto XVI, he tenido la dicha de hacer público el documento mediante el cual el Santo Padre proclama beatos a cuatrocientos noventa y ocho mártires que derramaron su sangre por la fe durante la persecución religiosa en España, en los años mil novecientos treinta y cuatro, treinta y seis y treinta y siete. Entre ellos hay obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos, mujeres y hombres; tres de ellos tenían dieciséis años y el mayor setenta y ocho.

Este grupo tan numeroso de beatos manifestaron hasta el martirio su amor a Jesucristo, su fidelidad a la Iglesia católica y su intercesión ante Dios por todo el mundo. Antes de morir perdonaron a quienes les perseguían –es más, rezaron por ellos–, como consta en los procesos de beatificación instruidos en las archidiócesis de Barcelona, Burgos, Madrid, Mérida-Badajoz, Oviedo, Sevilla y Toledo; y en las diócesis de Albacete, Ciudad Real, Cuenca, Gerona, Jaén, Málaga y Santander.

El Catecismo de la Iglesia católica afirma: «El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe» (a 2473). En efecto, seguir a Jesús significa seguirlo también en el dolor y aceptar las persecuciones por amor del Evangelio (cf. Mt 24,9-14; Mc 13,9-13; Lc 21,12-19): «Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre» (Mc 13,13; cf. Jn 15,21). Cristo nos había anticipado que nuestras vidas estarían vinculadas a su destino.

El logotipo de esta beatificación, de una importancia notable por el gran número de nuevos beatos, tiene como elemento central una cruz de color rojo, símbolo del amor llevado hasta derramar la sangre por Cristo. Acompaña a la cruz una palma estilizada, que intencionalmente se asemeja a unas lenguas de fuego, en la que vemos representada la victoria alcanzada por los mártires con su fe que vence al mun-

do (cf. 1 Jn 1,4), así como también el fuego del Espíritu Santo que se posa sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, y asimismo la zarza que arde y no se consume con una llama, en la que Dios se presenta a Moisés en el relato del Éxodo y es expresión de su mismo ser: el Amor que se da y nunca se extingue.

Estos símbolos están enmarcados por una leyenda circular, que recuerda un mapa del mundo: «Beatificación mártires de España». Dice «mártires de España» y no «mártires españoles», porque España es el lugar donde fueron martirizados, y es también la patria de gran parte de ellos, pero hay también quienes provenían de otras naciones, concretamente de Francia, México y Cuba. En cualquier caso, los mártires no son patrimonio exclusivo de una diócesis o nación, sino que, por su especial participación en la Cruz de Cristo, Redentor del universo, pertenecen al mundo entero, a la Iglesia universal.

Se ha elegido como lema para esta beatificación unas palabras del Señor recogidas en el evangelio de san Mateo: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,14). Como declara el Concilio Vaticano II al comienzo de su Constitución sobre la Iglesia, Jesucristo es la luz de las gentes;¹ esa luz se refleja a lo largo de los siglos en el rostro de la Iglesia y hoy, de manera especial, resplandece en los mártires cuya memoria estamos celebrando. Jesucristo es la luz del mundo (Jn 1,5-9), que alumbra nuestras inteligencias para que, conociendo la verdad, vivamos de acuerdo con nuestra dignidad de personas humanas y de hijos de Dios y seamos también nosotros luz del mundo que alumbra a todos los hombres con el testimonio de una vida vivida en plena coherencia con la fe que profesamos.

«He combatido bien mi batalla, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe» (2 Tim 4,7). Así escribe san Pablo, ya al final de su vida, en el texto de la segunda lectura de este domingo. Con su muerte, estos mártires hicieron realidad las mismas convicciones de san Pablo.

1. Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 1.



Los mártires no consiguieron la gloria sólo para sí mismos. Su sangre, que empapó la tierra, fue riego que produjo fecundidad y abundancia de frutos. Así lo expresaba, invitándonos a conservar la memoria de los mártires, el Santo Padre Juan Pablo II en uno de sus discursos: «Si se perdiera la memoria de los cristianos que han entregado su vida por confesar la fe, el tiempo presente, con sus proyectos y sus ideales, perdería una de sus características más valiosas, ya que los grandes valores humanos y religiosos dejarían de estar corroborados por un testimonio concreto inscrito en la historia».²

No podemos contentarnos con celebrar la memoria de los mártires, admirar su ejemplo y seguir adelante en nuestra vida con paso cansino. ¿Qué mensaje transmiten los mártires a cada uno de nosotros aquí presentes?

Vivimos en una época en la cual la verdadera identidad de los cristianos está constantemente amenazada y esto significa que ellos o son mártires, es decir, se adhieren a su fe bautismal en modo coherente, o tienen que adaptarse.

Ya que la vida cristiana es una confesión personal cotidiana de la fe en el Hijo de Dios hecho hombre esta coherencia puede llegar en algunos casos hasta la efusión de la sangre.

Pero como la vida de un solo cristiano donada en defensa de la fe tiene el efecto de fortalecer a toda la Iglesia, el hecho de proponer el ejemplo de los mártires significa recordar que la santidad no consiste solamente en la reafirmación de valores comunes para todos sino en la adhesión personal a Cristo Salvador del cosmos y de la historia. El martirio es un paradigma de esta verdad desde el acontecimiento de Pentecostés.

La confesión personal de la fe nos lleva a descubrir el fuerte vínculo entre la conciencia y el martirio.

«El sentido profundo del testimonio de los mártires», según escribía el cardenal Ratzinger, está en que «ellos testimonian la capacidad de la verdad sobre el hombre como límite de todo poder y garantía de su semejanza con Dios. Es en este sentido que los mártires son los grandes testimonios de la conciencia, de la capacidad otorgada al hombre de percibir, más allá del poder, también el deber y por lo tanto abrir el camino hacia el verdadero progreso, hacia la verdadera elevación humana» (J. Ratzinger, «Elogio della coscienza», Roma, *Il Sabato* 16 de marzo de 1991, p. 89).

Los mártires se comportaron como buenos cristianos y, llegado el momento, no dudaron en ofrendar su vida de una vez, con el grito de «¡Viva Cristo Rey!» en los labios. A los hombres y a las mujeres

de hoy nos dicen en voz muy alta que todos estamos llamados a la santidad, todos, sin excepción, como ha declarado solemnemente el Concilio Vaticano II al dedicar un capítulo de su documento más importante –la constitución *Lumen gentium*, sobre la Iglesia– a la «llamada universal a la santidad». ¡Dios nos ha creado y redimido para que seamos santos! No podemos contentarnos con un cristianismo vivido tibiamente.

La vida cristiana no se reduce a unos actos de piedad individuales y aislados, sino que ha de abarcar cada instante de nuestros días sobre la tierra. Jesucristo ha de estar presente en el cumplimiento fiel de los deberes de nuestra vida ordinaria, entretejida de detalles aparentemente pequeños y sin importancia, pero que adquieren relieve y grandeza sobrenatural cuando están realizados con amor de Dios. Los mártires alcanzaron la cima de su heroísmo en la batalla en la que dieron su vida por Jesucristo. El heroísmo al que Dios nos llama se esconde en las mil escaramuzas de nuestra vida de cada día. Hemos de estar persuadidos de que nuestra santidad –esa santidad, no lo dudemos, a la que Dios nos llama– consiste en alcanzar lo que Juan Pablo II ha llamado el «nivel alto de la vida cristiana ordinaria».³

El mensaje de los mártires es un mensaje de fe y de amor. Debemos examinarnos con valentía, y hacer propósitos concretos, para descubrir si esa fe y ese amor se manifiestan heroicamente en nuestra vida.

Heroísmo también de la fe y del amor en nuestra actuación como personas insertas en la historia, como levadura que provoca el fermento justo. La fe, nos dice Benedicto XVI, contribuye a purificar la razón, para que llegue a percibir la verdad.⁴ Por eso, ser cristianos coherentes nos impone no inhibirnos ante el deber de contribuir al bien común y moldear la sociedad siempre según justicia, defendiendo –en un diálogo informado por la caridad– nuestras convicciones sobre la dignidad de la persona, sobre la vida desde la concepción hasta la muerte natural, sobre la familia fundada en la unión matrimonial una e indisoluble entre un hombre y una mujer, sobre el derecho y deber primario de los padres en lo que se refiere a la educación de los hijos y sobre tantas otras cuestiones que surgen en la experiencia diaria de la sociedad en que vivimos.

Concluimos, unidos al papa Benedicto XVI y a la Iglesia universal, que vive en los cinco continentes, invocando la intercesión de los mártires beatificados hoy y acudiendo confiadamente a Nuestra Señora Reina de los mártires para que, inflamados por un vivo deseo de santidad, sigamos su ejemplo.

3. Juan Pablo II, carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 6-1-2001, n. 31. 4

4. Benedicto XVI, encíclica *Deus caritas est*, nn. 28-29.

2. Juan Pablo II, «Mensaje a la VIII Sesión Pública de las Academias Pontificias», 2003, n. 6.

«Estos nuevos beatos han enriquecido a la Iglesia de España con su sacrificio»

Homilía en la misa de acción de gracias por la beatificación, pronunciada por el cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado

Queridos Hermanos en el Episcopado,
Amados sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos:

La beatificación de cuatrocientos noventa y ocho mártires de España, que celebramos ayer, ha sido una ocasión para constatar una vez más cómo la cadena de cristianos que han sido atraídos por el ejemplo de Jesús y sostenidos por su amor no se ha interrumpido desde los comienzos de la predicación apostólica.

Ahora estamos reunidos para elevar una ferviente acción de gracias al Señor por este acontecimiento eclesial. Queremos acogernos a la intercesión de estos hermanos nuestros, cuya vida se ha convertido para nosotros, y para el Pueblo de Dios que peregrina en España y en otros países, en un potente foco de luz y en una apremiante invitación a vivir el Evangelio radicalmente y con sencillez, dando testimonio público y valiente de la fe que profesamos.

Todo martirio tiene lugar ciertamente en circunstancias históricas trágicas que, asumiendo a veces la forma de persecución, llevan a una muerte violenta por causa de la fe. Pero, en medio de ese drama, el mártir sabe trascender el momento histórico concreto y contemplar a sus semejantes desde el corazón de Dios. Gracias a esa luz que le viene de lo alto, y en virtud de la sangre del Cordero (cf. Ap 12,11), el mártir antepone la confesión de la fe a su propia vida, contrarrestando así la agresión con la plegaria y con la entrega heroica de sí mismo. Amando a sus enemigos y rogando por los que lo persiguen (cf. Mt 5,44), el mártir hace visible el misterio de la fe recibida y se convierte en un gran signo de esperanza, anunciando con su testimonio la redención para todos. Al unir su sangre a la de Cristo sacrificado en la cruz, la inmolación del mártir se transforma en ofrenda ante el trono de Dios, implorando clemencia y misericordia para sus perseguidores. Como nos enseña el papa Juan Pablo II, «ellos han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución... hasta el testimonio supremo de la sangre... Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia... Más radicalmente aún, demuestran que el martirio es la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza» (*Ecclesia in Europa*, 13).

De esta forma, el martirio es para la Iglesia un signo elocuente de cómo su vitalidad no depende de meros proyectos o cálculos humanos, sino que brota más bien de la total adhesión a Cristo y a su mensaje salvador. Bien sabían esto los mártires, cuando buscaron su fuerza no en el afán de protagonismo, sino en el amor absoluto a Jesucristo, a costa incluso de la propia vida.

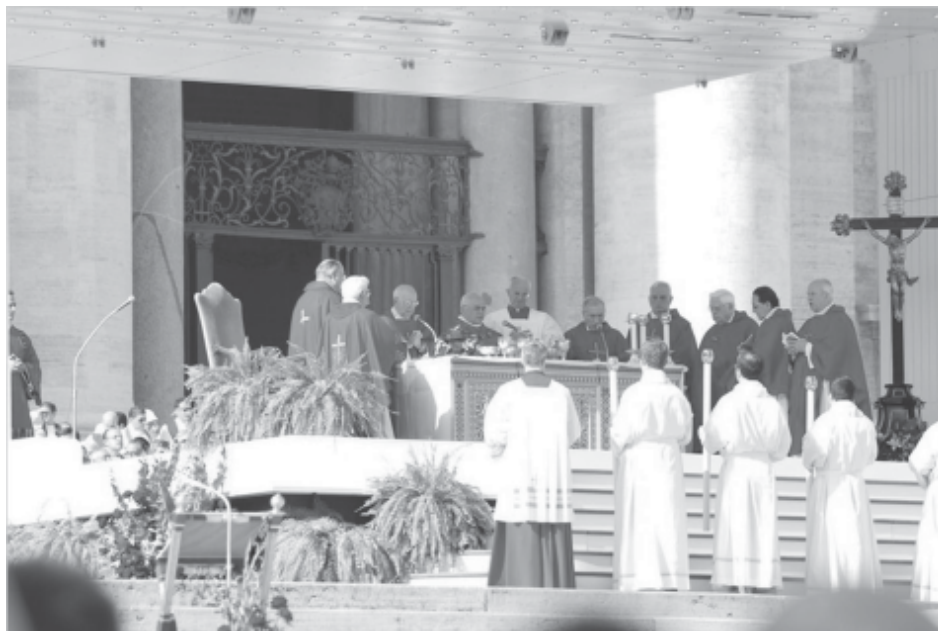
Para comprender mejor el verdadero sentido cristiano del martirio debemos, pues, dejar que hablen los propios mártires. Ellos, con su ejemplo, nos han confiado un testamento que a veces no nos atrevemos a abrir. En cambio, si les prestamos atención, sus vidas nos hablarán sin duda de fe, de fortaleza, de generosa valentía y de ardiente caridad, frente a una cultura que trata de apartar o menospreciar los valores morales y humanos que nos enseña el propio Evangelio.

De todos es conocido que el siglo xx dio a la Iglesia en España grandes frutos de vida cristiana: la fundación de congregaciones e institutos religiosos dedicados a la enseñanza, a la asistencia hospitalaria y a los más pobres y a diversas obras culturales y sociales. Destacan también grandes ejemplos de santidad, así como un elevado número de mártires obispos, sacerdotes, seminaristas, religiosos, religiosas y fieles laicos.

Estos mártires no han sido propuestos al Pueblo de Dios por su implicación política, ni por luchar contra nadie, sino por ofrecer sus vidas como testimonio de amor a Cristo y con la plena conciencia de sentirse miembros de la Iglesia. Por eso, en el momento de la muerte, todos coincidían en dirigirse a quienes les mataban con palabras de perdón y de misericordia. Así, entre tantos ejemplos parecidos, resulta conmovedor escuchar las palabras que uno de los religiosos franciscanos de la comunidad de Consuegra dirigía a sus hermanos: «Hermanos, elevad vuestros ojos al cielo y rezad el último padrenuestro, pues dentro de breves momentos estaremos en el Reino de los cielos. Y perdonad a los que os van a dar muerte».

Por eso, estos nuevos beatos han enriquecido a la Iglesia de España con su sacrificio, siendo hoy para nosotros testimonio de fe, de esperanza firme contra todo temor y de un amor hasta el extremo (cf. Jn 13,1).

El cardenal José Saraiva Martins preside la misa de la beatificación.



Su muerte constituye para todos un importante acicate que nos estimula a superar divisiones, a revitalizar nuestro compromiso eclesial y social, buscando siempre el bien común, la concordia y la paz.

Estos queridos hermanos y hermanas nuestros, entre los cuales se encontraban también dos franceses, dos mexicanos y un cubano, precisamente por su amor a la vida entregaron la suya a Cristo. Vivieron una vida ejemplar, dedicados plenamente a sus diferentes apostolados, convencidos de la opción religiosa que habían hecho o del cumplimiento de sus deberes familiares. Estos testigos humildes y decididos del Evangelio son luminarias que orientan nuestra peregrinación terrena. Al venerar hoy a todos ellos que, como nos enseña el libro del Apocalipsis, «vienen de la gran tribulación» (ibíd., 7,14), suplicamos al Señor que nos conceda su fe intrépida, su firme esperanza y su profunda caridad.

Queridos hermanos y hermanas, nos encontramos en Roma, donde en los comienzos de la Iglesia un sinnúmero de mártires confesaron su fe en Cristo hasta derramar su sangre. Tanto aquellos cristianos de la primera hora, como los que ayer han sido beatificados, no sólo han de suscitar en nosotros un mero sentimiento de admiración. Ellos no son simples héroes o personajes de una época lejana. Su palabra y sus gestos nos hablan a nosotros y nos impulsan a configurarnos cada vez más plenamente con Cristo, encontrando en Él la fuente de la que brota la auténtica comunión eclesial, para dar en la sociedad actual un testimonio coherente de nuestro amor y entrega a Dios y a nuestros hermanos.

Ellos nos ayudan con su ejemplo y su intercesión para que, en la hora presente, no nos dejemos ven-

cer por el desaliento o la confusión, evitando la inercia o el lamento estéril. Porque éste es también, como lo fue el suyo, un tiempo de gracia, una ocasión propicia para compartir con los demás el gozo de ser discípulos de Cristo.

Con su vida y el testimonio de su muerte nos enseñan que la auténtica felicidad se halla en escuchar al Señor y en poner en práctica su Palabra (cf. Lc 11,28). Por eso el servicio más precioso que podemos prestar hoy a nuestros hermanos es ayudarles a encontrarse con Cristo, que es «el Camino, la Verdad y la Vida» (cf. Jn 14,6), el único que puede saciar las más nobles aspiraciones humanas.

Dios quiera que esta beatificación suscite en España una fuerte llamada a reavivar la fe cristiana e intensificar la comunión eclesial, pidiendo al Señor que la sangre de estos mártires sea semilla fecunda de numerosas y santas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, así como una constante invitación a las familias, fundadas en el sacramento del Matrimonio, a que sean para sus hijos ejemplo y escuela del verdadero amor y «santuario» del gran don de la vida.

Finalmente, pidamos también al Señor que el ejemplo de santidad de los nuevos mártires alcance para la Iglesia en España y en las otras naciones de las cuales algunos de ellos eran originarios, muchos frutos de auténtica vida cristiana: un amor que venza la tibieza, una ilusión que estimule la esperanza, un respeto que dé acogida a la verdad y una generosidad que abra el corazón a las necesidades de los más pobres del mundo.

Que la Virgen María, Reina de los Mártires, nos obtenga de su divino Hijo esta gracia que ahora, con total confianza, ponemos en sus manos de Madre. Amén.

Sentido verdadero y autenticidad de los carismas

FRANCISCO CANALS VIDAL

SAN Ignacio de Loyola, en sus Ejercicios, formula unas reglas para «el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener». La primera de éstas es la sumisión de nuestros pareceres al criterio de la Iglesia jerárquica: «debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo creer que es negro si la Iglesia así lo determina, creyendo que entre Nuestro Señor Jesucristo, Esposo, y su Esposa la Iglesia es el mismo Espíritu el que nos gobierna y rige para salud de nuestras almas».

En estos tiempos en que, en el contexto de la iniciativa y de la vocación laicales se destacan –a menudo confusamente– los carismas de los fieles, especialmente de los laicos, como criterio de elección de actividades y objetivos apostólicos, parece sumamente importante subrayar la conexión necesaria de los carismas, como criterio de su autenticidad y verdad, con aquel sentido verdadero a que hemos aludido antes.

En nuestros tiempos, el equívoco comienza en el mismo sentido del término «carisma». Éste es propiamente una de aquellas «*gratias gratis datae*» de que hablaban los teólogos tradicionales. Algo preternatural al servicio de la vida sobrenatural mía y del prójimo. En todo caso, nada podría ser tomado verdaderamente como carismático si no se orienta finalmente a la santidad propia, en lo que se incluye la orientación fiel a las actividades y fines de la Iglesia jerárquica.

Tendemos hoy a interpretar el concepto de carisma como algo anecdótico e individual en lo que prácticamente podrá influir mucho el gusto o capricho del pretendido carismático. Pero esto no es así ni puede admitirse que se tomen criterios anecdóticos o caprichosos a pretexto de discernir los carismas propios del fiel cristiano.

Aquel «sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener» ha de regir e inspirar el descubrimiento y la selección de los carismas de quienes nos sintamos llamados al apostolado al servicio de la Iglesia. Esto quiere decir que si el examen de nuestra conciencia, a lo largo de los años, descubre en nuestras inclinaciones personales o colectivas una perseverante tendencia a algo que tenemos todas las razones para suponer que responde al plan de Dios sobre nuestra vida personal y apostólica, no podemos alterar nuestros criterios por otros, por más que hoy estén vigentes y que podríamos caracterizar por «modas teológicas».

La dedicación al reinado de Cristo del padre Igartua, por ejemplo, no puede ser confundido con un capricho individual ni una inclinación cultural propia. Los que recibimos su acción directiva y sus exhortaciones espirituales en los Ejercicios de san Ignacio tenemos que reconocer la orientación que, confirmando la que nos había dado a nosotros, los de Barcelona, el padre Orlandis, confirmaba aquella consagración al Reino de Cristo, había inspirado ya al fundador del Apostolado, el padre Enrique Ramière, y que en Barcelona inspiró al padre Orlandis la fundación de Schola Cordis Iesu. La insistencia del padre Orlandis en recomendar el estudio y la enseñanza de santo Tomás de Aquino no puede ser descartada como un criterio ya superado de opción por una determinada escuela. Podemos decir que somos fieles a santo Tomás porque somos obedientes a la Iglesia, y reconocemos la vigencia, en ella, de la enseñanza del Doctor Angélico.

En este sentido, resulta obligado perseverar en la fidelidad a los carismas y no pretender apoyarse en cambios de ambiente o en nuevas modas terminológicas o conceptuales –como aquellas que suplantán el trabajo por el Reino de Cristo por inclinaciones sociológicas o políticas que confunden la instauración del Reino con la construcción de una sociedad–, para abandonar la perseverancia en la vocación y en la fidelidad a los carismas auténticos, siempre coherentes con aquello que llamaba san Ignacio «el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener».

Olvidando, y tratando de hacer olvidar, que el silencio no deroga la palabra, y deformando, por lo mismo, las falsas acusaciones implícitas en vigentes valoraciones culturales, se ha querido arrinconar la encíclica *Pascendi* de san Pío X y anular así en la Iglesia las condenaciones del modernismo. Las actitudes ante esta encíclica antimodernista merecen, por lo menos, la calificación que había dado Pío XII a los que no aceptan las enseñanzas de las encíclicas a pretexto de que en ellas no siempre se encuentran formulaciones dogmáticas.

Decía Pío XII que se equivocan los que desprecian las enseñanzas pontificias contenidas en las encíclicas «porque son enseñanzas del Magisterio ordinario, para las cuales valen también aquellas palabras: “El que a vosotros oye, a mí me oye”». Las vigentes actitudes arrinconan el Magisterio de Cristo en la Iglesia y dejan en ésta ausente la ense-

San Pío X, el papa de la «Pascendi»



ñanza que el propio Magisterio tiene misión permanente de dar en nombre del Señor. Queda la Iglesia aislada de su Maestro, y el pueblo católico desorientado y sin la presencia activa de sus pastores.

Desde este «verdadero sentido que en la Iglesia militante debemos tener» nuestra perseverancia en las enseñanzas de la Iglesia no puede confundirse con un capricho testarudo por concepciones que quisieran algunos dar por superadas, o incluso por reprochables. Hemos de ser fieles a lo que nos enseñaron nuestros maestros para serlo, precisamente, a la Iglesia jerárquica en nuestros días. Quienes tanto

ponderan la legítima autonomía de los laicos deberían reconocer que nosotros, los laicos, tenemos la responsabilidad y el derecho a ser fieles a nuestros carismas auténticos, coherentes con el verdadero sentido de Iglesia que aprendimos en nuestras anteriores generaciones de grandes maestros de la vida espiritual y apostólica de los seglares. Tenemos derecho a perseverar en esto, en estas doctrinas y actitudes, y a no someternos a quienes quieren desintegrar la doctrina auténtica de la Iglesia desde perspectivas caprichosas según las nuevas e incoherentes modas teológicas.

Las enseñanzas del Magisterio ordinario

Ni puede afirmarse que las enseñanzas de las encíclicas no exijan de por sí nuestro asentimiento, pretextando que los romanos pontífices no ejercen en ellas la suprema majestad de su Magisterio. Pues son enseñanzas del Magisterio ordinario, para las cuales valen también aquellas palabras: «El que a vosotros oye, a mí me oye»; y la mayor parte de las veces, lo que se propone e inculca en las encíclicas pertenece ya –por otras razones– al patrimonio de la doctrina católica. Y si los sumos pontífices, en sus constituciones, de propósito pronuncian una sentencia en materia hasta aquí disputada, es evidente que, según la intención y voluntad de los mismos pontífices, esa cuestión ya no se puede tener como de libre discusión entre los teólogos.

Pío XII: encíclica *Humani generis*

A los cien años de la encíclica «Pascendi»*

ANTONIO AMADO

EL año 1907 el papa san Pío X publicó la encíclica *Pascendi dominici gregis*, condenando la doctrina modernista. Esta carta constituye un acto magisterial único en su especie pues el Pontífice no sólo condena un error sino que, detalladamente y desde sus raíces más profundas se dedica a exponer la doctrina que condena. En efecto, las doctrinas modernistas no habían sido presentadas por sus autores como un sistema orgánico sino que se enseñaban sin aparente unidad abarcando campos y tendencias diversas. Sin embargo, en la encíclica el Pontífice muestra cómo aquella aparente diversidad responde a una raíz común que encierra grave peligro para la fe católica. Por la naturaleza y profundidad del documento bien pudo decir el historiador jesuita Ludwig Hertling que la encíclica *Pascendi* «es una obra maestra en su género, digna de ocupar un puesto al lado del *Tomus ad Flavianum* de León el Grande y del decreto tridentino sobre la justificación»;¹ Gonzalo Redondo, por su parte, señala que la *Pascendi* es «un documento capital para el entendimiento de la vida de la Iglesia en el mundo contemporáneo». ² También se tiene noticia de la sorpresa que causó entre los mismos modernistas el conocimiento que el Pontífice mostró tener de la doctrina que condenaba. El hecho sorprendente de que en el último tiempo no sea frecuente ninguna referencia a este documento no parece ser motivo suficiente para no ponderar con atención las razones presentadas por Pío X en su análisis de la corriente que vino a definir como «compendio de todas las herejías». Aunque situado en un determinado momento histórico, la atención reflexiva sobre aquella encíclica puede iluminar el fondo común a no pocas aventuras teológicas que no guardan fidelidad al supremo magisterio de la Iglesia.

Origen de la crisis modernista

PARA encontrar la raíz de la crisis modernista hay que atender al predominio del racionalismo y del idealismo en la cultura europea durante el siglo XIX. Es conocido cómo el in-

flujo de estas corrientes afectó de manera particular al mundo protestante dando lugar a una forma de teología que, dependiendo muy estrechamente de aquellas corrientes filosóficas, negó la divinidad de Cristo, la institución por Cristo de la Iglesia y los Sacramentos, la inerrancia de las Sagradas Escrituras, etc. Estas ideas del protestantismo liberal si bien originariamente toman cuerpo en Alemania son rápidamente introducidas en el resto del mundo católico. De esta manera lo que el protestantismo liberal fue en Alemania es el modernismo en el mundo católico.³

Podemos situar los orígenes de la crisis modernista a partir del último cuarto del siglo XIX con algunos nombres como Duschene, Loisy, Hébert, Von Hügel, Houtin, Tyrrell, Turmel, Le Roy etc., dedicados unos a la revisión de la historia de la Iglesia, otros a la apologética o a la filosofía, y con el propósito común de elevar la cultura eclesiástica por medio de las ciencias profanas para dialogar con la mentalidad de la época. Debe advertirse que quienes se adhirieron al modernismo siguieron después de la condena del Pontífice caminos muy diversos y que no se puede dudar de una sincera intención apologética y de amor a la Iglesia en alguno de ellos;⁴ sin embargo conviene advertir también que el Pontífice nunca identificó ingenuamente al modernista con quien asume elementos de las ciencias naturales para los estudios eclesiásticos, sino que lo toma siempre en el sentido formal de quien ha hecho suyos los principios de la filosofía inmanentista. Entre

3. Un estudio interesante sobre el modernismo es la obra de Ramón García de Haro, *Historia teológica del modernismo*, Eunsa 1972. Este libro, así como el análisis que hace en la Enciclopedia GER bajo la voz «Modernismo; teología», ha servido de apoyo para algunos puntos capitales de nuestro trabajo.

4. «En un movimiento tan complejo como el modernismo —nuevo rebrote gnóstico; nuevo intento de racionalizar la fe cristiana, de adaptarla a la mentalidad del hombre moderno, «purificando» el contenido de la Revelación mediante los métodos racional-positivista— es comprensible que convivan personalidades de muy distinta índole: desde aquéllas que se integran más o menos a él sin percibir todo lo que supone, hasta las que conscientemente lo impulsan por entender que los planteamientos últimos de la Iglesia precisan un cambio —en razón del mismo cambio de los tiempos—, y es la concepción modernista la llamada a realizarlo». G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, pg 120.

*Reproducido de *Humanitas*, núm. 47, invierno de 2007.

1. L. Hertling, *Historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1984.

2. G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, Eunsa, Pamplona, 1979, vol II, pg 123.

aquellos hombres la figura más destacada y que gozaba de mayor prestigio era, sin lugar a dudas, Alfred Loisy, quien se dedicaba preferentemente de la exégesis bíblica. Fue una obra de este autor, *L'Évangile et l'Église* la que sirvió de catalizador para que detonara la crisis.

Ahora bien, para entender en qué consistió aquella crisis y cómo se origina debe tenerse presente que, desde el punto de vista psicológico,⁵ había un sentimiento de inferioridad en muchos católicos ante el desarrollo del pensamiento moderno. «El modernismo es una apertura, un intento de diálogo con el mundo contemporáneo, pero dominado por un sentimiento de inferioridad, consecuencia lógica de sus componentes: se parte de una sensibilidad para los problemas y tensiones que el pensamiento moderno plantea a la fe; a la vez, se aprecia la importancia de los medios y adquisiciones del hombre, sus aportaciones y descubrimientos, etc.; pero no se valora lo que se posee: lo que se es capaz de dar, la superioridad del don sobrenatural sobre cualquier conquista humana; más aún, su poder de potenciarlas y juzgarlas».⁶ Las raíces de aquel sentimiento se pueden remontar al impacto producido por las *Críticas* de Kant⁷ en el pensamiento cristiano, que si por una parte parece invalidar la posibilidad de la metafísica por otra pretende dar fundamento seguro a las otras ciencias. Este impacto hace dudar, por una parte, de la filosofía tradicional, y por otra aficiona a los espíritus a un cultivo cada vez más amplio de las ciencias profanas. El Pontífice, como ya hemos señalado, nunca pondrá el acento en la legitimidad y oportunidad del cultivo de las ciencias profanas, sino en la subordinación de la fe y del orden sobrenatural a las mismas.⁸ «Esta amplia gama de vidas y hombres, tan distintos entre sí, algunos de los cuales abandonaron y otros conservaron su fe, tenían, sin embargo, un proyecto en común: poner de acuerdo la fe con el «pensamiento moderno». Un proyec-

to que implicaba –ha dicho Buonaiutti– «una actitud del alma» y que les llevó a formar, a pesar de que a veces se encontraron sólo en relaciones epistolares, «un pequeño mundo tremendamente compacto». García de Haro llega a hablar de una «necesidad vitalmente sentida» de presentar el cristianismo de modo que pueda responder a las objeciones del mundo moderno.⁹ Sin embargo, si esa necesidad deriva en la doctrina modernista esto sucede por el carácter de una filosofía que no es capaz de dar razón de cómo cualquier adquisición de la ciencia humana, si verdaderamente es tal, no puede contradecir la verdad de fe.

Es fácil comprender, entonces, que las publicaciones de aquellos autores despertaran interés y entusiasmo en los espíritus que esperaban un avance de la teología. Sin embargo la publicación de *L'Évangile et l'Église* (1902) presentaba aspectos que se apartaban radicalmente de la doctrina católica; inmediatamente a la publicación de la obra otros autores se hicieron partidarios de Loisy y éste, en vez de atenuar su posición insistió en ella en *Autour d'un petit livre* (1903). «Más significativa, aún, es la acogida inicial –pese a sus abundantes afirmaciones, donde tantos valores íntimos de la Revelación quedan en entredicho– que obtienen Loisy y, en general, los autores modernistas en los medios eclesíásticos: sus escritos suelen despertar gran entusiasmo; se entrevé en ellos el ansiado camino abierto a un diálogo con el mundo moderno: sus más audaces negaciones se consideran como prueba de que ha acertado con el signo de los tiempos». Llama la atención que en el decreto *Lamentabili* (3 de julio de 1907) se hable de un «gran número» de escritores católicos adheridos a las doctrinas modernistas cuando era una polémica que prácticamente pasaba desapercibida entre la mayoría del pueblo cristiano; igualmente la *Pascendi* habla de un «gran número de católicos seculares y, lo que es aún más deplorable, hasta de sacerdotes, los cuales, so pretexto de amor a la Iglesia, faltos en absoluto de conocimientos serios en filosofía y teología».¹⁰ Conviene sin embargo advertir, como señala Petit que «el modernismo, por la índole misma de su gestación y su alimentación, anida principalmente en los lugares de estudio, es decir, en los seminarios y universidades católicas».¹¹ Es decir, introducida la doctrina modernista en aquellos lugares tendría una eficacia que ninguna herejía había alcanzado hasta aquel momento; fue así providencial la intervención de san Pío X. Con posterioridad al decreto *Lamentabili*, y

5. Este sentimiento psicológico respondía –como se intentará mostrar– a un debilitamiento intrínseco de la fe que en virtud de un resentimiento transformó a aquellos hombres en incansables trabajadores para transformar la Iglesia a imagen del mundo olvidando la intrínseca llamada a configurar desde la Iglesia el mundo según Dios.

6. Ramón García de Haro, *Historia teológica del modernismo*, pg. 111-112.

7. La doctrina modernista no se puede reducir únicamente al agnosticismo kantiano. Además de éste se debe reconocer la influencia del sentimentalismo religioso de Schleiermacher y del evolucionismo histórico moderno.

8. «Lo seguro, lo siempre válido es la ciencia: la doctrina católica, en definitiva, no goza de la seguridad que sólo aquella puede tener en el rigor de sus afirmaciones: todo debe rendirse ante la certeza de la ciencia» (Ramón García de Haro, *Historia teológica del modernismo*, pg. 82).

9. Cf. *ibid*, pg. 41

10. *Pascendi*, n. 1

11. J.M.^a Petit, *Cristiandad*, n 868-869, pag, 4-5

creemos que en un esfuerzo por identificar la doctrina modernista en su raíz, el Pontífice publicó la encíclica *Pascendi*; ahora no se trata sólo de enumerar errores (en parte los modernistas no se sentían identificados con las proposiciones condenadas) sino de presentar una respuesta adecuada a la táctica modernista: «Y como una táctica de los *modernistas* (así se les llama vulgarmente, y con mucha razón), táctica, a la verdad, la más insidiosa, consiste en no exponer jamás sus doctrinas de un modo metódico y en su conjunto, sino dándolas en cierto modo por fragmentos y esparcidas acá y allá, lo cual contribuye a que se les juzgue fluctuantes e indecisos en sus ideas, cuando en realidad éstas son perfectamente fijas y consistentes; ante todo, importa presentar en este lugar esas mismas doctrinas en un conjunto, y hacer ver el enlace lógico que las une entre sí, reservándonos indicar después las causas de los errores y prescribir los remedios más adecuados para cortar el mal».¹²

Merece la pena advertir que la decidida intervención de san Pío X consiguió el fruto deseado. A partir de aquel momento, los verdaderos modernistas empezaron a abandonar la Iglesia católica sin esperanza alguna de poder reformarla «desde dentro» según su criterio para adecuarla al mundo moderno. No debe olvidarse que algunos de ellos «durante años practican —ejemplarmente en apariencia— una fe con la que han roto de modo más radical en su corazón — así lo confesarán más tarde—, a cuya destrucción consagran todas sus energías».¹³

La clave de la actitud modernista

ANTES de analizar algunas de las principales tesis de los modernistas merece la pena desgranar lo que consideramos un doble aspecto en la actitud modernista con evidentes relaciones con el pensamiento de Kant. Escribe Loisy en su diario: «La Iglesia se ha de exterminar como el gran enemigo del progreso humano, si no es susceptible de enmienda»;¹⁴ esta sencilla afirmación de Loisy muestra aquella doble actitud de la que vive el modernista.

El progreso del género humano es un hecho; se impone a la evidencia. La idea racionalista del progreso interroga a la Iglesia. Este progreso necesario del género humano exige una actitud en la Iglesia y esta no puede ser otra que adaptarse al pensamiento

moderno. La Iglesia no es ya la Maestra que juzga de las distintas corrientes filosóficas a la luz de la Revelación divina, sino que su doctrina debe ser juzgada a la luz de la filosofía moderna. El pontífice señalará sobre este aspecto: «Amalgamando en sus personas al racionalista y al católico, lo hacen con habilidad tan refinada, que fácilmente sorprenden a los incautos».¹⁵ El modernista aparece en muchas ocasiones preocupado de salvar al verdadero cristianismo, pero éste no puede sostenerse sin doblar la cerviz ante la filosofía racionalista. Por eso, y aquí aparece el segundo aspecto, hay que reformar a la Iglesia desde dentro, mostrar que la Iglesia está sometida al progreso del género humano. Adviértase que a los ojos del modernista la Iglesia es susceptible de enmienda, no debe ser exterminada, se puede reformar si se modifican los estudios eclesiásticos y se ordenan en coherencia con el pensamiento moderno. Con acierto señala el Pontífice esta actitud de los modernistas: «con venenosos errores bebidos en los escritos de los adversarios del catolicismo, se presentan, con desprecio de toda modestia, como restauradores de la Iglesia, y en apretada falange asaltan con audacia todo cuanto hay de más sagrado en la obra de Jesucristo».¹⁶

El modernista no quiere abandonar la Iglesia, pero se hace inevitable para adecuarse al progreso del género humano que el orden sobrenatural se reduzca al orden natural, pues el primero es incompatible con la filosofía moderna. En esto empleará sus esfuerzos y quizás está ahí la radical desorientación de todo su empeño filosófico y teológico. Llama la atención la fuerza con que Loisy afirma que hay que defender la Iglesia en el contexto de aquel progreso humano: «Hay que sostenerla, defenderla y hacerla resplandecer por todos los medios, si es todavía la gran reserva moral de la civilización».¹⁷

Ahora bien, en general todos los racionalistas que afirmaban el progreso del género humano señalaban también a la Iglesia como la culpable de la oscuridad que se cernía sobre tantos pueblos; la ciencia y el progreso debía deshacer la superstición y acabar con el sacerdote. Para entender la manera en que el modernista insiste en reformar a la Iglesia desde dentro es preciso señalar otra filiación en sus ideas. Se trata de mostrar la compatibilidad entre pensamiento moderno y fe de manera que se pueda ser coherentemente católico trabajando por el bien de la civilización. Ya no se trata de la primacía de la gracia para la salvación y renovación del mundo, sino la primacía de un pensamiento filosófico para

12. *Pascendi*, n. 3

13. Ramón García de Haro, Enciclopedia GER, voz *modernismo; teología*.

14. Citado por Ramón García de Haro, *Historia teológica del modernismo*, pg. 92.

15. *Pascendi*, n. 2.

16. *Pascendi*, n. 1.

17. Citado por Ramón García de Haro, *Historia teológica del modernismo*, pg. 92.

adecuarse al desarrollo de la civilización. Es evidente que en tal modo de pensar se encuentra la influencia del pensamiento kantiano; sin ir más lejos, su obra *La religión dentro de los límites de la mera razón*, deja a toda religión histórica o eclesial (como el cristianismo o los musulmanes) sometida a la pura razón de manera que éstas tengan valor en la medida que preparan la pura fe racional. El mismo Kant señala que en el paso de la «pura fe religiosa a la fe racional consiste el advenimiento del Reino de Dios»,¹⁸ es decir, el constitutivo intrínseco y profundo de aquella filosofía inmanentista da soporte a poder repensar la fe como algo que se puede situar en los meros límites de la razón humana. En relación directa con esta actitud de fidelidad al pensamiento moderno y disposición para renovar la Iglesia desde dentro dice García de Haro: «El fracaso por dar una respuesta cristiana a los problemas del pensamiento moderno, toma el tono de una salida airoso: la condena de la Iglesia, por eso, no prueba su error, sino que han sido fieles al proyecto de procurar el bien religioso de la humanidad». Obviamente, el verdadero cristiano –por el contrario– trabaja por el progreso de la cultura humana y trata de poner a Dios en la «cima de todas las actividades humanas».

De esta doble actitud del modernista brotaría aquella caracterización psicológica que se expresa en la encíclica *Pascendi*: «Juntan a esto, y es lo más a propósito para engañar, una vida llena de actividad, constancia y ardor singulares hacia todo género de estudios, aspirando a granjearse la estimación pública por sus costumbres, con frecuencia intachables. Por fin, y esto parece quitar toda esperanza de remedio, sus doctrinas les han pervertido el alma de tal suerte, que desprecian toda autoridad y no soportan corrección alguna; y atrincherándose en una conciencia mentirosa, nada omiten para que se atribuya a celo sincero de la verdad lo que sólo es obra de la tenacidad y del orgullo».¹⁹

La doctrina modernista

CONVIENE ahora atender a algunas de las principales tesis modernistas que debieron ser condenadas en la encíclica. Téngase presente que no todos los autores calificados de modernistas caen en todos los errores que se enumeraran; sin embargo, la actitud de fondo que es posible identificar en aquellos autores muestra que por ilación lógica

son consecuencias que se derivan necesariamente aunque no en todos ellos hubiera adhesión subjetiva. Vamos a presentar únicamente algunos errores señalados en el decreto *Lamentabili* pero tomados de modo textual de los libros modernistas. Nos referiremos únicamente a algunas tesis de orden teológico para analizar en otro apartado la raíz de todos estos errores.

En relación con la Sagrada Escritura los autores modernistas negaban o ponían entre paréntesis el origen sobrenatural de la Escritura, de manera que el exégeta debía estudiarla del mismo modo que los otros documentos humanos.²⁰ En relación con esto sometían el juicio de la Iglesia al de los exégetas y teólogos,²¹ y como los dogmas formulados por la Iglesia se apoyan en un juicio tan endeble «no pueden conciliarse con los orígenes verídicos de la religión cristiana»²² y «puede existir y de hecho existe oposición entre los hechos que se cuentan en la Sagrada Escritura y los dogmas de la Iglesia que en ellos se apoyan».²³ Es importante advertir que en estricta coherencia el modernismo negaba autoridad a la Iglesia para emitir un juicio sobre las disciplinas humanas, de tal manera que lo que el modernista alcanzaba por medio de aquella disciplina debía ser admitido por la jerarquía eclesiástica.

Las tesis modernistas sobre la Iglesia corren por un camino paralelo. En primer lugar niegan que Cristo tuviera la intención de instituir la Iglesia como sociedad que hubiera de lugar hasta el fin de los tiempos. Esta tesis la vinculan a la conciencia de Cristo que juzgado como puro hombre creía ser inminente el fin del mundo²⁴. Loisy llega a afirmar en una frase célebre que «Cristo vino a anunciar el Reino de Dios pero en su lugar apareció la Iglesia». A estas tesis se sigue la reducción de la Iglesia a una institución meramente humana que debe evolucionar al modo de las otras instituciones; no tiene así una constitución inmutable. A la par que la Iglesia están sometidos a evolución el dogma y los sacramentos: «históricamente hablando –dirá Loisy– no admito que Cristo haya fundado la Iglesia ni los sacramentos; profeso que los dogmas se han ido formando gradualmente y no son inmutables. Los sacramentos sirven para mover a la piedad e incentivar el sentimiento religioso pero no son instituídos por Jesucristo sino elaboraciones de los cristianos».

Los Evangelios no nos muestran la divinidad de Cristo; desde el punto de vista de la historia es un hombre –esto ya lo había advertido Hegel– en quien

18. Kant, *La religión dentro de los límites de la mera razón*, Primera parte, primera sección, n. 7. Alianza Editorial, Madrid, 1986.

19. *Pascendi*, n. 2.

20. *Lamentabili*, n. 12

21. *Ibid*, n. 2

22. *Ibid*, n.3

23. *Ibid.*, n. 23

24. *Ibid*. n.52

se encuentra de modo más elevado el sentimiento moral de la humanidad. Todo lo sobrenatural es negado en Jesús así como las formulaciones con las que la Iglesia ha profesado a lo largo de los siglos su verdadera humanidad y su verdadera divinidad. En Cristo negaban además su concepción virginal y su resurrección.

La actitud del papa san Pío X

LA actitud modernista y las tesis que presentaban exigían la intervención del Magisterio. El humilde pontífice estaba llamado a intervenir para poner freno a lo que con seguridad era una grave amenaza para la fe. San Pío X, cuyo lema era «instaurar todas las cosas en Cristo» no podía dejar su labor de servicio y cuidado de la grey encomendada e intervino con una fuerza y una claridad que quizás alcanzaron mayor eficacia por su personal sencillez y mansedumbre. «La tarea de publicar esta memorable e inmortal encíclica sólo podía salir de aquel Papa en verdad manso y humilde, del todo entregado a su oficio de Pastor supremo de la Iglesia, que no ponía su esperanza más que en Dios y que sabía que frente a la malicia del error no cabe más que la afirmación de la verdad más clara. Personal y profundamente enamorado de Cristo san Pío X interviene en el momento oportuno cuando ya sería imprudente guardar silencio. Es misión primordial del sucesor de Pedro «guardar con suma vigilancia el depósito tradicional de la santa fe, tanto frente a las novedades profanas del lenguaje como a las contradicciones de una falsa ciencia».²⁵

Pareciera que la fe sencilla y madura del Romano Pontífice descubriera en el modernismo una forma de hablar que no era coherente con la tradición y el lenguaje de Iglesia. La continua denuncia al «afán de novedades» de los modernistas aparece unido al encandilamiento por una falsa ciencia. Se debe intervenir para obedecer al encargo del Señor: «Guardar silencio no es ya decoroso, si no queremos aparecer infieles al más sacrosanto de nuestros deberes, y si la bondad de que hasta aquí hemos hecho uso, con esperanza de enmienda, no ha de ser censurada ya como un olvido de nuestro ministerio».²⁶

La energía y fuerza de su intervención aparece nuevamente cuando habla de que los modernistas son con seguridad «enemigos de la Iglesia, y no se apartará de lo verdadero quien dijere que ésta no los ha tenido peores»;²⁷ sin embargo no se trata de juz-

gar las intenciones reservadas únicamente al juicio de Dios.²⁸ El Pontífice manifiesta su dolor por la gravedad del mal: «han aplicado la segur no a las ramas, ni tampoco a débiles renuevos, sino a la raíz misma; esto es, a la fe y a sus fibras más profundas»²⁹ y por el hecho de ser una doctrina que se enseña desde las entrañas mismas de la Iglesia: «ellos traman la ruina de la Iglesia, no desde fuera, sino desde dentro: en nuestros días, el peligro está casi en las entrañas mismas de la Iglesia y en sus mismas venas».³⁰ Impresionante sigue siendo el modo como juntando piedad paterna y amor por la Iglesia se determina a intervenir para bien de toda la Iglesia: «A la verdad, Nos habíamos esperado que algún día volverían sobre sí, y por esa razón habíamos empleado con ellos, primero, la dulzura como con hijos, después la severidad y, por último, aunque muy contra nuestra voluntad, las reprensiones públicas. Pero no ignoráis, venerables hermanos, la esterilidad de nuestros esfuerzos: inclinaron un momento la cabeza para erguirla en seguida con mayor orgullo. Ahora bien: si sólo se tratara de ellos, podríamos Nos tal vez disimular; pero se trata de la religión católica y de su seguridad. Basta, pues, de silencio; prolongarlo sería un crimen. Tiempo es de arrancar la máscara a esos hombres y de mostrarlos a la Iglesia entera tales cuales son en realidad».³¹

La condena del modernismo en la encíclica «Pascendi»

EL carácter singular y podemos decir genial de la *Pascendi* radica en haber captado y expuesto de manera admirable el carácter unitario del modernismo. Yendo más allá del decreto *Lamentabili*, publicado dos meses antes, no se dedica únicamente a enumerar ciertos errores sino que muestra la conexión de los mismos con el principio en el que se originan. Los modernistas no exponen sus doctrinas de modo metódico, pero el Pontífice ha sido capaz de descubrir el fondo permanente de las mismas; por eso la primera y más extensa parte de la encíclica está dedicada a la exposición del modernismo. Se reparará más en el esfuerzo que supone la presente encíclica si se advierte, como señala Petit el carácter central que tenía en la doctrina modernista el concepto de «evolución», de manera que escapaban a todo intento de fijar una posición de modo definitivo. «Hacía más difícil la denuncia

25. J.M.^a Petit, *Cristiandad*, n.868-869, pg 4-5

26. *Pascendi*, n. 1

27. *Pascendi*, n. 2

28. Cf. *Pascendi* n. 2

29. *Pascendi*, n. 2

30. *Pascendi*, n. 2

31. *Pascendi*, n. 3

del error modernista el hecho de que había que explicar algo cuya naturaleza misma es la 'evolución' de lo que pretende explicar. En efecto, el modernismo sostiene como tesis fundamental de su sistema que, siendo la religión algo en constante e imparable evolución, la explicación de la misma ha de consistir en una constante evolución. De ahí que el modernismo no se deje fijar en determinadas proposiciones».³²

La exposición de la doctrina modernista debía abarcar las doctrinas aparentemente dispersas de sus autores y al mismo tiempo mostrar el desarrollo de aquellas doctrinas desde un principio común. De este modo partiendo por el modernista filósofo, al que reduce todos los demás, serán analizados por el Pontífice el modernista creyente, el teólogo, el historiador, el crítico, el apologeta y el reformador.

Partiendo por el modernista filósofo la encíclica le asigna dos características fundamentales: el agnosticismo y la inmanencia vital. El primero representa el aspecto negativo de su doctrina y afirma la incapacidad del alma humana para elevarse hasta Dios encerrada como está en el ámbito de los fenómenos. «De donde infieren dos cosas: que Dios no puede ser objeto directo de la ciencia; y, por lo que a la historia pertenece, que Dios de ningún modo puede ser sujeto de la historia».³³ Evidentemente la postura agnóstica imposibilita la teología natural, niega los motivos de credibilidad y no reconoce la capacidad de la inteligencia humana para llegar a conocer racionalmente la existencia de Dios. Además el modernista con facilidad y sin consecuencia lógica pasa del agnosticismo al ateísmo pues, en palabras del Pontífice «por qué derecho de raciocinio, desde ignorar si Dios ha intervenido en la historia del género humano hacen el tránsito a explicar esa misma historia con independencia de Dios ... cónzcalo quien pueda».³⁴

La inmanencia vital, por su parte representa el aspecto positivo de la filosofía modernista. ¿Cómo se llega a esta inmanencia vital? Ya que no es posible demostrar racionalmente la existencia de Dios (agnosticismo) la explicación de la religión (ya no interesa si natural o sobrenatural) debe buscarse en el interior del hombre y en la indigencia de la vida. Se establece el principio de la inmanencia religiosa. «En efecto, todo fenómeno vital –y ya queda dicho que tal es la religión– reconoce por primer estímulo cierto impulso o necesidad, y por primera manifestación ese movimiento del corazón que llamamos sentimiento».³⁵ Previo a todo acto de conciencia se

encuentra por consiguiente, a nivel de subconciencia, el fundamento de la religión. Mediante este sentimiento puedo acceder a lo que pudiera estar más allá de la experiencia sensible y a lo que está por debajo de mi conciencia. Al sentimiento íntimo que se forma en mi interior ante lo incognoscible a causa de la indigencia de lo divino los modernistas le llaman fe bajo el «doble concepto de objeto y de causa íntima del sentimiento».³⁶ Ahora bien, como expresa el Pontífice en ese sentimiento no sólo encuentra el modernista la fe sino también la Revelación, pues «¿no es ya una Revelación, o al menos un principio de ella, ese sentimiento que aparece en la conciencia, y Dios mismo, que en ese preciso sentimiento religioso se manifiesta al alma, aunque todavía de un modo confuso?».³⁷ Si consideramos el sentido del análisis de san Pío X, la filosofía modernista presa del agnosticismo queda encerrada en el ámbito del sentimiento y por consiguiente condenada a una continua evolución según las variadas formas que ese sentimiento adquiera en la vida de los hombres. Toda religión, aun la sobrenatural se origina en el sentimiento religioso, es decir, es fruto espontáneo de la naturaleza. «Y nadie piense que la católica quedará exceptuada: queda al nivel de las demás en todo. Tuvo su origen en la conciencia de Cristo, varón de privilegiadísima naturaleza, cual jamás hubo ni habrá, en virtud del desarrollo de la inmanencia vital y no de otra manera».³⁸

Con posterioridad al sentimiento tiene su lugar la inteligencia, pues «el hombre religioso debe pensar la fe». Mediante la inteligencia el hombre traduce lo que siente en su interior. «En este proceso la mente obra de dos maneras: primero, con un acto natural y espontáneo traduce las cosas en una aserción simple y vulgar; después, refleja y profundamente, o como dicen, elaborando el pensamiento, interpreta lo pensado con sentencias secundarias, derivadas de aquella primera fórmula tan sencilla, pero ya más limadas y más precisas. Estas fórmulas secundarias, una vez sancionadas por el magisterio supremo de la Iglesia, formarán el dogma».³⁹ Estos dogmas, como expresamente enseña la doctrina modernista son símbolos que no contienen ninguna verdad absoluta y sometidos a una continua evolución. Aquellas fórmulas que en una determinada época sirvieron para expresar la experiencia religiosa común deben ser reinterpretados para que puedan servir en otra ocasión.

Si nos hemos extendido sobre el modernista filósofo es porque a él hay que reducir a los otros

32 J. M.^a Petit, *Cristiandad*, n. 868-869, pg. 4-5

33. *Pascendi*, n. 4

34. *Pascendi*, n. 4

35. *Pascendi*, n. 5

36. *Pascendi*, n.5

37. *Pascendi*, n. 6

38. *Pascendi*, n. 8

39. *Pascendi*, n. 9

modernistas. El modernista creyente, por ejemplo, afirmará la realidad de lo divino con independencia del sujeto, pero forzado por el principio agnóstico no podrá dar otra razón de su realidad más que el propio sentimiento. Curiosamente gracias a esta afirmación el modernista creyente no puede tener conflictos entre fe y ciencia pues pertenecen a un campo completamente distinto: «la ciencia trata de los fenómenos en los que no hay lugar para la fe; ésta, por el contrario, se ocupa enteramente de lo divino, que la ciencia desconoce por completo».⁴⁰

Pasando al modernista teólogo también es manifiesta, a los ojos del Papa, la dependencia de la filosofía agnóstica. En efecto, según el filósofo el principio de la fe que hemos llamado sentimiento es inmanente al hombre; pero el creyente señala que ese principio es Dios; en consecuencia Dios es inmanente al hombre.⁴¹ Por otra parte las representaciones del objeto de la fe son sólo símbolos inadecuados según el Filósofo; y para el creyente el objeto de la fe es Dios en sí; luego, concluye el teólogo, las representaciones de la realidad divina son simbólicas. De ahí la preocupación modernista para que el creyente no se adhiera excesivamente a las fórmulas (dogmas). De los errores antes señalados el Pontífice deduce lo que los modernistas piensan sobre el culto, los sacramentos, los libros sagrados y la Iglesia, etc.

El modernista historiador aplicará también los principios del agnosticismo a su investigación. En efecto, la historia como las otras ciencias se ocupa de fenómenos. Dios y las realidades divinas no pueden estar presentes en la historia y se relegan al ámbito de la fe. «Por tanto si se encuentra algo que conste de dos elementos, uno divino y otro humano —como sucede con Cristo, la Iglesia, los sacramentos y muchas otras cosas de este género—, de tal modo se ha de dividir y separar, que lo humano vaya a la historia, lo divino a la fe. De aquí la conocida división que hacen los modernistas, del Cristo histórico y el Cristo de la fe; de la Iglesia de la historia, y la de la fe; de los sacramentos de la historia, y los de la fe; y otras muchas de este tenor».⁴²

En fin, también la obra del modernista crítico y del apologista son obra del modernista filósofo. En efecto, el primero, que tiene que estudiar la Sagrada Escritura descarta, en coherencia con el agnosticismo toda posibilidad de lo sobrenatural. Sólo queda el elemento humano que además ha sido transfigurado y deformado. Se debe estudiar, consiguientemente la Sagrada Escritura como los demás libros y para alcanzar lo verdaderamente científico en ella se de-

ben excluir los añadidos de la fe y todo aquello que no parece responder a la lógica de los hechos. El segundo, el apologista, también depende del filósofo; este debe defender la fe católica de sus impugnadores y conducir a los hombres a la religión católica; sin embargo, en relación directa con el agnosticismo, «la nueva apología debe dirimir las controversias de religión por medio de investigaciones históricas y psicológicas».⁴³ Además será tarea propia del modernista conducir al hombre que no tiene fe a aquella experiencia vital que es el único fundamento de la religión. Para realizar esto basta mostrar que lo que hoy hay en la religión, debidamente purificado y entendido es lo mismo fundado por Cristo y que responde, según las leyes de la evolución a lo que nosotros, hoy día, podemos experimentar. En ese proceso, para conducir al hombre a la fe deberá reconocer el apologista que muchas cosas están viciadas o son contrarias a la ciencia; pero no importa, porque «las ciencias y la historia son allí a manera de envoltura, con la que se cubren las experiencias religiosas y morales, para difundirlas más fácilmente en el vulgo».⁴⁴

Las causas del modernismo

DESPUÉS de un análisis tan radical y fundamentado de la doctrina modernista el Pontífice se dedica a examinar las causas de este error tratando de buscar los remedios más eficaces. «La causa próxima e inmediata es, sin duda, la perversión de la inteligencia. Se le añaden, como remotas, estas dos: la curiosidad y el orgullo. La curiosidad, si no se modera prudentemente, basta por sí sola para explicar cualesquier errores».⁴⁵ Es digno de ser notado que el Pontífice no se coloca en una posición defensiva frente a la aparente erudición y ciencia de los pensadores modernistas, y llega incluso a afirmar que la causa intelectual del modernismo es la ignorancia.⁴⁶ En efecto, la Iglesia no ha temido nunca a la verdadera ciencia y reconoce la imposibilidad de contradicción entre ésta y la fe pues ambas tienen su principio en el único Dios. Sin embargo el «afán de novedades», la presunción de querer saber más de lo que se debe saber y el entusiasmo por corrientes filosóficas incompatibles con la fe hacen que la inteligencia pueda naufragar en su camino de búsqueda de la verdad. En efecto, sintetizando el origen del modernismo, el Pontífice advierte que «del consorcio de la falsa filosofía con la fe ha nacido el

40. *Pascendi*, n.15

41. Cf. *Pascendi*, n. 18

42. *Pascendi*, n. 28

43. *Pascendi*, n. 33

44. *Pascendi* n. 34

45. *Pascendi* n. 41

46. Cf. *Pascendi* n. 42

sistema de ellos, inficionado por tantos y tan grandes errores». ⁴⁷ Ahora bien, estos errores se alimentaban y crecían por el orgullo «que se halla como en su propia casa en la doctrina del modernismo» ⁴⁸ y es el «camino más expedito para el modernismo». ⁴⁹

Si los errores modernistas tomaban su principio en una falsa filosofía parece que también en ese orden se debe buscar el remedio. El Pontífice advierte que los modernistas son enemigos de la filosofía escolástica y señala que su completa ignorancia «les privó del instrumento necesario para suprimir la confusión en las ideas y para refutar los sofismas». ⁵⁰ Por consiguiente señalará el inmortal Pontífice como remedio eficaz contra la doctrina modernista «queremos, y definitivamente mandamos, que la filosofía escolástica se ponga por fundamento de los estudios sagrados». ⁵¹ San Pío X además señala que entiende por filosofía escolástica principalmente la que enseñó santo Tomás y advierte gravemente a los maestros que «apartarse del Doctor de Aquino, en especial en las cuestiones metafísicas, nunca dejará de ser de gran perjuicio». ⁵²

Fundados los estudios eclesiásticos en la filosofía escolástica el Papa pide que los alumnos de los seminarios tengan estima por la teología, también la positiva y exhorta a investigar en la historia y las ciencias naturales, advirtiendo sin embargo que éstas ocupen el lugar debido, pues «cuanto mayor es el fervor con que se cultivan las ciencias naturales, tanto más han decaído las disciplinas más graves y elevadas, de las que algunas casi yacen olvidadas

de los hombres; otras se tratan con negligencia y superficialmente y (cosa verdaderamente indigna) empañando el esplendor de su primera dignidad, se vician con doctrinas perversas y con las más audaces opiniones». ⁵³

Conclusión

LA acertada y pronta intervención de san Pío X cortó en su raíz lo que se hubiera transformado en un problema gravísimo para la vida de la Iglesia. Sin embargo no se puede dejar de reconocer que muchos elementos de la actitud modernista se pueden reconocer en el tiempo posterior a la *Pascendi*, y que la preocupación por una adecuada filosofía sigue presente en el corazón de la Iglesia; así lo confirma la encíclica de Pío XII *Humani generis*, las disposiciones del Concilio Vaticano II y del Derecho canónico sobre los estudios eclesiásticos y la encíclica *Fides et ratio* de Juan Pablo II. Sin embargo parece que el núcleo del problema modernista fue una desconfianza del don recibido, una desfiguración radical de la vida sobrenatural a la que es injertado el cristiano, y en consecuencia un sentido de inferioridad frente al mundo que les lleva a adoptar la filosofía moderna sin el debido discernimiento.

Nosotros hemos querido, en el presente artículo destacar principalmente la vinculación del modernismo con la filosofía agnóstica pues creemos que es el principal elemento que señala san Pío X. La relectura de la encíclica puede servir para meditar sobre la fidelidad con la que se guardan las disposiciones de la Iglesia sobre la enseñanza de la filosofía y en qué sentido se comprende el alcance profundo del pensamiento de la *Pascendi*: la verdad de la fe exige una filosofía capaz de alcanzar de manera definitiva verdades sobre Dios, el hombre y el mundo.

47. *Pascendi* n. 42

48. *Pascendi* n. 41

49. *Pascendi* n. 41

50. *Pascendi* n. 41

51. *Pascendi* n. 46

52. *Pascendi* n. 46

53. *Pascendi* n. 48



El contexto histórico de la encíclica «Pascendi»*

JORGE SOLEY CLIMENT

INICIAMOS este encuentro de los Amigos de la Ciudad Católica que quiere celebrar el centenario de la encíclica *Pascendi*, proclamada el 8 de septiembre de 1907, precedida a su vez por el decreto *Lamentabili* de 3 de julio del mismo año y cuya labor sería continuada en 1910 por el juramento antimodernista.

Más que un desarrollo histórico de los principales hitos que marcan el ascenso del modernismo y que llevan a la actuación, valiente y penetrante, del papa san Pío X, que podemos encontrar tratado con mayor o menor acierto en los libros de historia de la Iglesia, tras un breve repaso a algunos hitos que considero cruciales me detendré hoy en algunos aspectos históricos del modernismo que me parece que pueden ayudarnos en la reflexión que iniciamos ahora.

Giuseppe Sarto había accedido al solio pontificio el 4 de agosto de 1903 con el nombre de Pío X en una época en la que la situación de la Iglesia no era nada fácil. Tras el golpe que había supuesto la Revolución francesa y las revoluciones liberales del XIX, la obra *risorgimentale* italiana había abierto una profunda herida en el país natal del papa Sarto, lo que se conoció como *cuestión romana*, por la que los católicos que vivían en el denominado reino de Italia tenían prohibida desde 1874, con el *Non expedit*, la participación en la vida política. En su primera encíclica como papa, *E supremi apostolatus cathedra*, de 4 de octubre de 1903, san Pío X nos ha dejado un fresco de la época de gran realismo y profunda penetración del origen de los males: «la audacia y la ira con que se persigue la religión en todas partes, se combaten los dogmas de fe y se prepara abiertamente para extirpar y para aniquilar toda relación del hombre con la divinidad... el mismo hombre, con infinita temeridad, se ha puesto en el lugar de Dios, de tal manera que, aunque no puede borrar totalmente de sí todo vestigio de Dios, sin embargo, rechazada su majestad, ha hecho del universo un templo para sí mismo, donde ser adorado. Se ha sentado en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios». No es de extrañar que, ante este panorama, san Pío X eligiera como lema de su pontificado el célebre *Instaurare omnia in Christo*, única solución viable al verdadero calado del problema al que se enfrentaba.

Pero los problemas que asediaban a la Iglesia no se limitaban a las tensiones con el Estado italiano. Más perniciosas eran las ideas difusas, con cada vez mayor predicamento, especialmente en Francia, que el Papa acabaría designando como *modernismo*. No se trataba de una novedad, pues los errores condenados en la *Pascendi* ya habían sido señalados por los papas anteriores (es por ello que la *Pascendi* está repleta de referencias a los concilios de Trento y Vaticano I, a la *Quanta cura* y al *Syllabus*, y en general a todo el magisterio pontificio precedente). Y es que el modernismo recoge el testigo del catolicismo liberal con el que se enfrentó Pío IX, o más aún, y como dice la misma encíclica, del protestantismo, de donde se derivan sus raíces doctrinales. No es de extrañar, pues, que se haya señalado que es a través del modernismo como los postulados del protestantismo liberal del siglo XIX penetrarán en el campo católico.

Incubado pues en ambientes intelectuales de «vanguardia» bajo formas variadas y no siempre de acuerdo entre ellas, el modernismo pretendía producir profundas reformas en la doctrina y en la estructura de la Iglesia, con el pretexto de adaptarla al «espíritu de los tiempos». Según el que probablemente fuera su más conspicuo representante, Alfred Loisy (1857-1940), «los modernistas forman un grupo bastante definido de hombres de pensamiento, unidos por el común deseo de adaptar el catolicismo a las necesidades intelectuales, morales y sociales de nuestros días». Y especificando la magnitud de esta adaptación, afirmaba que el objetivo era «cambiar la Iglesia, su constitución, su doctrina y sus ritos». ¹ Además, también hay que tener presente que la *Pascendi* se desarrolla en paralelo a la crisis provocada por el grupo liderado por Marc Sangnier, quienes lanzarían la revista y el movimiento de *Le Sillon* y que el Papa tendería que condenar el 25 de agosto de 1910.

La adaptación querida por los modernistas no era de hecho ni superficial ni saludable. Ésta habría alcanzado los mismos fundamentos de la Iglesia, comportando en la práctica su destrucción: «¡El viejo edificio eclesiástico deberá derrumbarse!», proclamaba Loisy. La misión de los modernistas, según Tyrrell, era de «golpear y golpear la vieja carcasa de la Iglesia romana». Por esto, en el acto de condenarla, san

*Texto de la conferencia que nuestro colaborador pronunció en la XLIV Reunión de Amigos de la Ciudad Católica que tenía por título «La devastación modernista en el centenario de la encíclica Pascendi». Tomado de *Verbo*, núm. 455-456 (2007), págs. 375-384.

1. Alfred Loisy, «*Simple réflexions sur le décret du Saint Office Lamentabili Sane Exitu, et sur l'Encyclique Pascendi Dominici gregis*», pág. 13, en Arthur Vermeersch, *Modernism*, Catholic Encyclopedia, Caxton Publishing, Londres, 1911, Vol. X, pág. 416.

Pío X definió esta corriente como «la síntesis de todas las herejías», especificando además: «si alguien se hubiera propuesto reunir en uno el jugo y como la esencia de cuantos errores existieron contra la fe, nunca podría obtenerlo más perfectamente de lo que han hecho los modernistas (...) [Los modernistas] han aplicado la segur, no a las ramas, ni tampoco a débiles renuevos, sino a la raíz misma; esto es, a la fe y a sus fibras más profundas».

Llegados a este punto resulta especialmente interesante observar la estrategia seguida por los modernistas italianos. Desde 1867 existía en Italia la Sociedad de la Juventud Católica Italiana, dirigida por Giovanni Acquaderni. En junio de 1874 tuvo lugar en Venecia un congreso católico que terminó creando un movimiento de ámbito nacional. Esto se concretó un año después en el congreso de Florencia, del cual brotó la Obra de los Congresos y de los Comités Católicos en Italia. La presidencia fue confiada inicialmente al mismo Acquaderni.

Algún tiempo después, sin embargo, comenzaron a manifestarse los primeros roces. Los jóvenes líderes en ascensión dentro de la Obra representaban una orientación bastante diversa, aún con las nuevas ideas modernistas. Algunos sectores de la Obra comenzaron a manifestar una fuerte infiltración modernista y católico-democrática. En 1891, los sectores más radicales influenciados por Romolo Murri fundaron los «grupos democráticos» ubicados tan a la izquierda como para querer abandonar la etiqueta «democrática» sustituyéndola con la de «socialista». La corriente murriana brotó en el 19º congreso nacional de la Obra realizado en Bolonia en 1903 y la vieja guardia salió derrotada.

Profundamente descontento por el resultado del congreso y, de modo general, por la orientación que habían tomado algunos sectores de la Obra, en diciembre de 1903 san Pío X publicó el «motu proprio» *Fin dalla prima*, en el cual delineaba una «normativa fundamental para la acción social de los católicos», en claro contraste con las ideas católico-democráticas. Estos sectores respondieron convocando un congreso en Bolonia, donde fue fundada la Liga Democrática Nacional, de inspiración socialista. Para aclarar de una vez por todas la situación, san Pío X publicó entonces la encíclica *Il fermo proposito*, en la cual condenaba la corriente cristiano-democrática. Don Murri fue primero suspendido *a divinis* y, después, excomulgado. Abandonando la sotana, se casó en 1912.

En cuanto al camino anterior a la *Pascendi*, también éste es largo y muestra tanto la enorme paciencia como la firmeza del Papa. Ya en 1903 se habían incluido en el *Índice* algunas de las obras de Loisy y Houtin y la encíclica *Iucunde sane*, de 12 de marzo de 1904, denuncia la pretensión de que la Iglesia deba someterse a la «nueva ciencia». En 1906 el Papa debe dirigirse a los obispos italianos para advertirles contra la propaganda modernista y en su alocución con-

sistorial de 15 de julio de 1907 vuelve a la carga advirtiéndoles del peligro de quienes tratan de destruir la fe católica desde dentro.

Vemos pues que la *Pascendi* no llega sino después de un largo pulso en el que el Papa no duda en actuar con firmeza para proteger la fe de su grey. Después de repetidas e inútiles advertencias –recordemos particularmente la encíclica *Pieni l'animo* (1906)– san Pío X se ve obligado a promulgar el decreto *Lamentabili sane exitu*, de 3 de julio de 1907, en el que se condenan 65 proposiciones tomadas de las obras de Loisy, Tyrrell, Le Roy y Blondel, y posteriormente la encíclica *Pascendi Dominici gregis*, de 8 de septiembre de 1907, en la que profundiza y fundamenta en condena explicitada en el primer decreto.

Salta a la vista a cualquiera que se acerque al fenómeno modernista que éste fue principalmente una creación de teólogos heterodoxos (ignorantes de la ciencia teológica y empapados de la filosofía moderna), con un protagonismo del clero muy marcado. Y es que el modernismo, y lo que ha sido su continuación, el progresismo, a pesar de sus reiteradas alusiones a la «democratización» de la Iglesia y a la creación de una «Iglesia del pueblo», nunca ha contado con la adhesión del pueblo católico sencillo, a quien, dicho sea de paso, siempre han despreciado los modernistas como incapaz de comprender su abstruso lenguaje.

Pedantes, los modernistas actuarán con un orgullo que fácilmente podemos calificar como de satánico. Dialécticamente enfrentados a la Jerarquía, ante las condenas no se comportarán como el hijo reprendido que acepta la reconvención de su padre, sino que se revolverán, resentidos, presentándose como mártires de una Iglesia auténtica que coincide con sus vanas pretensiones. Así, lejos de someterse, los modernistas replicarán al magisterio papal con innumerables panfletos, libros y artículos periodísticos.

Pero si muchos de los grandes enemigos de la Iglesia inmediatamente anteriores a la eclosión y condenación del modernismo eran ajenos a la Iglesia, la novedad radica en que en esta ocasión se la combate desde dentro. Escribía Jaime Bofill en *Cristiandad* que «la infiltración era tan extensa, que bien podría decirse, adaptando una frase escrita a propósito de la herejía de Arrio: “El mundo católico despertó, y se encontró, aterrado, que era modernista”». Situación especialmente grave si consideramos que los modernistas se aprovecharon de su situación jerárquica en la Iglesia para deformar la conciencia de otros sacerdotes y seminaristas que recibían sus enseñanzas.

No es de extrañar, pues, que el Papa, al inicio de la encíclica, afirme para justificar su actuación que «Lo que sobre todo exige de Nos que rompamos sin dilación el silencio es que hoy no es menester ya ir a buscar los fabricantes de errores entre los enemigos declarados: se ocultan, y ello es objeto de grandísimo dolor y angustia, en el seno y gremio mismo de la

Iglesia, siendo enemigos tanto más perjudiciales cuanto lo son menos declarados».

También las reacciones a la *Pascendi* pueden ser motivo de reflexión: uno está tentado de pensar que ese gesto de firmeza doctrinal y pastoral debería haber provocado una reacción tremenda, un terremoto. En efecto, el lenguaje del Papa es, sin lugar a dudas, inequívoco y fuerte, como lo atestiguan los siguientes pasajes de la encíclica:

«Cualesquiera que de algún modo estuvieren imbuidos de modernismo, sin miramiento de ninguna clase sean apartados del oficio, así de regir como de enseñar, y si ya lo ejercitan, sean destituidos [...]. En esta materia, venerables hermanos, principalmente en la elección de maestros, nunca será demasiada la vigilancia y la constancia; pues los discípulos se forman las más de las veces según el ejemplo de sus profesores; por lo cual, penetrados de la obligación de vuestro oficio, obrad en ello con prudencia y fortaleza.

»Con semejante severidad y vigilancia han de ser examinados y elegidos los que piden las órdenes sagradas; ¡lejos, muy lejos de las sagradas órdenes el amor de las novedades! Dios aborrece los ánimos soberbios y contumaces.

»Ninguno en lo sucesivo reciba el doctorado en teología o derecho canónico si antes no hubiere seguido los cursos establecidos de filosofía escolástica; y si lo recibiese, sea inválido. [...]

»También es deber de los obispos cuidar que los escritos de los modernistas o que saben a modernismo o lo promueven, si han sido publicados, no sean leídos; y, si no lo hubieren sido, no se publiquen.

»No se permita leer tampoco a los adolescentes de los seminarios, ni a los alumnos de las universidades, cualesquier libros, periódicos y revistas de este género [...]

»Y, en general, venerables hermanos, para poner orden en tan grave materia, procurad enérgicamente que cualesquier libros de perniciosa lectura que anden en la diócesis de cada uno de vosotros, sean desterrados, usando para ello aun de la solemne prohibición.»

Uno esperaría, al menos desde la mentalidad más común en nuestros tiempos, una hecatombe, la deserción de la Iglesia de miles de almas escandalizadas por tamañas pretensiones. Pero ocurrió todo lo contrario, mostrando que demasiado a menudo si de algo pecamos no es de audacia y confiamos demasiado poco en la actuación de la divina Providencia. Lo cierto es que la *Pascendi* fue bien acogida entre los católicos, provocó pocas posturas de rechazo y las pocas actitudes rebeldes provinieron, como ya se ha señalado antes, del clero más infectado de modernismo, que se veía forzado a elegir entre el cumplimiento de las medidas promovidas por la encíclica o la revuelta explícita.

«Mirando a mi alrededor estoy obligado a admitir que la corriente modernista está destruida, sus fuerzas están por ahora agotadas. Debemos esperar el tiempo en que, por medio de un trabajo silencioso y

secreto, habremos conseguido transbordar a la causa de la libertad una más amplia parte de los fieles».² Así se lamentaba el jesuita inglés George Tyrrell (1861-1909) después de la condenación de la herejía modernista.

Pero si es indudable que la *Pascendi* y la ulterior acción de san Pío X tuvo un efecto sumamente benéfico sobre la vida de la Iglesia, por desgracia el trabajo silencioso que anunciaba Tyrrell dio sus frutos. Este trabajo callado va de la mano de una actitud nueva que, ya lo hemos señalado, rehuye el enfrentamiento directo e incluso protesta verbalmente fidelidad al Papa. Tampoco esta táctica es nueva, pues ya el jansenismo inauguró la táctica del empecinamiento en, contra toda lógica, afirmar la pertenencia a la Iglesia, argumentando la mala comprensión del Papa acerca de las doctrinas condenadas. Una estrategia que el Papa ya preveía, lo que le hace advertir lo siguiente:

«En toda esta exposición de la doctrina de los modernistas, venerables hermanos, pensará por ventura alguno que nos hemos detenido demasiado; pero era de todo punto necesario, ya para que ellos no nos acusaran, como suelen, de ignorar sus cosas; ya para que sea manifiesto que, cuando tratamos del modernismo, no hablamos de doctrinas vagas y sin ningún vínculo de unión entre sí, sino como de un cuerpo definido y compacto, en el cual si se admite una cosa de él, se siguen las demás por necesaria consecuencia. Por eso hemos procedido de un modo casi didáctico, sin rehusar algunas veces los vocablos bárbaros de que usan los modernistas».

Y más adelante, el propio Papa, señalará la naturaleza de esta táctica: «táctica, a la verdad, la más insidiosa, consistente en no exponer jamás sus doctrinas de un modo metódico y en su conjunto, sino dándolas en cierto modo por fragmentos y esparcidas acá y allá, lo cual contribuye a que se les juzgue fluctuantes e indecisos en sus ideas, cuando en realidad éstas son perfectamente fijas y consistentes».

Será el propio san Pío X, tres años más tarde, quien denunciará en el «motu proprio» *Sacrorum antistitum*, que los modernistas se estaban reagrupando en una «liga clandestina» (*clandestinum foedus*), advirtiendo además que ellos «no han abandonado su designio de perturbar la paz de la Iglesia». Fenómeno persistente, pues Pío XI se refiere al mismo hecho cuando escribe en la *Ubi arcano*, de 23 de diciembre de 1922, que: «son muchos los que creen o dicen que toman en consideración las doctrinas católicas sobre la autoridad social, [...] las relaciones entre Iglesia y Estado, [...] sobre los derechos de la Santa Sede y las prerrogativas del Romano Pontífice y del Episcopado, sobre los derechos sociales del mismo Jesucristo» pero al mismo tiempo «hablan, escriben y, lo que es peor,

2. Carta al P. Marcel Hébert, en Alec Vidler, *The Modernist Movement in Roman Church. Its origins and outcome*, Gordon Press, New York, 1976, pág. 78.

actúan como si no tuvieran que seguir [...] las doctrinas y las prescripciones solemne e invariablemente citadas e inculcadas en numerosos documentos pontificios, en concreto en León XIII, Pío X y Benedicto XV». Para acabar afirmando que «esta especie de modernismo moral, jurídico, social no es menos condenable que el modernismo dogmático».

Y es que «obligados a una especie de vida clandestina», explica Albert Besnard, O.P., «los modernistas continuaron obrando de modo secreto, inspirando sucesivamente a la mayor parte de las contestaciones religiosas que hoy vemos en la Iglesia». Don Germano Pattaro, del Seminario Patriarcal de Venecia, precisa igualmente que: «el cambio de perspectiva que se operó dolorosa y trágicamente con el modernismo fue retomado y repropuesto en la *Nouvelle théologie*», sucesivamente condenada en varios documentos, especialmente en la encíclica *Humani generis*».³

Un repaso rápido a algunos errores del modernismo nos convencerá de la actualidad del modernismo y de su persistencia a un siglo de su condena. La religión considerada como un hecho vital, una experiencia, y desde esta perspectiva radicalmente naturalista, la afirmación de que todas las religiones son igualmente verdaderas.

Los dogmas presentados como expresión del sentimiento religioso y, en consecuencia, mutables, sujetos a evolución. El historicismo y la exégesis crítica de la Sagrada Escritura, sin atender ni al Magisterio ni a la Tradición, negando así los milagros y principalmente el más grande de ellos, la resurrección de Jesucristo. Todos ellos son errores típicamente modernistas con los que, por desgracia, nos hemos topado más de una vez en nuestras vidas.

Permítaseme, llegados a este punto, hacer una breve digresión, que creo sugerente, que conecta el fenómeno modernista y la revolución gnóstica tal y como la caracteriza Eric Voegelin en su obra *La nueva ciencia de la política*. Citando a Hooker, Voegelin recuerda que la posición puritana «podía utilizar la Biblia cuando pasajes de la misma fuera de contexto sirvieran para apoyar la causa».⁴ Así, se presentó como el cristianismo auténtico y originario, el de los primeros cristianos; a este respecto afirma Voegelin: «en las primeras etapas de la revolución gnóstica ese camuflaje era necesario, ya que un movimiento abiertamente anticristiano no habría podido tener éxito en el plano social».⁵ Pues bien, no puedo dejar de advertir que algo similar ocurre con el modernismo y el

uso que hace de un lenguaje bíblico en cuyos contenidos no cree y que desprecia profundamente pero que utiliza sin contemplaciones, sabedor de que no puede mostrarse abiertamente como lo que es realmente.

Para acabar, un pequeño comentario a las derivas políticas del modernismo. Ya vimos cómo éste había alterado la vida y fines de ciertas asociaciones católicas italianas, estando muy presente en la génesis de una corriente de activismo socio-político izquierdista que, nacida como componente del «catolicismo social», dio vida al «catolicismo democrático» del cual salió el «cato-comunismo» (más conocidos por estos lares bajo el nombre de «cristianos para el socialismo»). Es lo que podemos denominar la corriente políticosocial del modernismo filosófico-religioso. Ya hemos dicho que los modernistas siempre tuvieron escasa influencia sobre la opinión pública. El modernismo permaneció como un fenómeno de élites intelectuales, principalmente clericales (por cierto, cuánta razón tenía santa Teresita cuando afirmaba la necesidad y urgencia de rezar por los sacerdotes, por quienes tanto daño se hacía a las almas sencillas), les faltaba un movimiento de masas que permitiese la difusión masiva de las nuevas ideas. La ocasión se presentó a fines de los años veinte, cuando el entonces papa Pío XI emprendió la reorganización de los laicos, dando vida a la moderna Acción Católica, siguiendo un esquema que fue reproducido después en todo el mundo. En la intención del Sumo Pontífice, la Acción Católica debería constituir un vasto movimiento apto para coordinar el empeño apostólico de los seglares, bajo la guía de la Jerarquía. Pero casi desde el comienzo existió dentro de la nueva asociación una importante presencia modernista. En Francia el desvío fue tan grave que indujo a sectores enteros de la Acción Católica a adherirse al socialismo y al comunismo. Cuando, a comienzos de los años setenta, fue fundado en Francia «Cristianos para el Socialismo», cinco grupos de Acción Católica se adherieron en bloque. El daño infligido a la Iglesia desde entonces es incalculable.

Escribía Juan Pablo II que «no se puede negar que la vida espiritual atraviesa en muchos cristianos un momento de incertidumbre que afecta no sólo a la vida moral sino incluso a la oración y a la misma rectitud teologal de la fe. Ésta está a veces desorientada por posturas teológicas erróneas, que se difunden también a causa de la crisis de obediencia al magisterio de la Iglesia».⁶ El modernismo, pues, en palabras del Papa del cambio de milenio, está por desgracia presente en la vida de muchos cristianos, con las nefastas consecuencias que siempre ha acarreado. Confiamos en que el estudio que realizaremos a través de esta reunión de Amigos de la Ciudad Católica sea instrumento en manos del Señor para combatir los males que aún hoy aquejan a su Iglesia.

3. Germano Pattaro, *Curso de teología del ecumenismo*, Brescia, 1985, pág. 344.

4. Eric Voegelin. *La nueva ciencia de la política*, Karz Editores, Buenos Aires, 2006, pág. 168.

5. Eric Voegelin. *La nueva ciencia de la política*, Karz Editores, Buenos Aires, 2006, pág. 169.

San Pío X, el papa de la Eucaristía

MIREIA BAYLINA MELÉ

Las reminiscencias del jansenismo

DURANTE la segunda mitad del siglo XIX, ya en plena gestación del modernismo, retomó especial importancia la discusión acerca de la disposición interior para recibir la Sagrada Comunión. Aunque la importancia de la Comunión nunca se puso en duda por la piedad popular católica, la tibieza y los restos del jansenismo del siglo XVII habían alejado a muchas almas de este sacramento. Seguía al alza en muchos sectores de la Iglesia la idea de un Dios severo y castigador, a quien sólo las almas más puras eran dignas de recibir. Esto llevó a que, incluso en los ambientes más fervorosos, se tuviera la costumbre de comulgar tan sólo en las fiestas más señaladas del Año Litúrgico o a lo sumo, una vez al mes y siempre bajo permiso expreso del confesor. Muchos obispos y sacerdotes, reticentes a las repetidas condenas papales de dicha herejía, seguían exigiendo preparaciones excesivas antes de recibir la Comunión y algunos llegaron incluso a prohibirla a clases sociales enteras como los comerciantes, los casados y los niños. Así lo refleja este fragmento de una carta enviada por el párroco de Rouilly-Sacey (Francia) a su obispo en vísperas de Navidad en la que se lee: «*Monseñor, alégrese conmigo. Hoy no hubo comuniones sacrílegas, pues no he abierto el sagrario*».

Los congresos eucarísticos

SIN embargo, la Iglesia del siglo XIX contó con celosos apóstoles de la Comunión frecuente como san Juan Bosco, san Juan María Vianney o el padre Gautrelet, fundador del Apostolado de la Oración, y su sucesor, el padre Ramière. Estos y muchos otros santos hombres contribuyeron a forjar, entre los fieles, el ambiente necesario de apoyo al magisterio eclesial que precedió a la reforma litúrgica de san Pío X. Todos ellos crearon nobles campañas para la propagación de la Comunión frecuente, pero sin duda, una de las iniciativas con más trascendencia fue la de crear congresos eucarísticos. La inspiradora de esta idea fue Émile Tamisier quien, siendo novicia de las Siervas del Santísimo Sacramento, dejó la orden para dedicarse exclusivamente a extender la devoción eucarística en más de diez

países. El primer Congreso Eucarístico Internacional tuvo lugar en Lille en 1881 y desde entonces se han seguido celebrando ininterrumpidamente hasta nuestros días. La celebración de estos congresos abarcaba, además de la celebración de la misa, las relaciones de las asociaciones eucarísticas y algunas conferencias sobre este sacramento. La cumbre se iniciaba y concluía siempre con la solemne procesión eucarística con la participación del pueblo y, a menudo, de las autoridades civiles.

El 19 de abril de 1880, Monseñor de Ségur le había escrito estas palabras proféticas a la señorita Tramisier, inspiradora de los congresos eucarísticos. «*Me parece que si fuera Papa, el fin principal de mi pontificado sería el de restaurar la comunión diaria. Hablé de esto con Pío IX, pero quizás no haya llegado todavía el tiempo. El Papa que haga esto, bajo el impulso del Espíritu Santo, será el renovador del mundo*». Este fragmento es una pequeña muestra de que la fe viva en Jesucristo, realmente presente y operante en la Eucaristía que inspiraba desde el comienzo a los organizadores de los congresos eucarísticos internacionales. Ellos estaban convencidos de que la Eucaristía encerraba la respuesta a las necesidades de la sociedad del siglo XX a la que se le había anunciado la «muerte de Dios».

El primer decreto eucarístico

DESDE el 5 a hasta el 8 de junio de 1905 debía tener lugar en Roma un Congreso Eucarístico Internacional. Para la ocasión, Pío X aprobó e indulgenció una oración para obtener la difusión del piadoso uso de la comunión diaria. Dicha oración dió sus frutos y en el congreso se emitieron los votos a favor de una comunión frecuente y de niños. Seis meses después, el 20 de diciembre de 1905, la Sagrada Congregación del Concilio, por mandato del Santo Padre, hacía público el decreto *Sacra tridentina synodus* sobre la Comunión frecuente y cotidiana.

En este decreto, el Papa empieza invitando a los fieles a seguir el ejemplo de los primeros cristianos, que acudían diariamente a recibir la Eucaristía con admirable piedad; insiste en que es la voluntad del mismo Señor Jesucristo el que nos acerquemos a Su Mesa y entendamos la necesidad de comer a menudo su carne y beber su sangre. Él mismo dijo «*Este*

es el pan que descendió del Cielo; no como el maná que comieron vuestros padres y murieron: quien come este Pan, vivirá para siempre». Por el paralelismo entre el Pan del Cielo y el maná del desierto con el que cada día eran recreados los hebreos, entendemos la necesidad diaria que existe de ambos.

En este documento, el Papa, una vez más, arremete contra el veneno jansenista que, según reconoce, sigue vigente en un gran número de regiones y que ha sembrado el temor a la Eucaristía en muchas almas. Subraya como clave el hecho de entender que la comunión es un medio para *«tomar fuerza para refrenar las pasiones, purificarse de las culpas leves cotidianas e impedir los pecados graves a los que está expuesta la debilidad humana; pero no precisamente para honra y veneración de Dios, ni como recompensa o premio a las virtudes de los que le reciben»* por ello se entiende que el tener un amor de Dios más puro es un fruto de la Comunión frecuente y no un requisito para Ella.

Así pues el Papa concluye dando nueve cláusulas concretando cuales son las disposiciones necesarias para recibir la sagrada Comunión. Las da, como el mismo dice *«para que esta costumbre tan saludable y tan acepta a Dios, no sólo no disminuya entre los fieles, sino más bien aumente y se propague por todas partes, precisamente en estos tiempos en que la Religión y la fe católica son combatidas por todos lados, y se echa tanto de menos el verdadero amor de Dios y la piedad»*.

De manera resumida, las cláusulas declaradas por el Santo Padre fueron las siguientes:

1º - Dése amplia libertad a todos los fieles cristianos, de cualquier clase y condición, para comulgar frecuente y diariamente; de tal manera que a nadie se le niegue la Comunión si se halla en estado de gracia y tiene recta y piadosa intención.

2º - La rectitud de intención consiste en que el que comulga no lo haga por rutina, vanidad o respetos humanos, sino por agradar a Dios, unirse más y más con Él por el amor y aplicar esta medicina divina a sus debilidades y defectos.

3º - Aunque convenga que quienes comulgan frecuentemente estén limpios de pecados veniales, basta, sin embargo, que estén limpios de pecados mortales y tengan propósito de nunca más pecar.

4º - Los frutos de la Comunión son más abundantes cuando mayores son las disposiciones de quienes la reciben, por eso se ha de procurar que le preceda una preparación cuidadosa y le siga la conveniente acción de gracias, conforme a las fuerzas, condición y deberes de cada uno.

5º - Para que la Comunión frecuente y diaria se haga con más prudencia y tenga más mérito, conviene que se haga con consejo del confesor.

6º - Exhorten al pueblo cristiano a esta tan piadosa y saludable costumbre con repetidas instancias y gran celo los párrocos, confesores y predicadores, conforme a la sana doctrina del Catecismo Romano.

7º - Promuévase la Comunión frecuente y diaria en los Institutos religiosos, de cualquier clase que sean, en los seminarios, cuyos alumnos anhelan por servir al altar e igualmente en los demás colegios cristianos de juventud.

8º - Si hay algunos Institutos, de votos simples o solemnes, cuyas reglas, constituciones o calendarios señalen y manden algunos días de comunión, estas normas se han de tener como meramente directivas y no como preceptivas.

9º - Finalmente, absténganse todos los escritores eclesiásticos, desde la promulgación de este decreto, de toda disputa o discusión acerca de las disposiciones para la frecuente y diaria comunión.

De este modo quedaba saciado el anhelo de muchos sacerdotes de obtener una sentencia papal para desterrar los restos del jansenismo y alentara al clero y a los fieles a acercarse a la Eucaristía.

La Comunión de los niños

EL 8 de agosto de 1910 fue publicado un nuevo decreto eucarístico de san Pío X, el *Quam singularis*. En esta ocasión se trataba de un documento cuyo objeto era establecer la edad y disposiciones idóneas de los niños para recibir la primera Comunión.

En dicho decreto, san Pío X explica como desde la cristiandad primitiva hasta el siglo XIII, la sagrada Comunión era recibida durante los primeros días de vida. Normalmente se administraba el día mismo del Bautismo y, al tratarse de niños de leche, solamente bajo la especie de vino. Esta costumbre permaneció durante siglos hasta que, en el Concilio general cuarto de Letrán, en el año 1215, fue solemnemente sancionada. En él se exigió que, para recibir el Santísimo Sacramento, los niños deberían llegar por lo menos a la edad de discreción, que se estableció en siete años, y confesar previamente sus pecados.

Dichas sentencias lateranenses deberían haber prevalecido hasta el momento, sin embargo, bajo el pretexto Jansenista de mirar por el decoro del Santísimo Sacramento, se fue retrasando la edad para la primera Comunión, exigiendo completo conocimiento de las cosas de la fe y preparaciones exageradas; así pues, en la mayoría de regiones se fijaba la edad entre los doce y catorce años.

En el *«Quam singularis»*, el Papa lamenta y condena este hecho alegando que, al retrasar la edad de la Comunión, se pierde la inocencia bautismal, ex-

poniéndolos a los vicios en los primeros años de la adolescencia sin tener el auxilio que proporciona la Eucaristía y favoreciendo en consecuencia el peligro a caer en pecado mortal. San Pío X insiste en que no hay razón para negarles la comunión a los niños que alberguen uso de razón. Exige tansolo que, además de las condiciones ya declaradas en 1905, estado de gracia y pureza de intención, el niño sea capaz de distinguir el Pan Eucarístico del pan ordinario. De este modo, será el confesor del niño quien juzgue si la criatura entiende bien dicha distinción y si así es, recibirá el sacramento de la penitencia y la catequesis necesaria sin exigirle en ningún caso que conozca exhaustivamente todas las verdades de la fe.

El mismo Papa aplicaba estos criterios públicamente; un día una dama inglesa presentó en una audiencia a su chiquitín pidéndole la bendición.

—¿Cuántos años tiene?—preguntó el Papa

—Cinco, Santidad y espero que dentro de poco pueda recibir la comunión.

El Papa, dirigiéndose al niño le preguntó:

—¿A quien recibirás en la Comunión?

—A Jesucristo.

—Y Jesucristo, ¿quién es?

—Es Dios —contestó el pequeño sin titubeos.

—Tráigamelo mañana —dijo a la madre— y yo mismo le daré la Comunión.

En la parte final del texto, el Papa subraya la importancia que recae sobre confesor, catequista, padres y maestros de cuidar que estos niños, después de la Primera Comunión, «*se acerquen frecuentemente y, a ser posible, diariamente a la Sagrada Mesa, ya que así lo quiere Jesucristo y nuestra Madre la Iglesia*».

La labor en favor de los decretos

VARIAS disposiciones acompañaron a estos decretos eucarísticos, con la finalidad de facilitar su práctica. En favor de los enfermos, a quienes la obligación del ayuno les impedía comulgar, fueron los decretos del 7 de diciembre de 1906 y del 6 de marzo de 1907, introduciendo algunas dispensas. Para ellos, la Congregación de los Sacramentos, en diciembre de 1912, facilitaba el llevarles las hostias consagradas.

Cabe mencionar también el apoyo de San Pío X

a las ligas eucarísticas: asociaciones que nacieron del Apostolado de la Oración para reforzar la vida eucarística de niños, jóvenes y adultos. De uno de estos grupos se fundó en Burdeos el año 1915, la llamada «Cruzada Eucarística de los niños» con el objetivo de satisfacer el deseo que el padre Ramière había expresado años antes: que los niños que asistían a escuelas primarias públicas no quedasen al margen de la renovación sacramental. Dicha asociación sigue su labor hoy en día bajo el nombre de «Movimiento Eucarístico Juvenil».

Benedicto XVI, en un encuentro con los seminaristas polacos el pasado mes de mayo, expresaba su preocupación acerca de la actitud laxista que tienen muchos jóvenes de hoy en día frente a la comunión frecuente. Recordaba la vigencia de los decretos de san Pío X, el Papa de la Eucaristía y animaba a los chicos a amar cada día más la Santa Misa, citando estas palabras de san Francisco de Sales:

«Si os preguntan por qué comulgáis tan a menudo, responded que es para aprender a amar a Dios, para limpiarse de las propias imperfecciones, librarse de las miserias y consolarse en sus quebrantos.

Dos clases de gente necesitan comulgar a menudo: los perfectos, porque no deben alejarse de Aquel que es fuente y manantial de su perfección, y los imperfectos, para que puedan aspirar a la perfección; los fuertes para no debilitarse y los débiles para fortalecerse; los enfermos para sanar y los sanos para no enfermar.

Y en cuanto a ti, imperfecto, débil y enfermo, debes comulgar frecuentemente para recibir a Aquel que es tu perfección, tu fuerza y tu médico.

Los que tienen poco trabajo necesitan comulgar frecuentemente porque les sobra el tiempo y la ociosidad es peligrosa para el espíritu, y los que están muy atareados, por la necesidad de alimento que requiere un arduo trabajo.

Decid a los que os pregunten que comulgais a menudo para aprender a hacerlo bien, porque es imposible hacer algo bien si no se practica con mucha frecuencia.

Comulgad a menudo, lo más a menudo que podáis.

Creedme, si las liebres en las montañas se vuelven blancas en invierno de tanto ver la nieve, así vosotros también, de adorar y comer la misma hermosura, bondad y pureza en este divino Sacramento, llegaréis a ser hermosura, bondad y pureza.»



San Pío X y la devoción a la Santísima Virgen

BEGOÑA CONEJO y AGNÈS COLOMER

SIGUIENDO la estela del papa Pío IX tras la declaración del Dogma de la Inmaculada, la mayoría de los papas posteriores, han profundizado en la devoción a la Santísima Virgen, adoptando frecuentemente como prisma, la singular aportación de san Luís María Grignon de Montfort en su profundización en la *esclavitud mariana*.

Cuando durante varios siglos se ha hablado de la ascética de *esclavitud mariana* no se ha querido significar otra cosa que la imitación que el cristiano hace de su dulce Madre la Virgen María. Fue ella, precisamente ella, la que consagró esta palabra al terminar su coloquio con el Ángel Gabriel: «*He aquí la esclava del Señor!*» *Hágase en mí según tu palabra*».

Tal vez la mentalidad moderna desprecia el nombre de *esclavitud mariana*: ¿A quien puede atraer la *esclavitud* en la era de la *libertad*? A esa pregunta responde el papa Juan Pablo II cuando dice que «*el acto de consagración en la situación de esclavitud indica una dependencia singular y una confianza sin límites. En este sentido, la esclavitud, la no libertad, expresa la plenitud de la libertad, de la misma manera que el Evangelio habla de la necesidad de perder la vida para encontrarla en su plenitud*» (Juan Pablo II Czestochowa, 4-IV-1980). En otras palabras se podría decir que la *esclavitud mariana* expresa la plenitud de la libertad y eso es porque la imitación de la Virgen María es el mejor camino para alcanzar la santidad.

San Pío X, completa estas palabras en el inicio de su pontificado, poniendo como lema *instaurar todas las cosas en Cristo* por medio de María, su augusta Madre a la que los católicos manifiestan sus testimonios de amor y de honra. El Santo, señala que «*no hay camino más seguro y más expedito para unir a todos en Cristo que el que pasa a través de María, y que por ese camino podemos lograr la perfecta adopción de hijos, hasta llegar a ser santos e inmaculados en la presencia de Dios*».

Antes de hablar sobre sus aportaciones más teóricas y dogmáticas, parece importante destacar algunas manifestaciones de devoción mariana que lo acompañaron a lo largo de su vida. Es conocido por todos lo profundo y ferviente que fue el amor que sintió siempre, en todas las fases de su vida, por la Virgen, bella y purísima Madre de Dios.

Ya desde muy pequeño, aprendió a querer a María con un amor que aumentaba al tiempo que se

hacía mayor. ¡Qué bonita esta evolución paralela! Dal Gal en su biografía titulada Pío X, explica como cuando era pequeño le gustaba reunir a sus amigos y conducirlos al pequeño santuario «delle Cendrole»; una vez ordenado sacerdote, introdujo en su parroquia el mes de mayo consagrado a María y lo promovió a otras iglesias cercanas a la suya; como profesor en el seminario de Treviso también habló de María a todos los jóvenes que se estaban preparando para la vida sacerdotal produciendo en ellos una sincera y profunda devoción a la Madre de Dios. Pero su apostolado no termina aquí, como obispo continuó proclamando este amor hacia la Virgen, como dice en su biografía, «*era como una necesidad de su corazón, un deber de reconocimiento que le obligaba a hablar de María, a predicar sobre María, a promover en todos la devoción y el amor a María*».

Por ello, no nos sorprende que lo primero que hiciese al ser proclamado Papa, fuese poner a los pies de María sus inquietudes y escogerla a Ella como patrona de su pontificado. Como Santo Padre tuvo también innumerables manifestaciones de devoción Mariana. En la ya citada biografía se describe, cómo en las audiencias públicas y privadas, cada vez que escuchaba las campanas que anunciaban la hora del Ángelus al mediodía o del Avemaría por la noche, interrumpía la conversación, se ponía de pie, se descubría la cabeza y rezaba. También cuenta como fue él quien quiso que en los jardines vaticanos hubiese una reproducción de la gruta de Lourdes, la cual no cesaba de visitar en sus paseos diarios.

A nivel dogmático la máxima aportación de san Pío X la encontramos en la encíclica *Ad diem illud laetissimum*, que escribió con motivo del quincuagésimo aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios. En esta encíclica habla sobre la devoción a la Santísima Virgen con dos objetivos: El primero, profundizar en la Concepción Inmaculada de la Virgen, como valiosa ayuda para mantener y cultivar fielmente las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad. Y el segundo, recordarnos que están apunto de cumplirse aquellas esperanzas que impulsaron a su antecesor Pío IX a proclamar solemnemente el dogma. Con ese objetivo nos invita a reflexionar sobre las innumerables gracias que nos ha dado Dios a través de la imploración de su Madre, que, aunque a veces son más ocultas de lo que la gente quiere o espera,

no quiere decir que no existan y es injusto no reconocerlas. Pío X exclama que después de ver todos estos beneficios que Dios nos ha dado durante estos cincuenta años mediante la imploración benigna de la Virgen, ¡cómo no vamos a tener la esperanza de que nuestra salvación está más cercana que cuando creímos!

Al analizar un poco más esta encíclica vemos como el Santo Padre nos recuerda que María es Madre de Cristo y por lo tanto Madre nuestra, pues formamos parte del Cuerpo Místico de Cristo «*Siendo muchos, formamos un solo cuerpo*». Así pues, podemos afirmar que somos también frutos de Su vientre, nos colma de dones y gracias, y está siempre a nuestro lado intercediendo por nosotros. Por lo tanto, es el camino más seguro y rápido para llegar a Jesús, por quien podemos alcanzar la perfecta adopción de hijos y llegar a la santidad. En ella se apoya la fe de todos los siglos y desde un principio (concepción y nacimiento de Jesús) es partícipe de los misterios y actos del Señor. El Papa, añade: *así como el Señor nos envió a Su Hijo por medio de la Virgen, nosotros tenemos el deber de recibir a Cristo por medio de María.*

También refuerza la idea de que María es corredentora, pues participa en la salvación de los hombres al existir una comunión de voluntades y dolores entre Cristo y ella, como muestra por ejemplo, la actitud que tuvo frente a la muerte de su Hijo en la Cruz (apenada, pero gozosa ya que se redimía así a la humanidad herida por el pecado). Por ello, se la considera reparadora del orbe perdido y dispensadora de todos los bienes que Jesús ganó con su muerte y con su sangre. Como señala san Bernardo, ella es el acueducto o el cuello que une el cuerpo místico de Cristo (que somos nosotros) con la cabeza que es Dios. Por lo tanto Dios nos envía los distintos dones espirituales por medio de María.

Nos explica además cómo el dogma de la Inmaculada Concepción debe ayudarnos a entender que la verdadera devoción a la Virgen María nos tiene que acercar a la santidad. Ya que María ha sido concebida sin mancha de pecado y ha cumplido siempre la voluntad y los mandamientos de Dios, nuestra devoción a Ella, que en definitiva es el buscar

imitarla, debe llevarnos a rechazar el pecado y a hacer siempre Su voluntad. María, al igual que en las Bodas de Caná dijo a los siervos: «*haced lo que Él os diga*», hoy nos repite también estas palabras a nosotros. Para responder a esta llamada a la santidad, el Papa recalca que aunque las demostraciones de piedad pueden contribuir a aumentar nuestra fe, para que tengan verdadero valor han de nacer del alma y no de meras acciones corporales.

Por último, el papa santo hace hincapié en las tres virtudes que más destacan de María y que constituyen las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad. Referente a la *fe*, el dogma de la Inmaculada Concepción destruye dos ataques básicos contra esta, que son: la negación de que el hombre haya caído en pecado y que en algún tiempo haya permanecido derrocado de su situación; y la defensa a la obediencia reverente a la autoridad representante de Dios no sólo de la Iglesia sino, en cuanto lo sea, de cualquier poder civil. En relación con la esperanza, el Papa proclama que con la concepción inmaculada de la Virgen «se confirma la fe y al mismo tiempo se alienta nuestra esperanza», y esto sobretodo

porque la Virgen desconoció el pecado original, en virtud de que iba a ser Madre de Cristo; y fue Madre de Cristo para devolvernos la esperanza de los bienes eternos. Y sobre la *caridad*, es evidente que al contemplar a la Inmaculada nos debemos sentir movidos a observar fielmente el mandamiento nuevo de Jesús: que nos amemos unos a otros como el nos amó. Esto puede y debe traducirse en pedir humildemente, por la intercesión de María, que vuelvan a Dios los que se han apartado de la Verdad.

La encíclica acaba implorando la bendición de la Virgen con la esperanza de que derrame gracias sobre la tierra, robusteciendo así la esperanza de los fieles en ella y añade que si confiamos en María sentiremos también que es Virgen poderosísima *que aplastó con pie virginal la serpiente.*

Para terminar solo decir que la Virgen es capaz de vencer nuestra humanidad y mostrarnos el rostro de Dios. Es decir, que por su intercesión podemos levantar la mirada a la suma luz. Esta es la fuerza de María, tal como la sintió en lo profundo de su corazón el Pontífice Santo.



San Pío X y la enseñanza del Catecismo

ISABEL MANRESA I LAMARCA

EL 15 de abril de 1905 el papa Pío X escribió la carta encíclica sobre la enseñanza del Catecismo *Acerbo nimis* donde con gran dolor y como Supremo Pastor de toda la grey de Cristo dice que los mayores males de ese momento provienen principalmente de la ignorancia de las cosas divinas. El “pueblo cristiano” vive temeraria e imprudentemente y nada saben, dice el Papa, de la Encarnación del Verbo de Dios, ni de la redención, ni de la gracia, ni de la santa misa, ni de los sacramentos y no conocen tampoco ni la malicia ni la fealdad del pecado de esta brutal ignorancia se sigue corrupción de las costumbres y su depravación.

El hombre herido por el pecado original no puede sino inclinarse sino a amar la vanidad y a buscar la mentira, las pasiones ciegan su voluntad y por eso necesita un guía que le retorne al camino de la justicia. Esta guía debe ser la propia razón pero si a esta le falta la verdadera luz que es la ciencia de las cosas divinas, se perderá más a sí mismo. He aquí la necesidad de instrucción.

La doctrina cristiana nos hace conocer a Dios y sus infinitas perfecciones. Nos manda reverenciar a Dios por obligación de fe, se refiere a la razón; por deber de esperanza, se refiere a la voluntad; y por deber de caridad, se refiere al corazón; así deja al hombre sometido a Dios, su Creador y moderador y de este modo hace al hombre poseedor de su verdadera dignidad como hijo del Padre, por esta noble dignidad los hombres deben amarse mutuamente como hermanos y vivir como hijos de la luz.

Expone san Pío X cómo la doctrina cristiana lleva al hombre a su plenitud, a alcanzar la Verdad:

En esta celestial doctrina se nos enseña la prudencia del espíritu, para guardarnos de la prudencia de la carne; la justicia, para dar a cada uno lo suyo; la fortaleza, que nos dispone a sufrir y padecerlo todo generosamente por Dios y por la eterna bienaventuranza; en fin, la templanza, que no sólo nos hace amable la pobreza por amor de Dios, sino que en medio de nuestras humillaciones hace que nos gloriemos en la cruz. Luego, gracias a la sabiduría cristiana, no sólo nuestra inteligencia recibe la luz que nos permite alcanzar la verdad, sino que aun la misma voluntad concibe aquel ardor que nos conduce a Dios y nos une a El por la práctica de la virtud.

Consciente el Papa de la debilidad del hombre afirma que cuando no está enteramente apagada la antorcha de la fe, todavía queda esperanza de que se

enmiende al corrupción de costumbres; pero cuando a esta se junta la ignorancia de la fe, ya no queda remedio.

Pío X recuerda en esta encíclica a quien compete el deber de dar a conocer nuestra fe, dice así:

Ese gravísimo deber corresponde a los pastores de almas que, efectivamente, se hallan obligados por mandato del mismo Cristo a conocer y apacentar las ovejas, que les están encomendadas. Apacentar es, ante todo, adoctrinar: *Os daré pastores según mi corazón, que os apacentarán con la ciencia y con la doctrina.*

El principal ministerio de aquellos que gobiernan la Iglesia consiste en enseñar las cosas sagradas a los fieles, para todo sacerdote, es éste el deber más grave, porque el pueblo cristiano espera recibir de ellos la enseñanza de la ley divina y porque Dios les destina para propagarla *de su boca se ha de aprender la ley, puesto que él es el ángel del Señor de los ejércitos.*

Ya en el Concilio de Trento la Iglesia recordó a los pastores de almas que la primera y mayor de sus obligaciones era la de enseñar al pueblo cristiano y dispone en consecuencia principalmente dos prescripciones: la primera es que todos los días de fiesta hablen al pueblo de las cosas divinas y la segunda que enseñen a los niños y a los ignorantes los elementos de la ley divina y de la fe. Es decir, la explicación del Evangelio y la enseñanza de la doctrina cristiana. La catequesis es aquella base que todo cristiano debe adquirir para que sobre estos fundamentos pueda recibirse la predicación del Evangelio.

El Papa en la encíclica propone incluso un programa para el desarrollo de las catequesis:

El oficio, pues, del catequista consiste en elegir alguna verdad relativa a la fe y a las costumbres cristianas, y explicarla en todos sus aspectos. Y, como el fin de la enseñanza es la perfección de la vida, el catequista ha de comparar lo que Dios manda obrar y lo que los hombres hacen realmente; después de lo cual, y sacando oportunamente algún ejemplo de la Sagrada Escritura, de la historia de la Iglesia o de las vidas de los santos, ha de aconsejar a sus oyentes, como si la señalara con el dedo, la norma a que deben ajustar la vida, y terminará exhortando a los presentes a huir de los vicios y a practicar la virtud.

¡Con cuánto amor insta a los sacerdotes a instruir al pueblo acerca de las verdades de nuestra fe

cuando les muestra cómo crece el número de fieles que viven de espaldas a Dios por su ignorancia y en plena luz de verdad católica, les permite vivir como paganos!

Con el bautismo el hombre renace por el agua y el Espíritu Santo y recibe así la fe como una semilla que necesita de la enseñanza de su Madre la Iglesia para nutrirla, hacerla crecer y dar fruto abundante. Vemos, pues, la importancia que tiene la instrucción religiosa de los fieles y por eso *debemos hacer todo lo posible para que la enseñanza de la Doctrina Sagrada[..] se mantenga siempre floreciente, o, donde se la haya descuidado, se restaure*. Para ello el Pontífice establece unas disposiciones que manda *sean observadas y expresamente cumplidas*:

I) Todos los párrocos, y en general cuantos ejercen cura de almas, han de instruir, con arreglo al Catecismo, durante una hora entera, todos los domingos y fiestas del año, sin exceptuar ninguno, a todos los niños y niñas en lo que deben creer y hacer para alcanzar la salvación eterna.

II) Los mismos han de preparar a los niños y a las niñas, en épocas fijas del año, y mediante instrucción que ha de durar varios días, para recibir dignamente los sacramentos de la Penitencia y Confirmación.

III) Además, han de preparar con especial cuidado a los jovencitos y jovencitas para que, santamente, se acerquen por primera vez a la Sagrada Mesa, valiéndose para ello de oportunas enseñanzas y exhortaciones, durante todos los días de Cuaresma, y si fuere necesario, durante varios otros después de la Pascua.

IV) En todas y cada una de las parroquias se erigirá canónicamente la asociación, llamada vulgarmente *Congregación de la Doctrina Cristiana*. Con ella, principalmente donde ocurra ser escaso el número de sacerdotes, los párrocos tendrán colaboradores seglares para la enseñanza del Catecismo, que se ocuparán en este ministerio, así por celo de la gloria de Dios, como por lucrar las santas indulgencias con que los Romanos Pontífices han enriquecido esta asociación.

V) En las grandes poblaciones, principalmente donde haya Facultades mayores, Institutos y Colegios, fúndense escuelas de religión para instruir en las verdades de la fe y en las prácticas de la vida cristiana a la juventud, que frecuente las aulas públicas, en las que no se mencionan las cosas de religión.

VI) Porque, en estos tiempos, la edad madura, no menos que la infancia, necesita la instrucción religiosa, los párrocos y cuantos sacerdotes tengan cura de almas, además de la acostumbrada homilía sobre el Santo Evangelio, que han de hacer todos los días de fiesta en la misa parroquial, escojan la hora más oportuna para que concurren los fieles –exceptuando la destinada a la doctrina de los niños– y den la

instrucción catequística a los adultos, con lenguaje sencillo y acomodado a su inteligencia. Para ello se servirán del Catecismo del Concilio de Trento, de tal modo que, en el espacio de cuatro a cinco años, expliquen cuanto se refiere al Símbolo, a los sacramentos, al Decálogo, a la oración y a los mandamientos de la Iglesia.

VII) Venerables Hermanos, esto mandamos y establecemos en virtud de Nuestra autoridad apostólica. Ahora, obligación vuestra es procurar, cada cual en su propia diócesis, que estas prescripciones se cumplan enteramente y sin tardanza. Velad, pues, y, con la autoridad que os es peculiar, procurad que Nuestros mandatos no caigan en olvido, o –lo que sería igual– se cumplan con negligencia y flojedad. Para evitar esa falta habéis de emplear las recomendaciones más asiduas y apremiantes a los párrocos, para que no expliquen el Catecismo sin la previa preparación, y que no hablen el lenguaje de la sabiduría humana, sino que *con sencillez de corazón y con sinceridad delante de Dios* sigan el ejemplo de Cristo, pues aunque expusiese *cosas que estuvieron ocultas desde la creación del mundo, sin embargo, las decía todas al pueblo por medio de parábolas, o ejemplos y sin parábolas no les predicaba*. Sabemos que lo mismo hicieron los Apóstoles, enseñados por Jesucristo; y de ellos decía san Gregorio Magno: *Pusieron todo cuidado en predicar a los pueblos ignorantes cosas sencillas y accesibles, y no cosas altas y arduas*. Y en las cosas de religión, una gran parte de los hombres de nuestra edad ha de tenerse por ignorante.

Señala el Papa en la encíclica el modo de dar catequesis, debe ser un modo sencillo pero con gran celo y cuidado para lograr así las verdades más sublimes; una catequesis para que tenga provecho espiritual de todos (sean adultos o niños) se debe preparar con estudio y seria meditación. Ahí donde no llegan los sacerdotes en cuanto a las catequesis debe haber voluntarios laicos que enseñen el Catecismo, en una carta a su vicario expresa su esperanza de que salgan *“almas valerosas dispuestas a colaborar con los párrocos y padres, en una misión tan necesaria como noble y fecunda”*

El 15 de julio de 1905 el papa san Pío X publicó un Catecismo que expone de un modo claro los *rudimentos de nuestra fe y aquellas divinas verdades con que debe informarse la vida de todo cristiano*. Consta de tres partes: la primera parte contiene a su vez cinco partes y explica la Doctrina Cristiana, la segunda es una instrucción sobre las fiestas del Señor, de la Santísima Virgen y de los santos que contiene dos partes, y la tercera parte es una breve historia de la religión compuesta por tres partes.

Que, mediando la intercesión de la Inmaculada y Bienaventurada Virgen, nuestro celo y piadosa industria se exciten y colaboremos con nuestra Madre la Iglesia en la enseñanza de la Doctrina Sagrada.

Los peligros del error y el mal en «Le Sillon»

MERCÈ PREVOSTI VIVES

COMO buena madre que cuida con cariño de sus hijos, así la Santa Madre Iglesia cuida de la cristiandad y la previene del mal cuando éste se acerca peligrosamente. Pues, ¡cuánto más no la cuidará y velará por ella cuando «el peligro está casi en las entrañas mismas de la Iglesia y en sus mismas venas»! Así fue cuando, para cortar de cuajo con cualquier tipo de aproximación de los cristianos al espíritu del mundo moderno, el magisterio de la Iglesia tuvo que intervenir de nuevo en la Francia de principios del siglo xx. Hacía pocos años que el Santo Padre Pío X había roto el silencio con su encíclica *Pascendi* para desenmascarar ante la cristiandad el rostro verdadero del modernismo, esa doctrina «insidiosa y pérfida» que trama «la ruina de la Iglesia, no desde fuera, sino desde dentro» y que es en realidad «compendio de todas las herejías». Pero las advertencias del Papa Santo no penetraron en las almas de aquellos que seguían «despreciando toda autoridad» sin soportar corrección alguna, inflamando cada vez más las llamas perniciosas del error.

Por este torcido camino se movían los ideales de *Le Sillon*, el movimiento progresista francés que, orientado por Marc Sangnier, había postulado al democratismo como «una especie de religión que tendía a sustituir al catolicismo». Los errores de este movimiento fueron puestos de manifiesto y condenados en la carta-encíclica *Notre charge apostolique*, publicada el 23 de septiembre de 1910 por S.S. Pío X, y de los cuales trataremos de hacer aquí una breve síntesis.

«Origen y buena obra que realizó *Le Sillon*»

VERDADERAMENTE es un hecho entrañable el advertir como el Santo Padre, pastor también de las ovejas perdidas, empieza su carta dirigiendo unas palabras de cariño a aquella «valiente juventud alistada bajo la bandera de *Le Sillon*» que considera «por muchos conceptos digna de elogio y admiración», pues «en realidad de verdad *Le Sillon* enarboló entre clases obreras el estandarte de Jesucristo, el signo de salvación para los individuos y las naciones, alimentando su actividad social en las fuentes de la gracia, imponiendo respeto de la religión a las gentes menos favorables, acostumbrando a los ignorantes y a los impíos a oír hablar de Dios, y a menudo, en conferencias de controversia, ante un auditorio hostil, surgiendo, excitado por una pre-

gunta o por un sarcasmo, para confesar su fe denodada y arrogantemente.» Esto, sin embargo, caracterizó solamente los primeros tiempos de *Le Sillon*, pues pronto la carencia de una buena formación de ciencia histórica, de sana filosofía y de teología sólida dejó infiltrar lentamente al «miserable afluente del gran movimiento de apostasía», el modernismo.

Los dos grandes errores de los sillonistas

EL primer gran error que san Pío X enjuicia a *Le Sillon* es el de sustraerse a la dirección de la autoridad de la Iglesia.

Los sillonistas defendían que sus fines eran meramente de orden temporal y que, por lo tanto, el terreno por donde se movían no era de la Iglesia. Según ellos, un miembro de *Le Sillon* «es simplemente un católico dedicado a la causa de las clases trabajadoras, a las obras democráticas, y que saca de la práctica de su fe la valentía de su sacrificio». Olvidaban, no obstante, que no hay un exclusivo orden temporal pues «todo lo humano está sujeto a la moral y por ende a la autoridad eclesiástica». Además, los jefes de este movimiento pretendían reorganizar la sociedad a partir de una educación democrática del pueblo, levantando «al sumo grado la conciencia y la responsabilidad cívicas de cada ciudadano» dejando fluir así «la democracia económica y la política, y el reinado de la justicia, de la igualdad y de la fraternidad». Así, enseñando en sus círculos de estudios una «doctrina social propia y principios filosóficos y religiosos propios» pisaban un terreno que pertenece evidentemente al dominio de la moral, dominio propio de la Iglesia.

El segundo gran error que condena san Pío X es la pretensión sillonista de nivelar todas las clases. Bajo la labor encomiable de querer levantar la dignidad humana y la condición precaria de las clases trabajadoras, *Le Sillon* se olvidó de los principios que, sobre este tema, tiene ya fijados la doctrina católica. En efecto, S.S. León XIII enseñó que la democracia cristiana debe «mantener la diversidad de clases, propias ciertamente de una sociedad bien constituida, y querer para la sociedad humana aquella forma y condición que Dios, su Autor, le señaló» y condenó al mismo tiempo una «cierta democracia cuya perversidad llega al extremo de atribuir a la sociedad la soberanía del pueblo y procurar la supresión y nivelación de las clases».

SE puede afirmar que en el origen de todas las falsas nociones sociales se encuentra la idea de la dignidad humana mal entendida. Según *Le Sillon* «el hombre no será verdaderamente hombre, digno de este nombre, más que el día en que haya adquirido una conciencia luminosa, fuerte, independiente, autónoma, pudiendo prescindir de todo maestro, no obedeciendo más que a sí mismo, y capaz de asumir y de cumplir sin falta las más graves responsabilidades». Dentro de esta exaltación clara del sentimiento del orgullo humano, se encuentran escondidos los erróneos conceptos sillonistas de libertad e igualdad.

La libertad la entienden en el sentido de que «todo hombre, excepto en materia de religión, es autónomo», con lo cual el pueblo debe liberarse de la tutela de una autoridad que sea distinta de él (*emancipación política*); asimismo, el pueblo debe liberarse también de la «dependencia de patronos que lo explotan, oprimen y rebajan» (*emancipación económica*); y finalmente, el pueblo debe liberarse de la dominación de aquellos intelectuales que dirigen los negocios (*emancipación intelectual*). Así, afirman los sillonistas, con esta nivelación de condiciones, se establecerá entre los hombres la igualdad, la verdadera justicia humana. Sin embargo, olvida *Le Sillon* que la autoridad pública procede de Dios y no del pueblo, y que, «toda sociedad de seres independientes y desiguales por naturaleza tiene necesidad de una autoridad que dirija su actividad hacia el bien común y que imponga una ley.»

De hecho, los sillonistas definen la democracia como «una organización política y social fundada sobre esta base: la libertad y la igualdad (a la que pronto vendrá a juntarse la fraternidad)». Es evidente que se trata de un error el creer que la democracia consiste en la participación mayor posible del pueblo en el orden político y económico ya que, como sentencia san Pío X, «*Le Sillon* hace derivar de Dios esta autoridad que coloca primeramente en el pueblo, de tal suerte que *esta autoridad sube de abajo hacia arriba, mientras que, en la organización de la Iglesia, el poder desciende de arriba hacia abajo*».

EN primer lugar, porque sólo admite el régimen democrático como el más favorable a la Iglesia. El Santo Padre destaca y afirma de nuevo que «hay un error y un peligro en enfeudar, por principio, el catolicismo a una forma de gobierno» pues en verdad «el advenimiento de la democracia universal no significa nada para la acción de la Iglesia en el mundo».

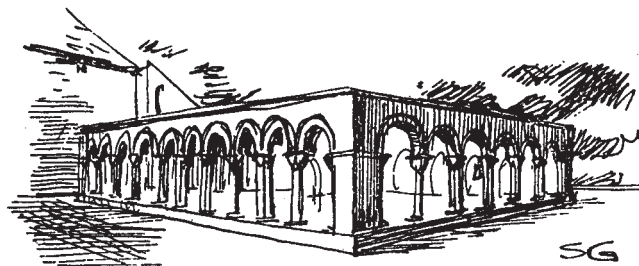
En segundo lugar, porque pretende establecer una justicia fuera de la religión, cuando en realidad «no hay verdadera civilización sin la civilización moral, y no hay verdadera civilización moral sin la verdadera religión».

En tercer lugar, porque admite en su obra a gente de las doctrinas más heterogéneas sin darse cuenta de que «constituye una quimérica empresa reemplazar con un vago idealismo y virtud cívica la obra inmortal de la Iglesia».

En cuarto y último lugar, porque el «sillonismo» pretende ser una nueva religión que no trabaja para la Iglesia sino que trabaja para la humanidad; que deforma el verdadero Evangelio y descarta la divinidad de Cristo acentuando sus virtudes sociales. Una religión, en definitiva, que trabaja por convertir a todos los hombres en «hermanos y camaradas en el Reino de Dios.»

Exhortación del Papa

A fin de corregir los errores hasta ahora expuestos, S.S Pío X dejó por escrito cuáles eran las medidas que deberían tomarse en adelante para trabajar en la regeneración cristiana y católica del pueblo francés. Por un lado, animó a los obispos a formar correctamente la conciencia del pueblo y los poderes públicos y mostró la necesidad de que algunos sacerdotes se dedicaran al estudio de la ciencia social. Por otro lado, a la juventud «sillonista» le pidió que se organizara en grupos por cada diócesis sometiendo cada uno de ellos a la dirección de los obispos respectivos. Y así, con la confianza de un padre que habla a sus hijos, les pidió docilidad de corazón concediéndoles finalmente la bendición apostólica.



San Pío X y la música sagrada

MARIA DEL MAR VIVES

Pío X, que iniciaba su pontificado el 4 de agosto de 1903, impulsado por el vivo deseo de «mantener y procurar el decoro de la casa de Dios», publicó el 22 de noviembre de 1903 el motu proprio *Tra le sollicitudini*. Con él quiso dar a la Iglesia indicaciones concretas en ese sector vital de la liturgia, presentándolas como «código jurídico de la música sagrada». Esta intervención formaba parte del programa de su pontificado, que había sintetizado en el lema: «*Instaurare omnia in Christo*». La reforma llevada a cabo por san Pío X tendía específicamente a purificar la música de iglesia de la contaminación de la música profana teatral, que en muchos países había contaminado el repertorio y la praxis musical litúrgica.

La especial atención que se ha de dedicar a la música sagrada, recuerda el santo Pontífice, deriva del hecho de que «como parte integrante de la liturgia solemne, la música sagrada tiende a su mismo fin, el cuál consiste en la gloria a Dios y la santificación y edificación de los fieles». Interpretando y expresando el sentido profundo del texto sagrado al que está íntimamente unida, es capaz de «añadir más eficacia al texto mismo, para que (...) los fieles se preparen mejor para recibir los frutos de la gracia, propios de la celebración de los santos misterios».

De acuerdo con las enseñanzas de Pío X, es preciso subrayar ante todo que la música destinada a los ritos sagrados debe tener como punto de referencia la *santidad*, y por lo tanto «debe excluir todo lo profano, y no sólo en sí misma, sino en el modo con que la interpreten los mismos cantantes»; la *bondad de las formas*, que infunde virtud en quién la oye; y la *universalidad*, consecuencia de las dos cualidades anteriores, de forma que el carácter específico de la propia música de cada nación deba «estar de tal modo subordinado a los caracteres generales de la música sagrada, que ningún fiel procedente de otra nación experimente al oírla una impresión que no sea buena».

Estas tres cualidades hayan su mejor forma de expresión en el canto gregoriano, que Pío X reconoció como canto propio de la Iglesia romana, «el único que la Iglesia heredó de los antiguos Padres», lo «ha custodiado celosamente durante el curso de los siglos en sus códices litúrgicos», y «lo sigue proponiendo a los fieles». Y teniendo en cuenta estas consideraciones, «una composición religiosa será más sagrada y litúrgica cuanto más se acerque en aire,

inspiración y sabor a la melodía gregoriana, y será tanto menos digna del templo cuanto diste más de este modelo soberano».

Sin embargo, también reconoce que no se excluyen de ninguna manera otros tipos de música sagrada, como lo es principalmente la polifonía clásica, para que «los fieles tomen de nuevo parte más activa en el oficio litúrgico», y especialmente la de la escuela romana, que se acerca bastante al canto gregoriano, y que en el siglo XVI llegó a la meta de la perfección con obras de Palestrina. Por otro lado, se ha de cuidar con mayor esmero la música moderna, que estuvo muy en boga en el siglo XVIII, principalmente en Italia, puesto que es la más profana.

En lo referente al texto litúrgico, se especifica que la lengua propia de la Iglesia romana es la latina, y por consiguiente, se prohíbe cantar en lengua vulgar en las grandes solemnidades. Los textos que se han de musicalizar y su orden, son los predeterminados en cada función litúrgica, y no es lícito alterarlos. De este modo, el texto litúrgico ha de cantarse sin alteraciones, sin repeticiones indebidas, sin separar sílabas, y «siempre con tal claridad que puedan entenderlo los fieles».

El Papa hace una especial mención a las rúbricas, que no pueden sustituirse por el órgano, sino que las ha de cantar el coro, y, por otra parte, está permitido el canto de motetes el Santísimo Sacramento después del *Benedictus* y, al finalizar el canto del ofertorio, en el tiempo que quede hasta el prefacio.

La forma externa de las composiciones sagradas, ya determinada en el canto gregoriano, ha de mantenerse: el *Kyrie*, el *Gloria*, el *Credo* y demás formas establecidas, deben conservar la unidad de composición que corresponde a su texto. Asimismo, el oficio de vísperas debe seguir las disposiciones del *Caeremoniale episcoporum*, que prescribe el canto gregoriano para la salmodia y permite la música figurada en los versos del *Gloria Patri* y del *Himno*.

En las grandes solemnidades estará permitido alternar el canto gregoriano con el contrapunto, más figurativo, o también que se ponga enteramente música a los salmos, siempre que en su composición se conserve la forma de salmodia, es decir, que se sigan alternando solista y coro, o dos coros. Sin embargo, quedan excluidos los salmos de concierto (utilización de distintas formas para cada estrofa) en los himnos de la Iglesia, como por ejemplo el *Tantum ergo*, que tiene que conservar su forma tradicional, o las antífona-

nas de vísperas, que se aconseja deben ser cantadas con la melodía gregoriana que les es propia.

Por otro lado, la extensión de estas piezas no debe hacer esperar al sacerdote más tiempo del que exige la liturgia, pues la música está al servicio de esta. Siguiendo esta pauta, el *Sanctus* deberá terminar antes de la elevación, y el *Gloria* y el *Credo* han de ser breves, como indica la tradición gregoriana.

Estas melodías, excepto las melodías propias del celebrante y los ministros, que se han de cantar siempre en música gregoriana y sin ningún acompañamiento de órgano, son propias del «coro de levitas», de manera que los cantores de la iglesia realizan el oficio de coro eclesiástico. Por consiguiente, se ha de mantener el carácter de música de coro, de manera que los solos no deben predominar, sino que «deben tener el carácter de una sencilla frase melódica y estar íntimamente ligado el resto de la composición coral».

Y como los cantores desarrollan un oficio litúrgico, las mujeres no pueden tener parte, así que si son necesarias voces agudas, las cantarán los niños, «según uso antiquísimo de la Iglesia».

El santo Pontífice remarca que las capillas de música deben estar formadas por hombres «de conocida piedad y probidad de vida, que con su modesta y religiosa actitud durante las solemnidades litúrgicas se muestren dignos del santo oficio que desempeñan», que han de vestir hábito talar y sobrepelliz, y que se pongan celosías al coro si está muy a la vista del público.

En lo concerniente a los instrumentos, «si bien la música de la Iglesia es exclusivamente vocal (...) se permite la música con acompañamiento de órgano», y, con la debida licencia, se podrán admitir otros instrumentos. Deberán sencillamente acompañar al canto, sin ejercer ningún tipo de predominio sobre éste.

No son dignos en las iglesias, instrumentos «fragorosos o ligeros» como el piano, el tambor, el chinesco, los platillos y parecidos. Tampoco están permitidas las bandas, a excepción de algún caso especial y con el debido permiso, en que se permitirá el uso reducido de instrumentos de viento, en un estilo semejante al de órgano; también en las procesiones que salgan de la iglesia, acompañando algún himno religioso.

Y para favorecer la aplicación efectiva de las indicaciones dadas, Pío X propone que se nombren obispos y comisiones especiales de personas competentes en cosas de música sagrada que cuiden, no sólo «de que la música sea buena de suyo, sino que responda a las condiciones de los cantores y sea buena la ejecución». Asimismo, invita a cultivar el canto gregoriano tradicional en los seminarios de clérigos y en los institutos eclesiásticos, como también la fundación de una *Schola cantorum* para su

ejecución. Propone, también, que se traten los temas de música sagrada en los estudios de teología, así como la estética del arte religioso; que se restablezcan las antiguas *Scholae cantorum*, «Como se ha hecho con excelente fruto en buen número de localidades», que servirán también como medio de reunión y edificación del pueblo; y, finalmente, invita a mantener, promover y fundar escuelas superiores de música sagrada.

Con éste *motu proprio* se refleja la importancia que el papa Pío X quiso atribuirle a la liturgia, a la que quiso dedicar la primera intervención magisterial de su pontificado. El motivo inmediato era la restauración de la música sagrada, pero el objetivo que pretendía era acrecentar la vida cristiana promoviendo la santidad de las celebraciones mediante una reforma de la liturgia.

Allí formuló una frase, incorporada más tarde por el Concilio Vaticano II a la constitución sobre la Sagrada Liturgia, que ha quedado como el lema de la pastoral litúrgica: «La participación activa de los fieles en los sagrados misterios es la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano» (cf. SC 14). El documento de san Pío X fue solamente la primera de sus iniciativas en el campo litúrgico. Le siguieron, poco después, las precisiones sobre los requisitos para la comunión frecuente, la interpretación sobre la edad para recibir la comunión por parte de los niños y, muy especialmente, la reforma del calendario, con la recuperación litúrgica del domingo, y una nueva distribución del Salterio para la Liturgia de las Horas. Eran los primeros pasos de una reforma general del edificio litúrgico, que él deseaba y cuyo alcance adivinaba, aunque era consciente de que iba a llevar mucho tiempo.

Las intervenciones de los pontífices posteriores, especialmente de Pío XI (*Divini cultus*, 1928) y de Pío XII (*Musicae sacrae disciplina*, 1955), unidas a las reformas efectuadas por este último, retomaron fielmente la intención y el programa de san Pío X. Finalmente, el Concilio Vaticano II llevó a término, con satisfacción prácticamente unánime, lo que san Pío X había deseado, mediante la constitución *Sacrosanctum Concilium* (1963), a la que siguió la puesta en práctica de sus principios y normas.

La reforma de la liturgia debía contribuir a la revitalización de la Iglesia, dada la estrechísima relación existente entre la renovación litúrgica y la renovación de la vida de la Iglesia. No obstante las dificultades y las sombras que se han apreciado en la aplicación de la reforma litúrgica, debidos a diversos factores humanos y a nuevos problemas que han afectado a la Iglesia, hemos de alegrarnos por la herencia preciosa que ha llegado hasta nosotros, con toda la riqueza de la tradición y de la memoria de los venerados pontífices que han llenado todo el siglo xx.

Bautismo y tentaciones de Jesús

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

«... 1 En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea; Herodes, tetrarca de Galilea, y Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y Traconítide, y Lisaniás, tetrarca de Abilene,

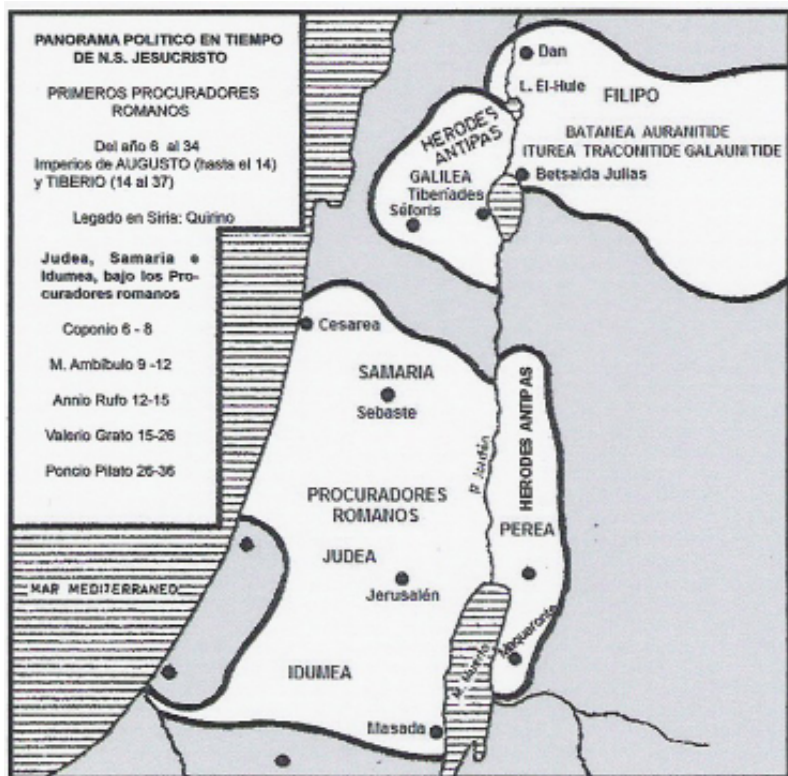
2 bajo el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto,

3 y vino por toda la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia en remisión de los pecados,

4 según está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: «Voz que pregona en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.

5 Todo valle sea rellenado, y todo monte y collado allanado, y los caminos tortuosos rectificad, y lo escarpado sea nivelado.

6 Y toda carne verá la salvación de Dios ...» (Is 40, 3-5)



San Lucas inicia la narración de la vida pública de Jesús, con una situación cronológica y geográfica muy precisa. Los sucesores de Herodes el Grande gobiernan los territorios respectivos, por los que van a transcurrir las actividades apostólicas del divino Maestro y esta precisión de tiempo y lugar son la mejor argumentación de autenticidad histórica.

San Juan Bautista, hijo de Zacarías, predica y bautiza «en la región del Jordán», en las tierras ba-

jas al sur de Jericó. Es allí donde se halla situado el conocido vado para atravesar el río, es decir, dentro de los dominios de Herodes Antipas, el tetrarca designado por Roma.

Este lugar, aunque está muy claramente localizado, no puede ser visitado actualmente por los peregrinos porque es zona militar; por esto se ha habilitado para la rememoración del Bautismo, otra zona del Jordán, mucho más al norte, pero sabiendo que efectivamente Juan predicaba en la zona desértica cercana al mar Muerto.

El historiador Flavio Josefo define a san Juan como «un noble que exhortaba a los judíos a la perfección y les recomendaba que practicasen entre sí la justicia y la devoción a Dios haciéndose bautizar». Esta definición de «noble» es perfectamente acorde con la dignidad sacerdotal de Zacarías, su padre.

Jesús llega al vado, y se dispone a ser bautizado entre los que acuden a Juan. Veamos un texto concordado de los tres sinópticos:

«... [(Lc 3) Después que todo el pueblo se hubo bautizado (Mc 1) vino Jesús de Nazaret de Galilea y fué bautizado por Juan en el Jordán]

14 Juan intentaba disuadirlo diciendo: soy yo quien tiene necesidad de ser bautizado por tí y ¿vienes tú a mí?

15 Jesús le respondió: Déjame hacer ahora, por-

que conviene que cumplamos así toda justicia. Entonces Juan le dejó hacer.

16 Una vez bautizado Jesús salió del agua [(Lc 3) Estando en oración] Súbitamente los cielos se abrieron; y vió al Espíritu de Dios descender como una paloma y venir sobre El.

17 Y una voz, que venía del cielo, dijo: «Este es mi Hijo muy amado en quién me complazco» [(Lc 3) Tenía Jesús al comenzar, unos treinta años] ...» (Mt 3, 14-17)

Este episodio del bautismo de Jesús, que en la narración concordada resulta muy completa, entraña un misterio. El bautismo de Juan era de penitencia por los pecados, y Jesús, el Inocente por antonomasia no lo necesitaba. Joseph Ratzinger, hoy Benedicto XVI, en su *Jesús de Nazaret* lo asimila a su muerte redentora. Jesús, también inocente en la Cruz, se inmola por nuestros pecados, asumiendo sobre sí nuestra culpa.

Jesús tras ser bautizado, se retira al desierto para ayunar, y es tentado por el demonio. San Mateo dice expresamente: «... Entonces, Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo...» (Mt 4, 1). Es decir, fue tentado porque Dios mismo lo permitió, y así ciertamente, se hizo igual a nosotros excepto en el pecado.

No es muy preciso el evangelio respecto del lugar de las tentaciones, aunque parece claro que se trata del desierto de Judea, y probablemente no muy lejos de donde san Juan predicaba, ya que fue poco después de que Jesús se hiciera bautizar por él.

En Jericó, mirando hacia el oeste hay una barrera

montañosa desde la que se divisa no sólo la ciudad, sino todo el oasis en el que está edificada. Es conocida como el «Monte de la Tentación» y la tradición la identifica con el lugar, porque además de estar situada ya en el desierto, en dirección a Jerusalén, es fácil imaginarlo como el lugar en que el demonio dice «todo esto te daré...» No es que se vean «todos los reinos del mundo», pero la visión del oasis y la ciudad, que en tiempos de Herodes fue grande y rica, puede dar perfectamente esta sensación.

De todas formas, hay que tener en cuenta que si los evangelistas tienen noticia de los hechos es sin duda por el propio Jesús. No es imprescindible que

la ubicación sea materialmente exacta, ya que siendo el demonio un espíritu puro, estas tentaciones pudieron realizarse dentro del ámbito de lo sobrenatural. Ello no quitaría ni un ápice de realidad a dichas tentaciones, y Jesús podría estar situado en la zona porque allí es donde se retiró para ayunar.

Respecto del misterio de estas tentaciones, y la osadía del demonio en hacerlas (¡le pide adoración!), conviene considerar que la opinión de los Santos Padres es que Satanás realmente no sabía, al menos con certeza, que Jesús era Dios, y quiso probarlo. Esto puede hacernos meditar sobre cuán ver-

daderamente hombre era Jesús, y cómo se ocultaba su divinidad. Esto se verá mucho más claramente en la Pasión, por esto el texto evangélico acaba diciendo: «... Entonces le dejó el Diablo [(!) hasta otra ocasión] ...» Esta ocasión se producirá en Getsemaní con ocasión del Prendimiento. La frase con la que Jesús se entrega a sus verdugos es tremenda: «...esta es la hora y el poder de las tinieblas ...» (Lc 22, 53).





Pequeñas lecciones de historia

La «venganza» de los cristianos: devolver mucho bien a los que nos hacen mal

GERARDO MANRESA

EL pasado domingo 28 de octubre fueron beatificados 498 mártires españoles que dieron su vida por amor a Dios. Aunque esta sección se dedica a pequeñas historias la que voy a relatar aquí es una historia con letras mayúsculas y nos ha de hacer pensar cuando actuamos ante situaciones en las que somos perjudicados y nos dejamos llevar por la ira. ¡Y eso que nuestras situaciones no son como las que vivieron los mártires!

Bartolomé Blanco Márquez era un joven de 21 años nacido en Pozoblanco (Córdoba). Huérfano desde muy pequeño fue acogido y educado por sus tíos. Fue alumno, y más tarde, cooperador salesiano y, una vez finalizados sus estudios, trabajó en el taller familiar fabricando sillas. Asiduo al oratorio salesiano y activo catequista ingresó en la Acción Católica de su población en 1935.

Estando de permiso, pues hacía el servicio militar, fue detenido en agosto de 1936 y trasladado a la cárcel de Jaén. Condenado a muerte el día 29 de setiembre fue fusilado el día 2 de octubre de 1936.

Antes de morir escribió esta carta a su familia,

«Queridos tías y primos: Cuando me faltan horas para gozar de la inefable dicha de los bienaventurados, quiero dedicaros un último y postrer recuerdo con esta carta.

»¡Qué muerte tan dulce la de este perseguido por la justicia! Dios me hace favores que no merezco proporcionándome esta gran alegría de morir en su gracia. (..)

»Miro a la muerte de frente y no me asusta, porque sé que el Tribunal de Dios jamás se equivoca y que invocando la Misericordia divina conseguiré el perdón de mis culpas por los merecimientos de la Pasión de Cristo.

»Conozco a todos mis acusadores; día llegará que vosotros también los conozcáis, pero en mi comportamiento habéis de encontrar ejemplo, no por ser mío, sino porque muy cerca de la muerte me siento también muy próximo a Dios Nuestro Señor, y mi comportamiento con respecto a mis acusadores es de misericordia y perdón.

»Sea esta mi última voluntad: perdón, perdón y perdón; pero indulgencia que quiero vaya acompañada del deseo de hacerles todo el bien posible. Así pues os pido que me vengáis con la venganza de los cristianos: devolverles mucho bien a quienes han intentado hacerme mal. (...)

»No puedo dirigirme a ninguno de vosotros en particular, porque sería interminable. En general sólo quiero que continuéis como siempre: comportándoos como

buenos católicos. Y sobre todo a mi ahijadita tratadla con el mayor esmero en cuanto a la educación; yo, que no puedo cumplir este papel de padrino en la tierra, seré su padrino desde el cielo e imploraré que sea modelo de mujeres católicas y españolas. (..)

»Y nada más; me parece que estoy en uno de mis frecuentes viajes y espero encontrarme con todos en el sitio a donde embarcaré dentro de poco: en el cielo. Allí os espero a todos y desde allí pediré por vuestra salvación. Sírvaos de tranquilidad el saber que la mía, en las últimas horas, es absoluta por mi confianza en Dios.»

También escribió a su novia, Maruja, una carta de la que destacamos lo siguiente:

«Querida Maruja: Tu recuerdo me acompañará a la tumba y mientras haya un latido en mi corazón, éste palpitará en cariño hacia ti. Dios ha querido sublimar estos afectos terrenales, ennobleciéndolos cuando los amamos en Él. Por eso, aunque en mis últimos días Dios es mi lumbrera y mi anhelo, no impide que el recuerdo de la persona más querida me acompañe hasta la hora de mi muerte. (..)

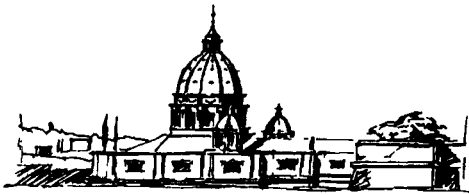
»Mi sentencia en el tribunal de los hombres será mi mayor defensa ante el Tribunal de Dios; ellos, al querer denigrarme, me han ennoblecido; al querer sentenciarme, me han absuelto, y al intentar perderme, me han salvado. ¿Me entiendes? ¡Claro está! Puesto que al matarme me dan la verdadera vida y al condenarme por defender siempre los altos ideales de Religión, Patria y Familia, me abren de par en par las puertas de los cielos. Cuando me quedan pocas horas para el definitivo reposo, sólo quiero pedirte una cosa: que en recuerdo del amor que nos tuvimos, y que en este instante se acrecienta, atiendas como objetivo principal a la salvación de tu alma, porque de esta manera conseguiremos reunirnos en el cielo para toda la eternidad, donde nada nos separará.

»¡Hasta entonces, pues, Maruja de mi alma! No olvides que desde el cielo te miro, y procura ser modelo de mujeres cristianas, pues al final de la partida, de nada sirven los bienes y goces terrenales, si no acertamos a salvar el alma. (...)

»No me olvides, Maruja mía, y que mi recuerdo te sirva siempre para tener presente que existe otra vida mejor, y que el conseguirla debe ser la máxima aspiración.

»Sé fuerte y rehaz tu vida, eres joven y buena, y tendrás la ayuda de Dios que yo imploraré desde su Reino. Hasta la eternidad, pues, donde continuaremos amándonos por los siglos de los siglos.»

¡Estos ejemplos son los que nos han de animar a dar la vida por Cristo en nuestro quehacer diario!



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Tras la reunión de la Comisión mixta para el diálogo teológico en Rávena

CONCLUIDA ya la X Asamblea plenaria de la Comisión internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa, de la que informábamos el mes pasado, monseñor Eleuterio F. Fortino, subsecretario del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, comentaba los resultados del encuentro en un artículo de *L'Osservatore Romano* (edición en italiano, 7 de noviembre de 2007).

De entre los más destacables está un documento común sobre el ejercicio de la autoridad y la colegialidad en la Iglesia a diversos niveles: local (diócesis), regional (metropolitana y patriarcado), indicando «la presencia y el papel de un “protos”, un primero, con particulares prerrogativas».

El documento de Rávena, explica monseñor Fortino, «es una válida premisa para seguir el diálogo, aunque, como se ha recordado, este documento no compromete por ahora a las autoridades de las dos partes, ni la misma comisión considera terminado el estudio, que deberá continuar». La Comisión ha programado también el trabajo de preparación de la próxima sesión plenaria, prevista para otoño de 2009, y que estará centrada en «El papel del obispo de Roma en la comunión de la Iglesia en el primer milenio».

La Comisión mixta del diálogo católico-ortodoxo ha publicado hasta ahora cuatro documentos comunes, que no han sido aún aprobados por las autoridades de las dos partes: «El Misterio de la Iglesia y de la Eucaristía a la luz del misterio de la Santa Trinidad» (Munich, 1982); «Fe, Sacramentos y Unidad de la Iglesia» (Bari, 1987); «El sacramento del orden en la estructura sacramental de la Iglesia. En especial, la importancia de la sucesión apostólica para la santificación y la unidad del pueblo de Dios» (New Valamo, Finlandia, 1988); «El uniatismo, método de unión del pasado, y la búsqueda actual de la plena unidad» (Balamand, Líbano 1993).

Otro momento ecuménico significativo

BENEDICTO XVI recibió el pasado miércoles 7 de noviembre de manos del arzobispo Innokentiy, de la Iglesia ortodoxa rusa, la traducción en francés de los «Fundamentos de la doc-

trina social» de la Iglesia rusa. Se trata del primer compendio de doctrina social publicado por esta Iglesia ortodoxa. En él, la Ortodoxia rusa, a través de la voz de sus obispos, toma posición sobre numerosas cuestiones políticas, económicas y sociales: concepción de las relaciones Iglesia-Estado, de la nación, del trabajo, de la propiedad, de las relaciones internacionales, de la ética familiar, de los derechos del hombre, de la salud, de la bioética, de la cultura, de los medios de comunicación, de las relaciones entre ciencia y fe, de la ecología, de la globalización....

El Papa, a su vez, «pidió a monseñor Innokentiy que transmitiera su saludo al patriarca Alejo y expresó el deseo de que la publicación en francés de la doctrina social de la Iglesia ortodoxa rusa contribuya a la proclamación común de la fe por parte de católicos y ortodoxos y al testimonio común de los valores del Evangelio».

La emigración de cristianos orientales

LA emigración de los cristianos orientales preocupa a la Santa Sede y, en particular, a Benedicto XVI. Así lo transmitía el prefecto de la Congregación vaticana para las Iglesias Orientales, el arzobispo Leonardo Sandri, en una entrevista publicada por el *L'Osservatore Romano* con motivo del 90 aniversario del dicasterio y del Pontificio Instituto Oriental.

En referencia al fenómeno de las migraciones, que priva de recursos a las comunidades de origen y crea problemas de integración y acogida, el arzobispo Sandri recalcó que «éste es el auténtico reto del presente. Estamos preocupados por él junto al Papa. Las personas desarraigadas de sus tradiciones de origen corren peligro de perder los profundos valores religiosos que orientan la vida individual y comunitaria». En este contexto, el dicasterio está atento «a los organismos vaticanos dirigidos a la pastoral migratoria y busca despertar responsabilidad en las comunidades eclesiales de origen y de destino sobre el incontenible fenómeno».

La Congregación vaticana «sostiene a los obispos y a los presbíteros de las distintas Iglesias encargados en este ámbito y favorece la creación de estructuras que consientan la pastoral en los ritos de pertenencia (...) pero se esfuerza igualmente —apuntaba su prefecto— en sensibilizar a toda la comuni-

dad católica» para que, «con la debida prudencia», «sea acogedora y capaz de involucrar a las instituciones públicas para que afronten el problema en las raíces», raíces que se hunden «en la falta de paz, por la que sufren gravemente extensas regiones orientales».

Estas observaciones del arzobispo Sandri coinciden con el anuncio del cierre obligado (por amenazas de muerte a su director y propietario y falta de ingresos) de la única televisión privada palestina, la televisión de *Al-Mahed* («La Natividad») a pesar de su inestimable servicio a la Iglesia y a la existencia de la comunidad cristiana en Tierra Santa. Es la única televisión en el mundo árabe que transmite misas, servicios cristianos, un programa cristiano semanal, noticieros y programas de entretenimiento. Además el viernes emite la oración musulmana.

Mater Unitatis, primer monasterio católico en territorio ortodoxo rumano

UNA pequeña campana, regalo de Juan Pablo II, marca el paso de las horas en el monasterio de mujeres Mater Unitatis, en Piatra Neamt, Rumanía. La campana había sido entregada al anterior pontífice, en el año 2000, por el presidente de Hungría y es una reproducción de la misma campana que el 7 de octubre de 1571, tras la victoria de Lepanto, Pío V ordenó que repicara para dar gracias a la Virgen. Pasados más de cuatro siglos, el tañido de aquella campana vuelve a subrayar un momento decisivo para la Cristiandad: la dedicación del primer monasterio católico, benedictino, en este país ortodoxo.

El proyecto se inició el 13 de octubre de 1994, cuando el obispo de Iasi, monseñor Petru Gherghel, de visita al archicenobio San Andrés Apóstol de Arpino, Frosinone, Italia, manifestó a la abadesa, madre Maria Cristina Pirro, el deseo de que se pudiera construir, también en Rumanía, un monasterio tan bello como ése. La frase no cayó en el vacío. «Aunque pobrísimas –relata la madre Cristina a Zenit–, han sido justo estas monjas italianas las que han permitido que el sueño se realizara. Gracias tam-

bién al regente de la Prefectura de la Casa Pontificia, monseñor Paolo De Nicolò y a tantos benefactores, sobre todo italianos, que han creído en el proyecto de las monjas de clausura». Las mismas que, en oración ante la estatua de Nuestra Señora de Loreto, osaron esperar lo que entonces parecía imposible: «Tú sabes que hemos recibido una invitación a fundar un monasterio –imploraron, dirigiéndose a María–, pero sabes también que no tenemos ni jóvenes, ni dinero para construirlo. Estamos sin embargo disponibles a cualquier sacrificio y si quieres este monasterio, procura tú las vocaciones y dinero».

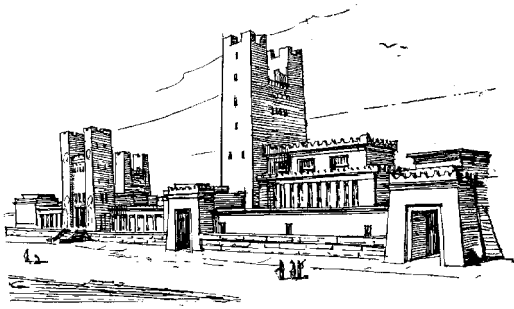
Pasados trece años, rodeado de una generosa naturaleza, el monasterio benedictino surge allí, engarzado en un conjunto de monasterios ortodoxos, los de Agapia, Varatec y Bistrita. «Hemos visto allí la mano de la Providencia», confiesan las religiosas.

Fallece el padre Oreste Benzi

BENEDICTO XVI ha expresado en un mensaje su dolor por el fallecimiento del padre Oreste Benzi, fundador de la Comunidad Papa Juan XXIII, mundialmente conocido por su labor de ayuda a personas a salir de las cadenas de la prostitución y de la droga. En 1968, don Benzi fundó la Comunidad Papa Juan XXIII, una asociación internacional privada de fieles de derecho pontificio que se dedica de manera especial a la atención material y espiritual del mundo de la marginación en Italia, Zambia, Tanzania, Kenia, Sierra Leona, Brasil, Chile, Bolivia, México, Venezuela, Bangladesh, China, la India, Croacia, Kosovo, Albania, Rusia, Rumanía y Australia.

El padre Benzi, ese «humilde y pobre sacerdote de Cristo», falleció a las 2 de la mañana del pasado 2 de noviembre a los 82 años a causa de un infarto cardíaco en su casa de la ciudad italiana de Rímini. El Papa recordaba en su pésame la «intensa vida pastoral como párroco» en Rímini, y «como incansable apóstol de la caridad a favor de los últimos y de los indefensos, cargando con muchos de los graves problemas sociales que afligen al mundo contemporáneo».





ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT
Y SANTIAGO ALSINA

El Premio Nobel de la Paz, la gran mentira

EL ex vicepresidente norteamericano, Al Gore, ha sido galardonado con el Premio Nobel de la Paz 2007 «por sus esfuerzos por construir y divulgar un mayor conocimiento sobre el cambio climático». El premio fue compartido con el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC) de las Naciones Unidas, que reúne a 2.500 científicos. Pero, como tantas veces, el Premio Nobel viene con trampa.

¿Al Gore defensor de la paz? El gobierno de Clinton, del cual fue vicepresidente (de 1993 a 2000) bombardeó Yugoslavia, Sudán, Afganistán, Irak, Haití, Zaire y Liberia, utilizando toda clase de municiones destructivas, incluidos proyectiles que contenían uranio empobrecido, causando así la muerte de decenas de miles de civiles e irreparables daños ambientales.

Sorprende también que Gore, en el año 2000, apoyara la campaña del grupo de apóstatas *Católicas para el Derecho a Decidir*, que pretendía reducir a la Santa Sede al papel de simple ONG en el seno de la ONU. Ese mismo año, Gore se adhirió a la marcha internacional homosexual realizada en Roma (Gay Parade) con la intención de empañar las celebraciones jubilaires. Y por supuesto, ha declarado su apoyo al reconocimiento legal de las uniones homosexuales y sus supuestos derechos para adoptar, tanto en su propio país como en el resto del mundo.

Por supuesto, Al Gore insiste en el reconocimiento e internacionalización del «derecho» al aborto. En 1994, se enfrentó verbalmente con el portavoz del Vaticano, Joaquín Navarro Valls, en la Conferencia de El Cairo. La discusión alcanzó tal nivel, que el tradicionalmente comedido Navarro Valls afirmó – en una conferencia de prensa –, «el vicepresidente, miente», a raíz de las versiones que Gore había lanzado sobre el significado de los textos en discusión. Además, promovió y apoyó otro enfrentamiento de la delegación de su país con la delegación de la Santa Sede, en la Asamblea General de la ONU, en 1999.

Su campaña electoral a la presidencia de los Estados Unidos fue apoyada por la *Liga Nacional de Acción por el Aborto y los Derechos Reproductivos*

(NARAL) y por *Paternidad Planificada (Planned Parenthood-IPPF)*. También contribuyó a la financiación de la campaña la Fundación Turner, una organización que promueve la anticoncepción y el aborto en el mundo, fundada por el magnate de los medios de comunicación, Ted Turner.

Desde 1989, es conocida su postura a favor de la eutanasia. En el año 2000 celebró como una victoria del «derecho a decidir» la aprobación en su país de la píldora abortiva RU-486. Ante tamaño historial, sólo podemos lamentar y entristecernos por la concesión del Premio Nobel de la Paz a una persona que considera muchos más grave un día de enero caluroso a que haya miles de asesinatos de niños en el mundo. El desprestigio del Nobel ya no es una tendencia, sino una realidad imposible de camuflar.

En Chechenia los separatistas optan por la yihad

AUNQUE ya no sea tema de portada, el conflicto en Chechenia que enfrenta a rusos y musulmanes por el control de la estratégica región sigue vivo. Las últimas noticias, además, indican que las disensiones en el seno de las fuerzas separatistas se han saldado con una victoria de los islamistas partidarios de la yihad sin concesiones.

En un vídeo recientemente difundido, el líder separatista checheno, Dokou Oumarov, anunciaba la creación del Emirato del Cáucaso, una entidad que englobaría a las repúblicas caucásicas que forman parte actualmente de la Federación Rusa. Al mismo tiempo anima a desencadenar la yihad en todo el territorio caucásico. Estas declaraciones tendrán efectos, algunos inmediatos, como la pérdida de apoyo por parte de los países occidentales a los grupos islamistas, si bien por otra parte Oumarov confía en ganarse la ayuda, tanto de hombres como de financiación y armamento, proveniente de Afganistán, Iraq, Somalia o Paquistán, países todos ellos con poderosas redes islamistas. Confirmando la teoría del choque de civilizaciones, el Cáucaso, donde se «encuentran» el mundo islámico y el cristiano ortodoxo, no conoce la paz y las expectativas son cada vez más sombrías.

Vermont y la secesión

VERMONT es quizás el estado más «progre» de los Estados Unidos, como indica bien a las claras que sea el único donde un candidato socialista tiene opciones. Fronterizo con Canadá, su población asciende a tan sólo 600.000 habitantes. Y es también el lugar en el que se plantea seriamente la secesión.

Algo que se remonta ya a 2005, cuando tuvo lugar, en la Asamblea legislativa del estado, un debate sobre los motivos que justificarían la secesión de la Unión. El debate, organizado por la asociación *Second Vermont Republic*, se producía por primera vez en un estado norteamericano desde que, en 1861, Carolina del Norte votó por abandonar la Unión. Las posibilidades de que la secesión se haga efectiva son muy escasas, por no decir nulas; pero el apoyo de un 8% de la población a esta iniciativa demuestra que existe una parte de la población norteamericana que no soporta la tendencia predominante en Estados Unidos, iniciada en los ochenta bajo Ronald Reagan, hacia posiciones más conservadoras y una abierta presencia de lo religioso en lo que allí llaman «la plaza pública». Tanto que hasta se plantean abandonar un país del que se sienten ajenos.

Polonia: se va un gemelo Kaczynski, pero la izquierda sigue siendo marginal

LA prensa europea ha presentado la derrota del gemelo polaco primer ministro como el final de la derecha polaca y el inicio de una nueva etapa más izquierdista, pero un análisis más detenido a la situación de Polonia arroja un panorama algo diferente. En efecto, Jaroslaw Kaczynski pierde la jefatura del Gobierno, pero no a manos de la izquierda, sino de otro partido que se reclama derechista, la Plataforma Cívica de Donald Tusk, con el 41,39% de los votos. En cuanto al partido de los gemelos, Ley y Justicia, queda en segundo lugar con un 32,16%. La que se hunde es la coalición Izquierda y Demócratas (post comunistas), que no pasa del 13,2%. Así pues, y por mucho que le pese a nuestros medios de comunicación, Polonia seguirá siendo de derechas, aunque con un gobierno menos beligerante.

Ahora bien, la pregunta que cabe hacerse es la siguiente: ¿por qué la izquierda quiere con tanto ahínco echar a los Kaczynski? La política de los hermanos Kaczynski, primer ministro uno, presidente de la República el otro, había logrado encrespar a la opinión bienpensante occidental. Las reivindicaciones del partido mayoritario, Ley y Justicia, resulta-

ban difícilmente digeribles para una opinión pública europea dominada en general por el discurso de la «corrección política». Así, iniciativas como la de oponerse a la influencia del «lobby gay», o su posición clara y sin ambages contra el aborto, fueron severamente criticadas fuera de Polonia.

¿Y en Polonia? Allí no tanto. Lo que sí levantó ampollas en Polonia fue otra iniciativa de Ley y Justicia: la depuración de los órganos del Estado para «limpiarlos» de personas que hubieran tenido vinculaciones con los servicios secretos del antiguo régimen comunista. Esa iniciativa, llevada a extremos sensibles, dio una imagen excesivamente pendenciera de Ley y Justicia; imagen que seguramente no corresponde tanto al núcleo de ese partido (los gemelos) como a sus socios (Autodefensa, Liga de las Familias Polacas), pero que, en cualquier caso, le ha deteriorado hasta el punto de perder la mayoría.

En su lugar, los polacos han votado de forma mayoritaria a Donal Tusk y su Plataforma Cívica, una formación de centro-derecha, que ha logrado seducir a los polacos sobre la base de un discurso amable y esperanzado. Ahora bien, Tusk, con sus 209 diputados, no podrá gobernar solo; necesita coaligarse con alguien. Lo más probable es que Tusk termine pactando con el Partido Campesino de Polonia, una pequeña formación que ha obtenido 31 diputados. Enfrente, Ley y Justicia conserva 166 diputados, y es la primera vez que un Gobierno saliente consigue que una derrota electoral no sea una calamidad. Por si fuera poco, la permanencia del otro gemelo Kaczynski en la presidencia del país limita aún más las posibilidades de cambio radical.

Especialmente amarga es la situación de la izquierda, aglutinada en torno a Izquierda y Demócratas, partido que tiene su origen en los restos del naufragio comunista. El plan de los post comunistas era crecer hasta convertirse en una bisagra imprescindible para el sistema; no aspiraba a ganar, pero sí a ser el aliado indispensable para la Plataforma Cívica. Sin embargo, sus resultados han sido tan malos que ID ya sólo puede aspirar a no entrar en una grave crisis interna. Buena parte del fracaso hay que imputárselo a su líder, Kwasniewski, cuyo comportamiento escandaloso –borracheras públicas incluidas– ha espantado al votante.

Los observadores señalan que en Polonia, por lo que parece, se ha desvanecido para siempre la imagen de una división izquierda/derecha a la europea. Dos partidos, de centro-derecha y derecha, han conseguido casi un 75% de los votos, mientras que la izquierda oscila en torno al 13%. Y la polarización del voto en torno a esas dos formaciones de derecha parece que será duradera.



Hemos leído

ALDOBRANDO VALS

Cuarenta veces 39 años

En estos tiempos de manipulación histórica, Ignacio Ruiz-Quintano, desde las páginas de ABC, nos da algunas pistas acerca del origen de la situación que vivimos.

Allá por 1920, uno de nuestros escritores más entretenidos recibió en su piso madrileño la visita de un pobre asesino que abrigaba el extraño propósito de matar a un frutero de los Cuatro Caminos.

—Perdone usted. Vengo a verlo porque me han dicho que es usted un intelectual. Soy un modesto asesino y necesito un intelectual a todo trance. Un cerebro.

—Pero usted mismo tiene uno de esos magníficos cerebros de criminal nato que ha estudiado minuciosamente, en Italia, el profesor Lombroso —repuso el escritor.

—Yo carezco de cerebro, señor mío —insistió el asesino—. ¿Es que no lee usted la prensa conservadora? Los asesinos no somos más que brazos, instrumentos que ejecutan las ideas de otros hombres. En tiempos del señor Lombroso, cuando queríamos trabajar, buscábamos un cuchillo, un revólver o un hacha. Hoy, en cambio, buscamos un cerebro. El cerebro es nuestra herramienta. Yo quiero asesinar a un frutero, pero antes de ponerme a la obra necesito un cerebro que me sugiera la idea. Por eso venía a verlo a usted. Pero ya veo que es usted un Tarufo.

En un país en que los intelectuales se siguen cotizando a menos que los conejos, este chascarillo podría explicar la perra que algunos han cogido con la autoría

intelectual del crimen de los trenes que revolucionó a la democracia española. ¿Qué habría sido de la toma de la Bastilla —apenas media docena de presos de delitos comunes— sin una autoría intelectual? Después de todo, Pemán tenía razón: «Nadie ha asaltado nunca un trono». Las revoluciones son mucho más cuesta debajo de un poder que se entrega, que no cuesta arriba de una fuerza que asalta. Las revoluciones no son un heroísmo de los que llegan, sino una dejadez de los que se van.

Pensemos, por ejemplo, en la revolución del talante, mantra de la izquierda de nuestros días, inspirado en el lema zapateril «jugar con las palabras, no golpear con ellas». ¿Tiene autor intelectual el talante? Sí, y el más intelectual de todos: el ogro de la Generación Pisuerga, Juan Benet, autor de un piadoso alegato progresista sobre Solzhenitsin (testigo del sufrimiento humano en sus dos notas extremas, la abyección y el heroísmo) publicado por *Cuadernos para el Diálogo* en la primavera del 76:

—Creo firmemente que mientras existan gentes como Alexandre Solzhenitsin perdurarán y deben perdurar los campos de concentración. Tal vez deberían estar un poco mejor custodiados a fin de que personas como Solzhenitsin, en tanto adquirieran un poco de educación, no puedan salir a la calle. Pero una vez cometido el error de dejarles salir, nada me parece más higiénico que las entidades soviéticas (cuyos gustos y criterios respecto a los escritores rusos subversivos comparto con frecuencia) busquen el modo de sacudirse semejante peste.

¿Tiene autor intelectual nuestra memoria histórica, esa revolución pendiente? Entre los sucesivos escolios de Nicolás Gómez Dávila está el de que «la falsificación del pasado es la manera como la izquierda ha pretendido elaborar el futuro», rematado con una verdad en números redondos:

—Lo que consuela de la insolencia del hoy con el pasado es la previsible insolencia del mañana con el hoy.

Hoy se le puede sacar a un pueblo lo que se quiera, siempre que la socialiña se haga en vocabulario de izquierda: «Su-e-ño, ca-ri-ño, ma-ña-na, com-pa-ñeris-mo, Es-pa-ña...» Esta cursilería revolucionaria de Rodríguez es hija de aquella España cercada internacionalmente por las fuerzas de progreso, que la habían declarado «un peligro para la paz mundial», ya que, con ayuda de técnicos alemanes, fabricaba bombas atómicas en las cercanías de Ocaña, según los datos proporcionados por Oscar Lange, un Rubalcaba polaco destinado en la ONU. Pero sabemos que Rodríguez ya ha redactado (y no olvidemos que Rodríguez juega —no golpea— con las palabras) el preámbulo revolucionario de la flamante memoria histórica, de la cual, escarbando, escarbando, puede hallarse algún fundamento intelectual en un juego de palabras bíblico que la laica Pasionaria («la guerra no ha terminado») hizo para el semanario italiano *Il Borghese* en el verano del 74:

—Hemos esperado durante 39 años, y esperaremos algún año más, pero después nuestra venganza durará cuarenta veces 39 años. Se lo prometo.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:

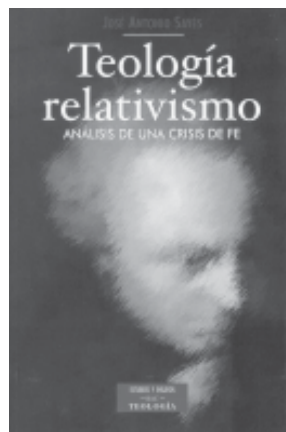


La prensa libre

Autor: Hilaire Belloc
Editorial: Nuevoinicio
200 páginas
Precio: 18,00 €

Desvelando la historia del poder de los media, su origen, su desarrollo y su corrosiva influencia sobre los ciudadanos y la sociedad, Belloc da razones convincentes y poderosas para la instauración de una prensa libre que proporcione una fuente de noticias y un ámbito de discusión seria de las ideas que sean verdaderamente independientes. Una obra relevante y sig-

nificativa del genial ensayista católico inglés, amigo de Chesterton.

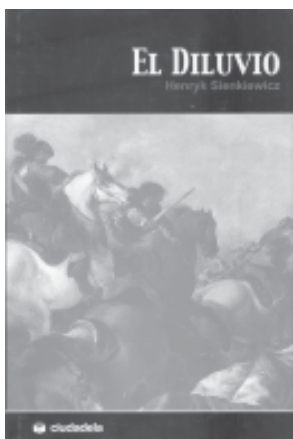


Teología y relativismo

Autor: José Antonio Sayés Bermejo
Editorial: BAC
304 páginas
Precio: 17,00 €

Un día antes de ser elegido papa, el cardenal Ratzinger se refirió a la «dictadura del relativismo» como la gran lacra de nuestro tiempo, lo que hizo que muchos pensaran que ese podría ser el título de una encíclica. Pero el tema tenía que ser abordado también desde la filosofía y la teología. El autor ofrece, en este sentido, sus reflexiones a fin de

consolidar unos principios teológicos y antropológicos que permitan fundamentar con solidez las certezas de la fe.



El diluvio

Autor: Henryk Sienkiewicz
Editorial: Ciudadela
440 páginas
Precio: 23,00 €

A mediados del siglo XVII, apenas transcurridos cinco años desde que los caballeros de la República polaco-lituana expulsaran a los cosacos que les amenazaban por el Este, una nueva y mucho más peligrosa amenaza asoma por el horizonte; las tropas suecas están entrando por la frontera norte del país. El ganador del premio Nobel Sienkiewicz teje un rico tapiz de pasión, traición y

redención para narrar las gestas de la nación polaca, a la vez que plantea la cuestión moral de si las personas pueden elevarse sobre su tiempo y circunstancias.



Tras las huellas de Ratzinger

Autor: Alessandra Borghese
Editorial: Libroslibres
182 páginas
Precio: 18,00 €

No es éste un libro histórico ni un análisis teológico al uso sobre los lugares en los que el Papa nació y creció. Se trata más bien de un relato apasionante, un viaje con bloc de notas y cámara fotográfica a la tierra de Joseph Ratzinger, en la que habría pasado los últimos años de su vida de no haber sido elegido papa. Un libro lleno de profundas reflexiones, rico en encuentros

con personas cercanas y fieles a Benedicto XVI, que contribuyen a perfilar el lado menos conocido de nuestro actual papa.

CONTRAPORTADA

«Es la fe católica la que hace una sola nación a los pueblos de España»

Al Venerable Hermano:

José, Obispo de Vich

Pío PP. X

Venerable Hermano: Salud y Bendición Apostólica.

En medio de las amarguras, que cada día nos apenan más, por los males que afligen y por los que amenazan a la Iglesia católica en la nación española, Nos ha servido de gran consuelo, ciertamente, la carta pastoral que recientemente dirigiste al pueblo. Realmente, en ella te muestras obispo, tal como lo describe el Apóstol, «adicto a las verdades de la fe según le han sido enseñadas, a fin de ser capaz de instruir en la sana doctrina y argüir a quienes la contradigan». Y, en verdad, que con sana doctrina y perfectamente acomodada a las circunstancias de la sociedad has instruido al pueblo que te fue confiado, exponiendo e ilustrando magníficamente los principios, conforme a los que deben componer sus mutuas relaciones ambas potestades, eclesiástica y civil; y, a los contradictores, no sólo les ha rebatido brillantemente, sino que, además, has puesto al descubierto los planes ocultos que conciertan y has desvanecido y pulverizado los sofismas del falso *liberalismo*.

Realmente, los perjuicios, que con dolor recuerdas, causados a la fe católica, provienen, como de su fuente principal, de que los gobernantes del bien público creen estar investidos de autoridad no circunscrita a límite alguno, ni siquiera en lo concerniente a la religión. Tu exposición convence, terminantemente, de cuán lejos está esto de la verdad, cuando, fundándose en aquella sentencia del Evangelio: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», demuestra que, tanto por derecho natural como por derecho divino, los gobernantes tienen constituidos límites, y que no les es lícito resolver por su cuenta y sin el consentimiento y autoridad de la Cabeza suprema de la Iglesia ni tan sólo aquellos asuntos llamados de *materia mixta*. Porque, en ninguna ocasión es lícito prescindir de la autoridad del Romano Pontífice al tratarse de negocios de todo un pueblo pertenecientes a la Iglesia; y, menos aún, cuando tales asuntos se cuentan entre las *causas* llamadas comúnmente *mayores*, o cuando pactos solemnes obligan a mantenerlos firmes y válidos.

Y, en verdad, si desentendiéndose del Romano Pontífice, el Gobierno de vuestra nación presumiese de legislar en materia religiosa (cosa a la que no se atreven ni los mismos príncipes no católicos), por este mismo hecho se separaría de su profesión de católico; y aun abdicaría de los mayores timbres de gloria que heredó de sus antepasados, y destruiría la organización misma del Estado; ya que, sin lugar a dudas, es la fe católica la que, por encima de todo, hace una sola nación de los pueblos de España.

Fragmento de la carta dirigida por el papa Pío X al obispo de Vic Torras y Bages con motivo de su pastoral motivada por la política antirreligiosa del gobierno español (1-5-1911)